
LOS KATSAROS
LIBRO 2
Imperdonable
Embarazada de mi ex que me abandonó
UN AGE GAP DE
JÉSSICA MACEDO

LOS KATSAROS

LIBRO 2

Imperdonable

UM AGE GAP DE

JÉSSICA MACEDO

Embarazada de mi ex
que me abandonó

Grupo Editorial Portal
Segredo
BELO HORIZONTE | 2024

Copyright ©2024 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra —física o electrónica —sin autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y sancionado en el artículo 184 del Código Penal.

Diseño gráfico de portada e interior

Jéssica Macedo

Consulte

Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Para mi querida lectora, Chirly ♡

Resumen

Sinopsis
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37

Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Epílogo
Sobre la autora

Sinopsis

Petros Katsaros, director general de una importante compañía naviera, se enfrenta al declive de su matrimonio y decide divorciarse, decidido a dejar a su mujer y seguir su vida de soltero.

A Chirly el abandono le rompió el corazón. Cuando se casó con el hombre de su vida, nunca imaginó que la abandonaría, pero así fue. Sola, luchaba por recoger los pedazos y salir de ese pozo de tristeza y la increíble noticia de su embarazo fue como una luz al final del túnel.

Petros no se dio cuenta de que el tiempo y la distancia le demostrarían que estaba equivocado, pero para recuperar a su mujer tendrá que luchar por una segunda oportunidad.



Chirly

Capítulo 1

Mi risa resonó en el océano mientras Petros se inclinaba sobre mí, sosteniendo una fresa cubierta de crema batida.

—¿Qué vas a hacer? —Seguí su mirada mientras rodeaba mis pechos turgentes con la fruta y dejaba un rastro blanco y dulce, que luego limpió con su lengua, poniéndome la piel de gallina a pesar de ser un día caluroso.

—Comiéndote... —murmuró mientras su lengua bailaba sobre mi pezón y yo me retorcía aún más en la cómoda reposera del yate.

Cuando queríamos estar solos y alejarnos de todo, nos subíamos al barco y parábamos en medio del océano, sin nadie que se interpusiera en nuestro camino y disfrutando al máximo el uno del otro...

Me estremecí cuando su lengua recorrió el valle entre mis pechos y siguió por mi vientre hasta que alojó su cabeza entre mis muslos.

—¡Ah! —gemí fuerte, estremeciéndome y arañando la reposera mientras la lengua de mi marido jugaba con mi sexo.

—¡Chirly! —Oí un grito que me sacó de mi ensoñación—. ¡Chirly!

—Hum... Hum... —levanté la cabeza desorientada, dándome cuenta de que los mechones de mi pelo rubio estaban empapados con la botella de vino blanco que había derramado sobre la mesa del comedor donde me había quedado dormida.

—¿Te dormiste en la mesa?

Parpadeé, intentando recuperar la concentración y poner en orden mis pensamientos, cuando vi a Daphne, mi mejor amiga y antigua agente, de pie junto a la mesa.

Me froté los párpados, sintiendo que la cabeza me palpitaba aún más. Era una mezcla de

cansancio y migraña que me hacía palpitar las sienes.

—Tal vez —murmuré, abriendo la boca para bostezar.

—No puedo creer que sigas con esto.

—Solo ha pasado un mes desde que mi matrimonio terminó.

—¡No! —Se puso las manos en la cintura y se inclinó hacia mí con una mirada llena de indignación y revuelta—. ¡Ha pasado un mes! Tienes que pasar página.

—¿Cómo puedo borrar así los últimos cinco años de mi vida?

—¡Él los borró! —rugió, recordándome la parte más dolorosa de todo esto. —A la primera crisis, se fue.

—No fue así...

—¿Le defiendes ahora?

—No... —sacudí la cabeza, todavía tan desorientada como si me hubiera atropellado un camión a toda velocidad. Me había caído en algún sitio y aún no podía asimilar con qué fuerza me habían golpeado.

El hombre de mi vida, mi marido, de quien me había enamorado y por quien había renunciado a mi carrera para casarme y formar una familia a su lado. No me arrepentía de las decisiones que había tomado, volvería a elegir las mismas cosas, pero no pensaba que se divorciaría de mí.

—No puedo olvidarlo todo, Daphne. Cinco años juntos... tirados a la basura. —Pesadas lágrimas se acumularon en mis ojos y una sensación de asfixia se apoderó de mi garganta y me impidió respirar.

Nunca imaginé que viviría un momento así en mi vida. Desde niña, crecí rodeada de la atención de todo el mundo, siendo la más guapa, la que más gustaba. De adolescente, todos los chicos querían estar conmigo y, a medida que mi carrera de modelo se consolidaba, la cola de hombres que esperaban mi atención se hacía aún más larga. Hasta que conocí a Petros Katsaros...

—Eres mucho mejor que esto, Chirly —dijo, más convencida que yo—. Eres fuerte,

independiente. No lo necesitas para ser feliz.

Inspiré, intentando poner en orden mis pensamientos. Aquella sensación de tocar fondo era la peor que había experimentado nunca.

Daphne tenía razón. Sabía que tenía que encontrar la manera de seguir adelante, de encontrar la felicidad por mí misma. Tenía que centrarme en recuperarme y reconstruir mi vida.

—Tienes razón, Daph —dije, rindiéndome a las motivadoras palabras de mi mejor amiga —. Ya se me pasará. Pero ahora mismo, creo que necesito un buen baño y una taza de té.

—Eso es lo que quiero oír. —Daphne sonrió.

—Gracias.

—Hablando de recuperarse, mañana hay una fiesta en Madrid y quiero que estés allí conmigo.

—No quiero ir a España...

—¿Quién dice que estoy preguntando si quieres? ¡Es una obligación! No aceptaré un no por respuesta.

Daphne siempre fue así, decidida y convincente. Sabía cómo sacarme de mi zona de confort y enfrentarme al mundo, incluso cuando yo solo quería esconderme bajo las sábanas y olvidarme del resto.

—De acuerdo, iré. —Suspiré, resignada, pero también un poco excitada ante la idea de cambiar de aires.

Salir de Grecia por unos días podría ser divertido y alejar mi mente de los recuerdos de Petros. Aquel era su país, no el mío. Enfrentada al divorcio, incluso pensé en volver a Austria, mi país natal, pero no tuve el valor de decidirme.

—¡Genial! Será divertido, ya verás. Y quién sabe, a lo mejor hasta conoces a alguien interesante allí.

—Daphne, por favor, no empieces...

Se rió, sabiendo cómo provocarme.

—Solo lo digo. Te mereces ser feliz, Chirly.

—Gracias.

Sabía que tenía razón. Quizá había llegado el momento de dejar atrás el pasado y abrazar las posibilidades que ofrecía el futuro. Llorar por Petros ya me había demostrado que solo me hacía sentir peor.



Petros

Capítulo 2

Estaba frente al espejo, abrochándome los gemelos del traje, cuando reparé en la marca del anillo en mi dedo. Hacía tiempo que había dejado de llevarlo y seguía teniendo la sensación de que me faltaba algo, una incomodidad que a veces me hacía buscar el anillo, como si lo hubiera olvidado en alguna parte.

Suspiré, tratando de alejar los pensamientos sobre Chirly que siempre surgían cuando veía esa marca en mi dedo. En los últimos meses, desde que decidí separarme, mi vida ha sido un torbellino de emociones y decisiones difíciles.

La verdad era que no tenía ni idea de cómo había llegado todo a esto. Chirly era la mujer más hermosa del mundo, la persona con la que pensé que pasaría el resto de mi vida. Pero de alguna manera, en el camino, nos perdimos el uno al otro.

Sabía que había cometido errores, que podía haber sido mejor marido para ella. Pero ahora era demasiado tarde para volver atrás. El divorcio había terminado y Chirly seguía adelante con su vida.

Mientras terminaba de arreglarme, mi mente vagaba por los últimos momentos que habíamos pasado juntos. Recordé las risas, las conversaciones profundas, los viajes que habíamos hecho juntos. El problema era que también recordaba las peleas, las discusiones interminables, las noches en vela intentando resolver nuestros problemas...

Cuando decidió que quería ser madre, fue como el comienzo de un sueño, convertirnos en una familia. Al principio, yo también lo deseaba, pero los intentos naturales no funcionaron y, tras dos años de intentos, optamos por la fecundación in vitro. Tratamientos caros e inseminaciones... el dinero no era un problema, pero me di cuenta de que necesitaba mucho más que eso para soportar el viaje. Chirly estaba destrozada y yo también. Fue cuando decidí que ya no quería tener un hijo, que era un error, cuando mi matrimonio terminó para siempre.

Las peleas se hicieron aún más intensas y el amor que sentíamos el uno por el otro se puso a prueba. Poco a poco fue desapareciendo hasta que el matrimonio se hizo insostenible y

decidí divorciarme.

Ahora todo parecía tan lejano, como si perteneciera a otra vida, pero la marca del anillo en mi dedo estaba ahí para recordarme que aquellos momentos eran reales, que significaban algo para mí.

Sacudí la cabeza, intentando disipar esos pensamientos. No podía quedarme anclado en el pasado. Tenía que centrarme en la decisión que había tomado y en seguir adelante sin ella. Ya no éramos pareja.

Decidido a no dejar que los malos sentimientos se apoderaran de mí, salí de la habitación y bajé al garaje para subir el coche. Conduje hasta el puerto, donde me esperaba el trabajo.

Mi hermano Nikos y yo nos dividíamos entre dirigir el negocio familiar, una empresa de transporte marítimo que tenía buques de carga y cruceros para el turismo. Manejábamos toneladas de mercancías y millones de personas al año. Para mantenerla en funcionamiento, dependíamos de miles de empleados de las áreas más diversas. A diferencia de mi hermano mayor, Maximus, que había decidido ser juez, yo disfrutaba trabajando allí y había esperado el momento en que mi padre se jubilara y me cediera el control.

Cuando llegué al puerto, me recibió el equipo de trabajo. Era el momento de dedicarme a mi empresa y dejar de lado mis asuntos personales, al menos por el momento. Tenía una empresa que dirigir, responsabilidades que cumplir y un futuro que construir, aunque fuera sin Chirly a mi lado.



Chirly

Capítulo 3

Miré por la ventanilla del taxi las bulliciosas calles de Madrid, sintiéndome un poco excitada. Hacía tiempo que no salía de Grecia y quería respirar aire nuevo. No sabía qué esperar de la fiesta. Estaba tan fuera del mundo de la moda que ni siquiera reconocería a la gente.

Tenía veintiséis años cuando me casé con Petros y decidí dejar los desfiles y el ajetreo del mundo para dedicarme a una familia. Era un multimillonario que me había prometido el mundo, y yo lo acepté.

En aquel momento, me pareció lo correcto. Estaba enamorada y deseosa de empezar una nueva etapa de mi vida con él. Renunciar a mi carrera de modelo no fue fácil, pero estaba dispuesta a todo por el hombre que amaba.

Aunque ahora, mirando hacia atrás, me pregunté si había tomado la decisión correcta. Mi matrimonio con Petros acabó en un amargo divorcio y me encontré sola, intentando rehacer mi vida, sin encontrar motivos para quererme a mí misma. La mujer vibrante y llena de sí misma se había convertido en cosa del pasado y ya no la reconocía. Me pregunté qué habría sido de haber tomado otro camino, de haber continuado mi carrera en la moda en lugar de casarme.

Sacudí la cabeza, alejando esos pensamientos. No tenía sentido rememorar el pasado y sentirme atenazada por una angustia cada vez más profunda que me hacía llorar y me empujaba cada vez más al abismo de la depresión y la frustración.

Si Petros me amaba de verdad, no se habría divorciado de mí.

Cuando llegué al hotel donde Daphne nos había alojado, me sentí un poco nerviosa, pero estaba decidida a pasarla bien, quizá ver a algunos viejos conocidos y disfrutar un poco de mi antigua vida. Quién sabe, tal vez podría reencontrarme con la mujer que era antes de enamorarme de Petros.

Después de registrarme e instalarme en mi habitación, me di una ducha rápida y me vestí con un elegante vestido y delicadas joyas. Miré mi reflejo en el espejo y me sentí un poco más segura de mí misma. Mi pelo rubio estaba ondulado y caía alrededor de mi rostro ovalado, y el

lápiz negro resaltaba aún más mis ojos azul cielo en un día soleado.

Sonreí a mi imagen y me soplé un beso.

Puedo hacerlo, me aseguré en un pensamiento.

Bajé al vestíbulo del hotel, donde encontré a Daphne esperándome. Estaba tan radiante como siempre, y no pude evitar sonreír al verla.

—¿Estás lista para rockear esta noche? —preguntó Daphne, dándome un abrazo.

—Estoy lista —respondí, intentando parecer más segura de lo que me sentía.

Juntas salimos del hotel, subimos a otro taxi y nos dirigimos a la fiesta. Cuando llegamos a la mansión donde tenía lugar la celebración, los anfitriones nos recibieron con cálidas sonrisas y copas de champán. Mientras observaba a la gente a mi alrededor, sentí una punzada de ansiedad. No conocía a nadie allí y no estaba segura de si sería capaz de encajar de nuevo.

Cinco años fue mucho tiempo...

Estaba distraída, con una copa de champán en la mano y mirando a mi alrededor, sopesando si debía acercarme a alguien e intentar hacer amigos. Tensa e indecisa, di un sorbo a la bebida. Fue entonces cuando oí una voz que me hizo girar sobre mis talones para mirar en la dirección de la que venía.

—¡Chirly, tú por aquí!

—¡Stefan!...

El corazón me dio un salto en el pecho cuando vi de quién se trataba. Stefan, mi antiguo compañero de trabajo en el mundo de la moda. Solíamos desfilar juntos, era uno de los modelos más solicitados de la época. Fue extraño verle allí, pero al mismo tiempo me reconfortó ver una cara conocida.

Tenía el pelo corto y castaño, peinado de forma rebelde, los ojos marrones y la piel morena. Era alto, si no recordaba mal, alrededor de 1,90. Llevaba un traje azul marino, recordé que siempre trasladaba el estilo de las pasarelas a su ropa personal.

—Stefan, ¡cuánto tiempo! —dije, tratando de disimular mi sorpresa.

—Ha pasado mucho tiempo. Te ves tan deslumbrante como siempre.

Una sonrisa sincera se formó en mis labios. Era reconfortante oír aquel cumplido, aunque viniera de alguien del pasado.

—Gracias, tú también estás estupendo.

—Qué maravilla volver a verte por aquí.

—Yo también me alegro. Empezaba a pensar que era demasiado mayor para este ambiente.

—¿Vieja? —Abrió mucho los ojos con cara de indignación—. ¡Mírate! ¡Estás magnífica! —Me tomó de la mano y me hizo darme la vuelta.

—Te agradezco el cumplido —dije avergonzada.

—No es un cumplido, solo constato un hecho.

Hablamos durante largo rato, recordando viejos tiempos y compartiendo anécdotas divertidas que habíamos vivido. Fue agradable tener a alguien con quien hablar, una cara conocida que me hizo sentir a gusto.

Mientras hablábamos, me di cuenta de que la ansiedad que había sentido antes empezaba a remitir. En su presencia, me sentí más a gusto en la fiesta.

—Estabas casada, ¿verdad? —preguntó Stefan, mirándome fijamente.

Tragué saliva y moví la cabeza afirmativamente.

—Perdón por la pregunta invasiva, pero no veo un anillo de boda.

El contacto directo con la herida de mi reciente divorcio me revolvió el estómago. Era inevitable que alguien notara la ausencia de mi anillo de boda, pero aun así, la mención de mi fracaso matrimonial fue dolorosa.

Respiré hondo, tuve que controlarme para no echarme a llorar.

—Sí, estuve casada. Pero... ya no lo estoy. —respondí, tratando de mantener una expresión neutra.

Stefan pareció darse cuenta de la incomodidad en mi voz, porque cambió de tema.

—Bueno, dejemos eso de lado entonces. Estás aquí, libre para disfrutar.

—Sí, disfrutemos de la velada —asentí, dedicándole una sonrisa de agradecimiento.

Y así, con la amabilidad de Stefan, pude relajarme un poco más y permitirme disfrutar de la fiesta sin dejar que los dolorosos recuerdos de mi pasado estropearan el presente.

Daphne estaba un poco alterada cuando se acercó a mí, pidiendo que nos fuéramos. Había bebido demasiado. Me despedí de Stefan e intercambiamos números de teléfono.



Chirly

Capítulo 4

Llegamos al hotel y Daphne se desmayó en mi habitación, muy borracha. Solo se despertó al día siguiente con las sienes palpitantes y expresión cansada.

—Buenos días... —murmuró.

—¡Buenos días!

—Qué dolor de cabeza.

—Has bebido demasiado.

—Quizá me excedí un poco —admitió con una mueca.

—Te traeré café.

Me levanté y fui a la sala de desayunos del hotel, a por una taza de café caliente y algo de comida ligera para aliviar la resaca de Daphne. Cuando volví a la habitación, estaba sentada en la cama, sujetándose la cabeza entre las manos.

—Aquí tienes tu café. Quizá te ayude un poco —le dije entregándole la taza.

Daphne le dio las gracias y aceptó la bebida con una débil sonrisa.

—¿Te encuentras bien? —pregunté, preocupado por su estado.

—Estoy sobreviviendo. Solo necesito un poco de tiempo para recuperarme —respondió, dando un sorbo a su café.

—La próxima vez no bebas tanto. —Risas.

—Fácil para ti decirlo mientras estabas muy caliente hablando.

—¿Caliente? —Fruncí el ceño, sorprendida por su pregunta.

—Crees que no te vi hablando con ese tipo en la fiesta.

—¡Ah, Stefan! Es un viejo amigo.

—¿Amigo? Sí, seguro...

—En serio, nunca he estado involucrada con él. No de la manera que estás pensando.

Daphne enarcó una ceja, mostrándose escéptica ante mis palabras. Podía entender su desconfianza, teniendo en cuenta su historial de acostarse con un chico distinto en cada evento.

—Chirly, sabes que puedes contarme cualquier cosa, ¿verdad? —dijo Daphne, apartando su taza de café y mirándome con picardía.

Suspiré, dándome cuenta de que tenía que aclarar las cosas con ella.

—Daph, entiendo que quieras hacerme sentir mejor y dejar a Petros en el pasado, pero Stefan es solo un amigo. Nos conocemos desde hace años, desde los tiempos en que yo trabajaba como modelo. Siempre ha sido muy amable y nunca ha habido nada romántico entre nosotros. Te lo juro.

Daphne estudió mi rostro un momento, como si reflexionara sobre mis palabras.

—De acuerdo, te creo. —Parecía más decepcionada por mi argumento que contenta—. Es solo que... bueno, pensé que podría ser un buen candidato para un nuevo comienzo.

—Lo comprendo. Y te agradezco que te preocupes por mí. —Alargué la mano para acariciarle el hombro y le sonreí—. Pero para cambiar de tema, tenemos que hablar de lo que vamos a hacer hoy. ¿Cuál es el plan?

Daphne se rió y vi una llama en sus ojos que me asustó por un momento. Mi mejor amiga podía llevarme a cualquier parte de la capital española, solo que no estaba segura de que me gustara el destino. Sin embargo, me había propuesto ir allí para distraerme y tenía que permitírmelo.



Petros

Capítulo 5

Estaba en la sede de la empresa cuando apareció Nikos, mi hermano pequeño. Apareció en el pasillo y caminó hasta detenerse frente a mí.

—Petros, ¡te estaba buscando! —dijo Nikos con una sonrisa emocionada.

—¿Para hablar de la compra de ese nuevo crucero y de la modernización de los demás que tenemos en la flota? —pregunté enarcando una ceja.

—¡No! Sobre salir más tarde. Ahora que eres un hombre libre, puedes disfrutar de lo que la vida te ofrece.

Resoplé, moviendo la cabeza negativamente.

—No sé si quiero ir a un bar de striptease...

—¡Claro que sí quieres! —insistió Nikos, con una mirada maliciosa.

Suspiré, sabiendo que no podría escapar a la determinación de mi hermano. Desde mi divorcio, Nikos se había empeñado en sacarme a pasear, en mostrarme lo mucho mejor que era la vida desde su punto de vista, pero eso estaba muy lejos de solucionar mis problemas.

Puede que no lo entienda, pero acostarme con prostitutas no me haría sentir mejor.

—De acuerdo, saldremos más tarde. Pero no a un bar de striptease, por favor.

Nikos se rió.

—Bien, podemos elegir otro sitio. Lo importante es que te diviertas y te olvides de tu ex.

Asentí con la cabeza, todavía un poco reacio, pero dispuesto a seguir el consejo de mi hermano. Quizá una noche fuera me distraería de los pensamientos sobre mi divorcio.



Chirly

Capítulo 6

Imaginaba que Daphne me arrastraría a algún lugar turístico de Madrid, pero acabamos en una galería de moda. Según ella, no hay nada mejor para la autoestima de una mujer que ir de compras. Le seguí la corriente. Aunque pensaba que ya tenía ropa más que suficiente, hablar de las nuevas colecciones o del mal gusto de algunos diseñadores era mejor que pensar en mi ex marido o en todo lo que habíamos pasado antes de que nuestra relación acabara en divorcio.

Tenía tantas ganas de ser madre...

Aceptar que nunca tendría éxito fue lo más doloroso de todo. No quería rendirme y tampoco quería que Petros se rindiera, pero a medida que los años de fracasos empezaban a pesar sobre nuestros hombros, él ya no quería oír hablar de niños. Cada intento fallido parecía alejarlo más de mí, hasta que un día se rindió definitivamente. Fue como si me hubieran arrancado una parte de mí, dejando un doloroso vacío que no sabía cómo llenar.

Recordé las largas noches en las que llorábamos juntos, intentando encontrar una solución a nuestro problema. Me culpaba a mí misma, preguntándome si me pasaba algo, si no era lo bastante buena para ser madre. La angustia y la frustración se convirtieron en compañeros constantes mientras ambos luchábamos por mantener nuestra relación.

Pero al final, todo se vino abajo. Nuestras esperanzas y sueños fueron sustituidos por el dolor y la decepción. Para Petros, el divorcio era la única salida. Me destruyó aún más, verle marchar fue como arrancar una parte de mí, dejando cicatrices que nunca se borrarían.

No me había dejado en la miseria. Me quedé con la casa en la que vivíamos y unos cuantos millones de euros que me garantizarían una buena vida, pero nada de eso me parecía suficiente sin él cerca. El vacío que dejaba su ausencia era insoportable, como si a mi corazón le faltara un pedazo.

Incluso rodeada de comodidades materiales, me sentía perdida y desolada. El dinero no podía llenar el vacío dejado por la falta de amor y compañía de Petros. Cada rincón de aquella casa, cada objeto que compartíamos, era un doloroso recordatorio de que lo había perdido.

Seguía deambulando por los pasillos vacíos, con la esperanza de que en algún momento volviera a mí, pero sabía que eso no ocurriría...

A veces me preguntaba si alguna vez amaría a alguien tan intensamente como lo amaba a él. Aunque parecía imposible, intentaba luchar por la esperanza.

Mientras recorríamos los pasillos llenos de ropa elegante, mis pensamientos vagaban hacia recuerdos que nunca podría olvidar. Daphne intentó aligerar el ambiente con comentarios divertidos sobre algunas de las prendas, pero yo estaba demasiado distraída para prestarles mucha atención.

En un momento dado, nos detuvimos frente a un espejo de cuerpo entero para probarme un vestido que Daphne había elegido para mí. Me lo puse sin mucho entusiasmo, pero en cuanto me miré en el espejo, sonreí, emocionándome un poco más.

El vestido era sencillo pero elegante. Su suave color combinaba con mi piel y el corte realzaba sutilmente mis curvas. Por un momento, me vi como hacía mucho tiempo que no me veía: guapa y segura de mí misma.

—Chirly, ¡estás increíble! —exclamó Daphne, admirando el vestido.

Decidí comprar el vestido y ponérmelo como incentivo para convertirme en una persona nueva.

Cuando salíamos de la tienda, me sobresalté al toparme con Stefan. Me miró de arriba abajo y soltó una exclamación.

—¡Guau!, ese vestido te queda perfecto.

—Eso es lo que le he dicho. —Daphne se echó el pelo castaño hacia atrás, sintiéndose la mejor amiga del mundo.

Sonreí torpemente, sintiéndome halagada por el cumplido de Stefan. Aunque su presencia aún me traía recuerdos complicados, no podía negar que su opinión sobre el vestido me hacía sentir un poco más segura.

—Gracias, Stefan. Me alegro de volver a verte —murmuré, intentando mantener una expresión neutra.

Sonrió, y por un momento me sentí incómoda bajo su mirada penetrante. Era extraño cómo conseguía conmoverme, incluso después de tanto tiempo.

—¿Vas a algún sitio en especial? —preguntó Stefan, rompiendo el breve silencio.

—De compras con Daphne —respondí, evitando mirarle.

—Bueno, si necesitas compañía, estaré por aquí. —Hizo un leve gesto con la cabeza y se marchó—. Llámame o envíame un mensaje.

En cuanto se fue, solté el aliento que había estado conteniendo, sintiéndome aliviada de que se hubiera ido. Por mucho que su presencia fuera buena para mi autoestima, creía que era mejor mantener cierta distancia. Después de todo, acababa de divorciarme y no quería complicar más las cosas.

Daphne me miró con curiosidad, al darse cuenta de mi reacción.

—Parecías un poco tensa —preguntó preocupada.

—Estoy bien. Me sorprende un poco verlo aquí, eso es todo —respondí, intentando disimular mi incomodidad, que podía ser una tontería por mi parte.

—¿Fue solo una coincidencia, o crees que podría haberte estado siguiendo?

—Creo que solo fue una coincidencia. No veo ninguna razón para que me siguiera —respondí, tratando de convencerme a mí mismo tanto como a Daphne.

Daphne me miró con expresión pensativa antes de asentir.

—Tienes razón, podría haber sido una coincidencia. Disfrutemos del resto del día, olvidémonos de nuestros problemas y divirtámonos un poco, ¿de acuerdo?

Sonreí en señal de acuerdo. Decidí dejar a un lado esa tonta preocupación y disfrutar del momento con mi amiga.

Mientras caminábamos por las concurridas calles de Madrid, me sentí agradecida por su compañía y por todos sus esfuerzos por hacerme sentir mejor.



Petros

Capítulo 7

—Dije que no quería un local de striptease —refunfuñé al entrar al lugar junto a mi hermano y darme cuenta de que eso era lo que quería evitar.

—Esto no es más que un club de ocio para hombres adultos —intentó argumentar, con aire pícaro.

—Para mí es lo mismo. —Torcí los labios con irritación.

Nikos se echó a reír, aparentemente divertido por mi indignación.

El local se llenó de música a todo volumen, luces de colores y un fuerte aroma a cigarrillos y alcohol. Los hombres reían a carcajadas mientras las bailarinas actuaban en el escenario, mostrando sus cuerpos al público.

Me sentía fuera de lugar allí. Nunca me han gustado este tipo de ambientes, pero mi hermano insistió tanto que acabé cediendo.

—Relájate, Petros. Vamos a divertirnos. Necesitas relajarte después de todo el lío del divorcio —dijo Nikos, intentando animarme.

Resoplé, aceptando solo por cortesía. En realidad, mi mente estaba en otra parte. No podía dejar de pensar en Chirly y en cómo las cosas habían llegado a este punto entre nosotros.

Mientras mi hermano se divertía, yo me senté en un rincón apartado, observando a la gente a mi alrededor. En medio del bullicio de la discoteca, me perdí en pensamientos sobre lo que podría haber sido si las cosas entre Chirly y yo hubieran sido diferentes.

¿Era el divorcio la mejor solución? Cuando firmamos los papeles hace un mes, estaba segura de ello, creía que lo mejor era que cada uno siguiera su camino. Nuestra relación se había deteriorado y nada parecía poder salvarla.

Nikos vivía bien siendo soltero y fue el primero en animarme a poner fin a mi relación. Según él, ninguna mujer merecía mis noches de sueño ni mi tranquilidad.

Durante un tiempo, estuve de acuerdo con él. Parecía que cada discusión, cada momento tenso, me alejaba más de Chirly. Pero ahora, aquí, en medio de una multitud ruidosa y frenética, empecé a preguntarme si había tomado la decisión correcta...

Nikos se acercó, interrumpiendo mis ensoñaciones.

—Oye, hermano, ¿en qué estás pensando? —me preguntó, dándose cuenta de mi expresión seria.

Suspiré, tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—Estoy reflexionando sobre algunas cosas. Creo que necesito algo de tiempo para poner en orden mis pensamientos.

Asintió comprensivo y me puso una mano en el hombro.

—Ya veo. Pero, ¿por qué no te diviertes un poco? Mira cuántas mujeres calientes hay por aquí.

Miré a mi alrededor, siguiendo la mirada de mi hermano. Hermosas mujeres bailaban y se divertían.

—No sé, Nikos. Hoy no estoy de humor para esto.

Se encogió de hombros con una sonrisa pícara.

—Está bien, no te preocupes, encontraré compañía.

Antes de que pudiera protestar, Nikos ya se había levantado y se acercaba a un grupo de mujeres que charlaban sonrientes.

Le observé con una mezcla de curiosidad y aprensión. Mientras que mi hermano era extrovertido y le gustaba divertirse, yo siempre había sido más reservado, sobre todo en lo que se refería a las relaciones.

Mientras charlaba con las mujeres, mis pensamientos se volvieron hacia Chirly. ¿Estaría bien? ¿Se estaba adaptando a la vida de soltera? Todavía me preocupaba por ella, aunque estuviéramos separados.

Un golpecito en el hombro me sacó de mi ensoñación. Era Nikos, con una sonrisa triunfal

en la cara.

—He encontrado dos gatos para nosotros. ¿Qué te parecen? —Llegó con las mujeres, una bajo cada brazo. Solo llevaban lencería y tenían cuerpos muy atractivos.

Moví la cabeza negativamente y me levanté.

—Lo siento, pero no puedo. Al menos no hoy.

Quizá necesitaba más tiempo.

—Petros... —Dejé a mi hermano protestando solo y salí de la tienda.

Respiré hondo mientras salía del club, intentando deshacerme de la sensación de incomodidad que me había provocado esta situación. Esto no era lo que quería, así no era como iba a distraerme de mis problemas.

Caminé por las concurridas calles de la ciudad, perdido en mis pensamientos. La noche era cálida y el aire fresco me ayudaba a despejar la mente. Necesitaba un rato a solas, lejos de distracciones y presiones externas.

Mientras caminaba, mi móvil vibró en mi bolsillo. Era un mensaje de Nikos, probablemente preguntándome dónde estaba. Lo ignoré por el momento y seguí caminando, tratando de encontrar un lugar tranquilo donde poder reflexionar.

A cada paso, me preguntaba si había tomado la decisión correcta al divorciarme de Chirly.

Pero ya era demasiado tarde...

El divorcio había finalizado y era hora de seguir adelante, aunque eso significara enfrentarse a la soledad y la incertidumbre. Había tomado esa decisión y la había llevado a cabo, aunque mi ex mujer parecía disgustada por mi determinación.

Encontré un banco vacío frente a la playa y me senté, dejando que la tranquilidad del lugar me envolviera. Miré las estrellas y las olas que rompían en la playa, perdido en mis pensamientos, intentando encontrar algún tipo de consuelo en medio de la confusión en que se había convertido mi vida.

Me perdí en la contemplación del mar, viendo cómo rompían las olas en la playa. El relajante sonido del agua y la fresca brisa vespertina ayudaron a despejar mi tumultuosa mente.

Entre profundos suspiros, reflexioné sobre los últimos acontecimientos. El divorcio había sido una decisión difícil pero necesaria. A pesar de las dudas que aún me atormentaban, necesitaba seguir adelante y construirme una nueva vida. Estábamos cayendo en un abismo que no haría sino destruirnos cada vez más a los dos.

No podía dejar de imaginarme a Chirly, aunque intentara reprimir sus dolorosos recuerdos. Su expresión de decepción cuando concretamos la boda aún resonaba en mí, pero ya no había vuelta atrás.

Me levanté del banco y comencé a caminar por la playa, dejando atrás el malestar que me atormentaba. Subí a mi coche, dejándolo frente al establecimiento, y conduje hacia el apartamento donde estaba viviendo.



Chirly

Capítulo 8

Tras regresar de Milán, me quedé sola en aquella enorme casa. Si la mansión ya era grande cuando estaba Petros, sin él el lugar parecía aún más vacío. El personal entraba y salía, pero seguía habiendo demasiado espacio desértico.

La soledad que sentía era abrumadora. A pesar de los sirvientes que circulaban por la casa, el vacío seguía resonando en todas las habitaciones. Era como si las paredes de aquella gigantesca mansión susurraran cómo me habían abandonado.

Me había acostumbrado a la presencia constante de Petros, a nuestros momentos juntos, a las risas que compartíamos e incluso a las discusiones. Ahora, solo quedaban los recuerdos, y parecían rondar cada espacio de aquella casa.

Caminé por los silenciosos pasillos, mirando los retratos de la pared que plasmaban momentos felices que ahora parecían lejanos. Cada objeto, cada mueble, parecía contar una historia de un pasado que ya no existía.

Sintiendo una opresión en el pecho, subí las escaleras y entré en la habitación que solía ser nuestra. El silencio allí era ensordecedor, y las lágrimas empezaron a correr por mi cara mientras me tumbaba en la cama vacía.

Era como si su olor siguiera allí, aunque las sábanas se hubieran lavado varias veces. Las lágrimas seguían cayendo por mi cara mientras me hundía en la soledad de la habitación. Me abracé a la almohada, hundiendo la cara en ella para reprimir mi llanto de desesperación.

Se me revolvía el estómago y me dolía la cabeza, pero imaginé que era culpa de mi tristeza.

Cada fibra de mi ser lo anhelaba, como si la habitación fuera un eco de su presencia. Era un dolor que nunca parecía cesar, un anhelo que me atravesaba el pecho como una hoja afilada.

Apretando la almohada contra mi pecho, deseé que fuera él quien estuviera allí, envolviéndome en sus fuertes brazos, calmando mi agonía. Pero todo lo que tenía era el vacío y

el eco de nuestros tiempos felices, ahora solo recuerdos lejanos.

Mi respiración era irregular, interrumpida por los sollozos que sacudían mi cuerpo. Cada latido era una punzada de dolor.

Acabé durmiéndome en un ataque de sollozos.

***

Los días siguientes no fueron más fáciles. Seguía echándole de menos y me culpaba de lo ocurrido. Mi malestar empeoraba cada día, hasta que, estando en el salón, caí al suelo, desmayada. Me rescató Ariadna, el ama de llaves.

Ariadna se apresuró a ayudarme, preocupada por mi estado. Llamó a una ambulancia y me llevaron al hospital más cercano.

Pasaron horas mientras los médicos realizaban una serie de pruebas y evaluaciones para averiguar cuál era la causa de mi desmayo.

Estaba sentada en una camilla de hospital, recibiendo una vía intravenosa y acompañado por Ariadna, ya que no tenía familia en Grecia, cuando el médico se acercó a mí, mirándome con un aire analítico que no hizo sino ponerme aún más tensa.

—¿Qué me está pasando, doctor? —pregunté, con el corazón en un puño y un ladrillo aparcado en la garganta.

—Estás embarazada —dijo el médico con una sonrisa amable pero firme.

—¿Cómo? —Mi voz es una mezcla de incredulidad y asombro.

—Sí, las pruebas lo confirmaron. Felicidades, Chirly. Estás esperando un bebé.

La noticia me parecía tan surrealista que apenas podía procesarla. Ariadna me tomó la mano con cariño mientras yo intentaba encontrar las palabras para expresar lo que sentía.

—Pero... ¿cómo es posible? —pregunté, aún aturdida—. Creía que era estéril. Que nunca lo lograría.

—Lo has conseguido. —Me dedicó una amplia sonrisa que me hizo preguntarme si no estaría soñando.

El médico prosigue, su voz suena lejana y apagada en mis oídos aturdidos. Me explica las pruebas realizadas, confirma el embarazo y menciona algunas precauciones que debo tomar.

Mientras hablaba, mi cabeza giraba en un torbellino de pensamientos...

Llevaba años intentando quedarme embarazada. Naturalmente, no funcionó y los intentos de inseminación también fracasaron. Empecé a pensar que nunca lo conseguiría.

—Me doy cuenta de que es una sorpresa para ti, Chirly, pero es una noticia maravillosa. Si necesitas algo más o tienes alguna duda, estoy a tu disposición —dijo el médico, transmitiendo una mezcla de profesionalidad y empatía.

Asentí, aún procesando la noticia, mientras salía de la habitación. Ariadna me abrazó con ternura.

Estaba tan conmocionada que aún no sabía cómo reaccionar ante la situación.

Era imposible...

—Felicitaciones...

—Gracias —murmuré, devolviéndole el abrazo, aún incapaz de asimilar la noticia.

Miré a un lado y a otro y me pellizqué, tratando de asegurarme de que no estaba en algún tipo de sueño irreal. He tenido muchos sueños que parecían reales y sospeché que este podría ser otro, pero no desperté.

—Estoy embarazada... —repetí, como si las palabras aún no tuvieran sentido para mí.

Ariadna sonrió, me tomó las manos y me las acarició.

—¡Es maravilloso, Chirly! —Su sonrisa era más amplia que la mía—. ¡Un regalo!

Tragué saliva, sintiendo que se me formaba un nudo en la garganta. La idea de estar embarazada después de tantos años de intentos infructuosos parecía surrealista. No sabía si reír o llorar de felicidad.

—Sí, es... sorprendente —murmuré, intentando asimilar la noticia.

—Vamos a casa —sugirió Ariadna, dándose cuenta de que yo parecía paralizada por el

shock—. Te prepararé un almuerzo muy nutritivo.

—Gracias.

Después de que el médico me diera el alta, dejé que mi ama de llaves me llevara fuera del hospital, aún intentando procesar todas las emociones que me había provocado la noticia. Mientras caminábamos hacia el taxi, sentí que aquella avalancha de sentimientos podía hacer que se me parara el corazón.

Ariadna se dio cuenta de que me pasaba algo y me miró preocupada mientras nos sentábamos en la parte de atrás del coche.

—¿Estás bien, Chirly? —Su voz era suave y llena de una dulzura reconfortante en aquel momento en que mis pensamientos parecían sumidos en el caos.

Asentí con la cabeza.

—Lo intento... es que... todo esto es tan inesperado.

—Comprendo. —Ariadna me puso una mano en el hombro—. Sé que los últimos años han sido muy difíciles para ti. Pero a veces la vida nos sorprende de formas que nunca hubiéramos imaginado. Tal vez este sea el momento adecuado para ti, Chirly.

Sus palabras resonaron en mi interior, tocando una parte de mí que había mantenido cerrada durante tanto tiempo. Era cierto que había perdido la esperanza, pero ante esta inesperada noticia, quizás había una nueva luz al final del túnel.

Respiré hondo, intentando asimilar todo lo que estaba ocurriendo.

—¿El momento adecuado? —Dejé escapar una sonrisa triste—. Después de que Petros perdiera los estribos y se divorciara de mí.

Sonrió.

—Es difícil predecir los planes que Dios tiene para nosotros.

—Sí... —Es todo lo que pude decir mientras miraba la calle por la ventana.

Mientras observaba a la gente que pasaba por la calle, un nuevo sentimiento de esperanza empezó a crecer en mi interior. Quizá el futuro no sería tan solitario como había imaginado.



Petros

Capítulo 9

El sonido de la risa de Chirly llenó la habitación cuando deslicé una pluma por el valle entre sus pechos y ella se retorció, poniendo los ojos en blanco con picardía.

—Me haces cosquillas...

—Me encanta verte retorcerte —bromeé.

—¿De verdad?

—Hum rum... —Estiré mi cuerpo sobre el suyo, rozando mis labios con los suyos de forma provocativa.

—Te amo, Petros —murmuró.

—Yo también te amo, Chirly. —Deslicé mis manos por las deliciosas curvas de su suave cuerpo.

Para mí, podríamos pasarnos toda la vida en esa cama.

De repente, la escena desapareció ante mis ojos. El sonido de la risa de Chirly aún resonaba en mis oídos, pero ahora la habitación estaba vacía excepto por mí. Era solo un recuerdo, un atisbo de un tiempo que ya había pasado.

Sacudí la cabeza, intentando alejar los recuerdos. No podía quedarme atrapada en el pasado, reviviendo momentos que nunca volverían. Chirly y yo habíamos tomado caminos separados, gracias a mi decisión, y no me parecía justo cambiar de opinión.

Me levanté de la cama y me acerqué a la ventana, observando las luces de la ciudad que parpadeaban fuera. Podía oler el mar y sentir la brisa tocarme la cara. La presencia del océano siempre me daba un poco de paz.

Necesitaba comprar otro lugar donde vivir, mudarme de aquel apart hotel temporal y seguir con mi vida, ya que le había dejado nuestra antigua casa a Chirly.

Saqué el móvil y empecé a buscar propiedades disponibles en Atenas, o quizá en alguna isla privada cercana. Encontré algunas opciones interesantes y decidí visitar algunas de ellas en los próximos días.

Había decidido que el divorcio era mi mejor solución, y tenía que ceñirme a ese objetivo o acabaría más disgustado de lo que estaba antes de separarme de Chirly.



Chirly

Capítulo 10

Me pasé toda la noche tumbada en la cama, mirando al techo y con las manos en el estómago.

Embarazada...

Aunque el médico me lo había asegurado, seguía teniendo miedo. En más de una ocasión, los embriones implantados en mi vientre no habían prosperado. Los abortos espontáneos fueron la mayor tristeza de mi vida.

No podía evitar el pavor que se apoderaba de mí, un miedo que hacía que me dolieran hasta los huesos. Con cada latido de mi corazón, sentía que el peso del miedo se intensificaba. *Embarazada...* La palabra resonaba como un recordatorio constante de todas las veces que me habían arrastrado al fondo del pozo con una decepción que nadie debería sentir.

Lágrimas silenciosas corrían por mi rostro mientras revivía los agonizantes recuerdos de cada bebé que perdía. Fueron momentos que dejaron profundas cicatrices emocionales que parecían irreparables.

No quería permitirme creer que esta vez sería diferente. La esperanza me parecía un lujo peligroso, una frágil promesa que podían arrebatarme en cualquier momento.

Respiré hondo, intentando encontrar algo de calma en medio del pavor que me consumía. No parecía haber ninguna forma racional de equilibrarme ante aquello. Realmente quería alegrarme por el embarazo, pero nada era peor que el miedo a perder otro bebé.

Con un último suspiro, cerré los ojos y recé pidiendo fuerza y protección para el bebé que crecía dentro de mí.

Ya había perdido a Petros, y esta vez, más que nunca, merecía que mi embarazo tuviera éxito.

Con el corazón encogido, tardé en conciliar el sueño, aunque fuera por poco tiempo. Los sueños eran una confusa mezcla de esperanza y miedo, y cuando me desperté a la mañana

siguiente, aún me sentía agotada.

Me incorporé lentamente. Me miré el vientre, todavía incrédula ante la idea de que un pequeño ser estuviera creciendo dentro de mí. No había ninguna señal, lo que convertía aquella revelación en una idea aún más remota e inalcanzable.

Bajé despacio las escaleras, oliendo el aroma del desayuno que se apoderaba de la habitación. Me dirigí a la cocina y me topé con Ariadna. Su rostro se iluminó al verme y me saludó con una cálida sonrisa.

—¡Buenos días, Chirly! ¿Cómo te sientes hoy?

—Buenos días, Ariadna. Estoy... intentando asimilar todo esto —respondí torpemente mientras me sentaba a la mesa.

—¿Qué quieres comer?

—Algo ligero.

—Lo prepararé.

—Gracias.

Ariadna empezó a preparar el desayuno mientras yo me perdía en mis pensamientos.

Luego me puso delante el plato con algo de fruta y tostadas, con un vaso de jugo de naranja. Le dediqué una sonrisa forzada mientras contenía la respiración.

—Chirly, pareces preocupada. ¿Está todo bien? —Me miró con ternura.

Respiré hondo, intentando encontrar las palabras adecuadas para expresar lo que sentía.

—Tengo miedo de que algo vuelva a salir mal. —Mi voz vaciló mientras luchaba por contener las lágrimas.

Ariadna se acercó a mí y puso una mano reconfortante sobre la mía.

—Ten fe, querida. Esta vez todo saldrá bien. —Su mirada transmitía una confianza que yo quería compartir.

—Pero, ¿y las demás veces?

—Son cosas del pasado. He tenido tres hijos y sé que cada embarazo tiene sus particularidades.

—Gracias, Ariadna. Tus palabras significan mucho para mí. —Sonreí, intentando encontrar un poco de esperanza en medio del torbellino de emociones.

Después de desayunar, volví a mi habitación y me senté en la cama. Noté que mi móvil vibraba. Lo tomé y vi que en la pantalla aparecían varios mensajes de Daphne. Curiosa, abrí la conversación y empecé a leer sus mensajes. Parecía emocionada y llena de planes.

Daphne:

Chirly, ¿estás ahí? ¡Tengo una idea increíble para hoy!

Tienes que ver esta nueva exposición de arte que se ha inaugurado en la ciudad. No te la pierdas.

Salgamos a divertirnos. Tal vez ir a un club por la noche.

Estás en tu derecho de emborracharte, amiga.

Chirly:

No puedo beber.

Daphne:

¿Qué? ¡Claro que puedes!

Chirly:

Creo que estoy embarazada.

Daphne:

¿Cómo que crees? ¿Se te ha retrasado la regla? ¿Te has hecho un test?

Chirly:

Ayer me desmayé y Ariadna me llevó al hospital. Los médicos me hicieron unas

pruebas y dijeron que estaba embarazada.

Daphne:

¿Entonces por qué has dicho que lo crees? ¡Han dicho que lo estás!

Chirly:

Lo sé, amiga, pero es tan difícil para mí...

Daphne:

Lo entiendo, pero deberías estar contenta.

Chirly:

¡Estoy aterrorizada!

Daphne:

¿Por qué?

Chirly:

Se me ha frustrado muchas veces.

Daphne:

Esta vez será diferente.

Chirly:

Eso espero...

Daphne:

¡Por supuesto! Tú realmente quieres ser madre. Tienes esta oportunidad en tus manos y tienes que aferrarte a ella. He oído decir que el bebé siente a su madre. Así que tienes que hacerle saber que estás bien.

Chirly:

Tienes razón.

Daphne:

¡Siempre la tengo!

¿Tuviste sexo con otro hombre después de Petros?

Chirly:

¡Claro que no!

Daphne:

Así que él es el padre.

Chirly:

¡Sí!

Daphne:

¿Se lo vas a decir?

Chirly:

No sé...

No lo creo.

Daphne:

¿Por qué?

Chirly:

Después de todo lo que hemos pasado por mi deseo de querer tener hijos. No sé cómo se tomaría esa noticia.

Daphne:

Quizá deberías esperar un poco.

Chirly:

Creo que sí.

Daphne:

¿Has ido al obstetra? ¿Te has hecho las primeras pruebas? ¿Una ecografía?

Chirly:

Aún no, no lo he asimilado.

Daphne:

Entonces olvídate de la exposición. Sé cuáles son nuestros planes para hoy.

Chirly:

No tienes que detener tu vida por mi culpa.

Daphne:

¡Claro que sí! Somos mejores amigas y siempre te apoyaré.

Chirly:

Gracias.

Tras intercambiar mensajes con Daphne, me invadió una sensación de alivio. Siempre ha sido una gran amiga y sus palabras me reconfortaron en medio del miedo.

Así que decidí seguir su consejo y concertar una cita con una obstetra. Era hora de afrontar la realidad de mi embarazo y asegurarme de que el bebé y yo recibiéramos los cuidados que necesitábamos.

Tecleé el número de una obstetra que conocía y conseguí una cita para el mismo día. Me armé de valor para hacer todo lo posible para que esta vez mis esperanzas no se vieran truncadas.

El embarazo parecía un extraño remedio para el profundo dolor del divorcio.



Petros

Capítulo 11

Quedé con mi hermano mayor, Maximus, en un café que nos gustaba mucho y que tenía una magnífica vista de la Acrópolis. Aunque estaba lleno de turistas, me sentí a gusto allí.

Maximus fue la primera persona a la que decidí confiarle mi decisión de divorciarme de Chirly. Aparte de ser mi hermano, era el único que había estado casado y esperaba que fuera lo más cerca que estaría de comprenderlo.

Mientras sorbíamos nuestro café, Maximus me observaba con una mirada atenta, como si pudiera leer mis pensamientos.

—¿Cómo estás, Petros? —Rompió el silencio, expresando su preocupación.

—Estoy tratando de lidiar con todo. La vida parece haber dado un vuelco desde el divorcio. —Suspiré, sintiendo el peso de mi confesión.

—No es fácil. Perder a una compañera de años es algo complicado de afrontar. Pienso en lo que sentí cuando perdí a Elena.

—Pero Elena está muerta. Es diferente. Chirly todavía está por aquí.

—Lo que quiero decir es que tu matrimonio se ha roto. Y tendrás que encontrar razones para empezar de nuevo.

—¿Me estás diciendo que me busque otra mujer?

—Podría ser... si eso es lo que quieres.

—Lo peor es que no sé lo que quiero —confesé, estirando el cuerpo hacia delante y apoyando las sienes en las manos.

—Esto acaba de empezar. Tómate tu tiempo, hermano.

—¿Y si me he equivocado?

—¿Es eso lo que piensas?

—Ya no sé nada.

Inspiré y volví a levantar la cabeza.

Maximus me miró fijamente durante un momento, como si tratara de leer mis pensamientos. Su expresión seria mostraba preocupación por mí y una capacidad analítica para identificar las pistas que iba dejando en el aire.

—¿Aún la amas, Petros? —Su pregunta directa resonó en el caos de mi mente, haciéndome tragar saliva.

Necesitaba enfrentarme a la verdad que me resistía a admitir incluso ante mí mismo.

Vacilé un momento, sintiendo que se me hacía un nudo en la garganta mientras luchaba por encontrar las palabras adecuadas.

—No... no lo sé —murmuré, apartando la mirada, observando a unas mujeres sentadas en otra mesa. Me saludaron y me di cuenta de que ninguna me interesaba.

Maximus permaneció en silencio un momento. Dejando que asimilara mis propias palabras.

—Hermano, pensé que el divorcio me haría sentir mejor. Dejaríamos de discutir, sería perfecto...

—Pero no lo era —concluyó, sacudiendo la cabeza pensativamente.

Negué con la cabeza.

—A veces las soluciones más sencillas no son las que te hacen sentir mejor —murmuró.

—¿Hablas de mí o de ti?

—Quizá se trate de algo que no es tan fácil de aceptar. Cuando me separé de Eglaia, me pareció lo correcto, pero no me sentí mejor, y ella tampoco.

—El divorcio no supuso el alivio que yo esperaba —confesé con un profundo suspiro—. Parece haber un vacío en mí que nunca antes había sentido.

Maximus asintió, meditando mis palabras antes de decir nada.

—Quizá necesites serenarte y revisar tus decisiones. Quizá no sea demasiado tarde para admitir que cometiste un error —sugirió, antes de dar un pequeño sorbo a su taza de café y dejarla de nuevo sobre la mesa.

—Tal vez...



Chirly

Capítulo 12

Daphne vino a mi casa a visitarme antes de ir a mi cita con el obstetra. Estaba muy ansiosa, pero igual de tensa. La saludé con una sonrisa forzada, intentando disimular la angustia que me consumía por dentro.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Daphne, mirándome de pies a cabeza en busca de alguna pista sobre mi estado real.

—Muy nerviosa —admití, dejando escapar un fuerte suspiro.

—Todo va a salir bien, Chirly. Estoy seguro de ello. —Su sonrisa era como un rayo de sol en un día nublado y me dio un rayo de esperanza.

Quería creer sus palabras porque, en el fondo, nada me haría más feliz que poder tener a mi bebé en brazos.

—Gracias por estar aquí conmigo. —Me estiré para abrazarla.

Daphne sonrió, apretándome aún más fuerte.

—Siempre estaré aquí para ti, amiga.

Nos quedamos así unos instantes hasta que me aparté y solté un suspiro.

—¿Vamos?

—Para eso estoy aquí. —Se levantó de un salto.

Subimos a mi coche y me dirigí a la clínica médica. El trayecto me pareció más largo de lo habitual, cada minuto se me hacía más largo, sumida en una mezcla de esperanza y miedo.

Daphne permaneció a mi lado, hablando de otros asuntos que me ofrecían consuelo momentáneo y una excusa para distraerme. Su presencia era un alivio bienvenido en medio de mis problemas.

Llegamos a la clínica y aparqué delante, salí y me dirigí a la entrada, acompañada de mi

amiga. La secretaria nos recibió con una cálida sonrisa y enseguida nos hicieron pasar a la sala de espera.

Mientras esperábamos, el tiempo parecía alargarse y, a cada segundo que pasaba, la ansiedad pesaba sobre mis hombros.

—Todo va a salir bien. —Sentada a mi lado, me tendió la mano y me dedicó una sonrisa confiada.

Por fin nos llamaron a la consulta de la obstetra. Respiré hondo, intentando controlar mis emociones mientras cruzábamos el umbral.

—Buenas tardes, Chirly —saludó la obstetra con una amable sonrisa—. ¿Qué tal estás?

—Estoy nerviosa, doctora —admití mientras me acomodaba en la silla frente a su escritorio.

—¿Por qué estás tan nerviosa?

—Estoy embarazada —hago una pausa de unos segundos mientras la palabra se cierne sobre nosotros—. Sé que debería alegrarme, pero lo único que consigo es asustarme.

—¿Embarazada? —repitió en tono tranquilo.

Sacudí la cabeza afirmando.

—¿Has hecho otra fecundación in vitro? —reflexionó, queriendo comprender mejor la situación.

—Solo la última, hace casi seis meses, también fracasó.

—Ya veo. Puede que haya habido una fecundación tardía o que después te hayas quedado embarazada de forma natural. Vamos a hacer algunas pruebas para asegurarnos de que todo va bien y averiguaremos más cosas sobre el periodo gestacional. —Sonrió para tranquilizarme.

—Gracias, doctora.

—En absoluto.

La obstetra empezó a examinarme, tomándome la tensión y otras constantes vitales.

Mientras me examinaba el vientre, mi corazón latía con fuerza. Luego tomó un monitor fetal y me lo colocó en el vientre. Un silencio tenso invadió la consulta durante unos instantes, hasta que un sonido suave, como un tamborileo lejano, llenó el aire.

—¿Estás escuchando esto? —preguntó la obstetra, sonriendo.

—¿Es el corazón del bebé? —mi voz salió casi en un susurro, desbordante de emoción.

—Sí. —Me miró con ternura.

Guardó el aparato y me limpió el estómago.

—Pediré un ultrasonido. Puedes hacerla aquí mismo, al final del pasillo, así como un análisis de sangre antes de que podamos pasar a la prescripción. —La doctora me tendió la mano para ayudarme a levantarme.

Daphne me acompañó a la sala de ecografías y ambas esperamos en el pasillo hasta que nos llamó otro profesional. Me acomodé en otra camilla y el médico especializado deslizó el aparato sobre mi vientre mientras observaba atentamente la pantalla.

—Un momento... —murmuró, ajustando los controles del equipo.

El silencio en la sala de reconocimiento era palpable mientras esperaba ansiosamente cualquier noticia. Entonces el médico me miró con expresión sorprendida.

—Puedes mirar aquí —indica la pantalla—. Mira los dos sacos gestacionales con los embriones.

Miré la pantalla de la ecografía, con el corazón palpitando de emoción. Allí estaban, dos puntitos parpadeando en la pantalla, cada uno representando una vida que se estaba desarrollando dentro de mí. La confirmación visual de mi mayor regalo me pareció un auténtico milagro.

—¿Son... son gemelos? —Mi voz temblaba de emoción.

El médico asintió con una sonrisa.

—Sí, son gemelos. Felicidades, Chirly. Estás esperando dos bebés.

Las lágrimas corrían por mi rostro mientras asimilaba la noticia. Fue una mezcla de alegría, sorpresa y un poco de miedo, pero, sobre todo, fue un momento de pura gratitud.

—¿Están bien? —pregunté, con la voz aún entrecortada por la emoción.

El médico sonrió, ajustando los controles de ultrasonido.

—Sí, todo tiene buen aspecto. Tienen latidos fuertes y se están desarrollando como se espera para esta fase del embarazo.

Se me escapó un suspiro de alivio al ver la imagen que aparecía en la pantalla. Todavía parecían muy pequeños y estaban lejos de estar completamente formados, pero nunca había avanzado lo suficiente en mi embarazo como para que fueran visibles así.

—Gracias, Doctor...

—Ahora, seguiremos controlando la evolución de sus bebés para asegurarnos de que todo sigue yendo bien.

Asentí con la cabeza, sintiendo que una oleada de esperanza inundaba mi corazón. Empezaba a aceptar la idea de que este embarazo podía ser diferente, y que dos bebitos serían una realidad en mi vida.

—¡Te lo había dicho! —Daphne lo celebró con un salto cuando llegamos al pasillo después de salir de la sala de ecografías—. Todo va bien contigo y tus bebés. ¡Tus dos bebés! Un regalo doble.

—Sí...

—Ya no tienes motivos para tener miedo. —Me entregó la carpeta con las imágenes—. Vas a ser mamá.

—No sé...

—¡Sí, sí que los tienes! Pronto esos dos estarán corriendo por todas partes y tú te quejarás conmigo de que ya no puedes dormir.

Me reí de su comentario.

Volvimos a la consulta de la obstetra y me dio algunas recomendaciones, además de recetarme vitaminas prenatales.

Salí de la clínica con una mezcla de emociones bullendo en mi interior. La noticia de que

estaba embarazada de gemelos era lo mejor del mundo, aunque me asustaba un poco el trabajo que suponía ser madre de dos bebés a la vez. La alegría era mucho mayor que cualquier otra cosa.

Daphne caminaba a mi lado, su expresión radiante reflejaba la felicidad que sentía por mí.

—¡Dos bebés, Chirly! ¡Es increíble! —exclamó, apenas capaz de contener su emoción.

—Sí, es... sorprendente —murmuré, aún en estado de shock.

—Ahora tendrás el doble de trabajo —se burló.

—Eso espero —respondí, con una tímida sonrisa en los labios.

Mientras nos dirigíamos al coche, sentí una nueva determinación en el pecho. Haría todo lo que estuviera en mi mano para tener esos pequeños milagros que crecían dentro de mí.



Petros

Capítulo 13

Estaba en mi despacho, mirando la pantalla del ordenador, pero no prestaba atención a nada. Mis pensamientos daban vueltas y vueltas en un bucle inconstante que se reflejaba en la forma agitada en que balanceaba el bolígrafo entre los dedos.

Tragué saliva, me mordí el labio y giré de un lado a otro como un niño que juega con una silla de ruedas.

Siempre he sido un hombre muy decidido, convencido de lo que creía que era mejor para mí. En los negocios, nunca dudé. Creía que esto también se reflejaba en mi vida personal. Cuando conocí a Chirly en un desfile de moda hace siete años, estaba seguro de que esa mujer sería mía e hice todo lo posible por conquistarla. Invertí económica y emocionalmente en la relación hasta que le pedí que se casara conmigo.

Pensé que nunca me arrepentiría de esa decisión, pero así fue.

La escena del divorcio siempre estaba fresca en mi mente, como si hubiera ocurrido la noche anterior. Recordaba haber llegado a casa y encontrarme a Chirly quejándose de una nueva oleada de hormonas para otra ronda de inseminación artificial. Ese fue el momento en que me di cuenta de que ya no podía soportar las constantes tensiones en nuestra relación. Decidir divorciarme fue una de las decisiones más difíciles que he tomado nunca, pero en aquel momento parecía la única opción posible.

Sin embargo, incluso después de todo este tiempo, seguía cuestionándome si había tomado la decisión correcta. Me rodeaba un torbellino de dudas y arrepentimientos, y me preguntaba si tal vez habíamos perdido la oportunidad de salvar nuestro matrimonio.

Estaba seguro de que con el divorcio volvería a ser el hombre que era antes de conocerla, pero ya no me reconocía. No era el Petros soltero, ni el casado, parecía perdido en un limbo sin sentido. Me encontraba en una encrucijada, cuestionándome todas las decisiones que había tomado con respecto a Chirly. Lo único que deseaba más que nada era deshacerme de ese dolor agonizante que no desaparecía.

Estaba triste por las peleas, pero en ese momento agonizaba por esa soledad y la inexplicable falta de su presencia.

Cada vez que intentaba convencerme de que había tomado la decisión correcta, me invadía una sensación de vacío y arrepentimiento. Me preguntaba si habría sido diferente si nos hubiéramos esforzado más, si yo hubiera tenido más paciencia, si hubiéramos buscado ayuda profesional... Pero esos "si" no podían cambiar lo que ya estaba hecho.

¿Por qué es tan difícil?

Saqué el móvil y envié un mensaje a mi hermano Maximus. Tardó un poco en contestar y pensé que estaría en un juicio. La espera solo me puso más ansioso.

¡Qué mierda pasa!

Necesitaba que alguien me convenciera de que había tomado la decisión correcta, porque ni siquiera yo podía hacerlo por mí mismo.

Por mucho que lo intentara, no podía librarme de esa angustia.

Petros:

¿Estás ahí?

Maximus:

Estaba en una audiencia.

Petros:

Me lo imaginaba.

Maximus:

¿Está todo bien?

Petros:

No.

Maximus:

¿Aún estás mal por el divorcio?

Petros:

Juro que lo intento, pero el alivio que debería sentir nunca llega.

¿Cuánto tiempo más necesito para no sentirme tan culpable?

Maximus:

Sabes que no funciona así. Cada persona tiene su propia manera, no se puede generalizar.

El divorcio no es fácil.

Petros:

Parece imposible.

Maximus:

¡Vuelve con ella!

Petros:

No puedo.

Maximus:

¿Por qué no?

Petros:

Ya he firmado el divorcio.

Maximus:

Los papeles pueden romperse y sustituirse.

Petros:

Pero la vida no es tan sencilla.

Maximus:

Ya lo sé.

Petros:

Yo soy el que pidió el divorcio.

Maximus:

A veces tenemos que reconocer que hemos cometido un error y pedir disculpas.

Petros:

No creo que sea el tipo de decisión que deba reconsiderarse.

Maximus:

Solo no hay solución para la muerte.

Petros:

No creo tener la moral para pedirle que vuelva conmigo.

Maximus:

Solo lo sabrás si preguntas.

Petros:

No es tan sencillo.

Maximus:

No he dicho que lo fuera a ser.

Petros:

Gracias.

Exhalé, sintiéndome agotada. Aquel esfuerzo por intentar sentirme mejor era mucho más agotador de lo que podía prever.

Tenía buenos argumentos para divorciarme, pero todos habían desaparecido y me sentía el mayor idiota del mundo.



Chirly

Capítulo 14

—Ya estoy pensando en todo el ajuar. —Daphne extendió los brazos, haciendo un gesto como dando a entender algo grandioso.

—Creo que es un poco pronto —comenté, acomodándome en la cama y poniéndome una almohada en el regazo.

—Sé que parece pronto, ¡pero es una forma de entusiasmarte con la llegada de los bebés! —insistió Daphne, con un brillo de emoción.

Sacudí la cabeza, todavía indecisa. La idea de ponerme a confeccionar un ajuar me recordaba las veces que había comprado ropa de bebé y había acabado donándolo todo cuando tuve que hacer frente a la pérdida. Era demasiado frustrante.

—Sé que estás ansiosa, Daphne, pero aún es demasiado pronto... —le expliqué, intentando que no se notara mi inseguridad.

Daphne frunció el ceño y me hizo una mueca, casi sacándome la lengua.

—Chirly, sé que has pasado por momentos difíciles y muy tristes, pero ahora es una nueva oportunidad. Vas a ser mamá y todo va a salir bien. No puedes dejar que el miedo te impida vivir la alegría de este momento. Piensa en lo mucho que has soñado con ello y en que por fin está ocurriendo.

Sus palabras me hicieron reflexionar sobre todos mis miedos. Quizá tenía razón y había llegado el momento de dejar de lado el miedo y aprovechar la oportunidad de ser madre con todo lo bueno que conllevaba ese momento.

—¿Chirly? —Ariadna apareció en la puerta, llamando mi atención.

—¿Qué pasa? —Levanté los ojos para mirarla.

—Hay alguien esperándote —dijo.

Mi corazón dio un salto con una reacción que no pude comprender inmediatamente.

Petros...

Su nombre sonaba como el tañido de una campana.

Con el corazón palpitante, salí de la cama y seguí a Ariadna hasta el salón, donde vi a un hombre de espaldas. Estaba de pie con las manos en los bolsillos del pantalón... cuando se volvió hacia mí, mis esperanzas se disolvieron.

No era Petros. Era Stefan... La decepción se mezcló con una punzada de alivio, seguida de una oleada de confusión.

—Chirly...

—Hola, Stefan. —Le dediqué una sonrisa amarilla falsa—. ¿Qué haces aquí?

—No me has enviado ningún mensaje. Me preguntaba cómo estabas.

—¿Para eso viniste a Grecia?

—Estaba por estos lados por un compromiso de negocios.

—Mmm... —murmuré.

Stefan estaba de pie frente a mí, parecía un poco incómodo con la situación. Sus ojos buscaron los míos, tratando de encontrar algo de consuelo, pero me sorprendió tanto su presencia que me contuve para no parecer descortés.

—¿Viniste hasta aquí solo para ver si estaba bien? —Intenté disimular mi decepción, porque no era el hombre que esperaba.

Asintió, un poco avergonzado.

Me sentía incómoda con la situación, no quería mostrárselo, porque él no tenía la culpa. Al mismo tiempo, me sentía como una idiota, porque no había ninguna razón para que apareciera mi ex marido, a pesar de mi deseo irrefrenable de correr a sus brazos y decirle que estaba embarazada.

Stefan y yo continuamos mirándonos fijamente, tensos, mientras el silencio seguía cerniéndose profundamente sobre nosotros. La situación me incomodaba cada vez más. Como si una rana se hubiera instalado en mi garganta.

—Chirly... —empezó, rompiendo un poco el ambiente tormentoso que nos acosaba—. Como estoy en la ciudad, me gustaría invitarte a tomar un café. Echo de menos los momentos que pasamos juntos y los viejos tiempos.

Cuando Stefan me miró, una parte de mí, la que guardaba los gratos recuerdos de los tiempos que compartimos, estuvo tentada de aceptar. Sin duda sería una oportunidad para escapar de la confusión emocional que estaba viviendo, pero sentí otra punzada de angustia cuando recordé la imagen de Petros y me di cuenta de que lanzarme de cabeza a una aventura no era lo más adecuado para mí, sobre todo estando embarazada.

El mayor sueño de mi vida era ser madre y lucharía por ello con todas mis fuerzas y tenía que ser mi meta.

Yo era una mujer de treinta y dos años, ya no era una niña. Por muy amistoso que Stefan estuviera siendo conmigo, era posible percibir segundas intenciones. Además, estaba nuestra historia y el hecho de que habíamos coqueteado en el pasado.

Mi corazón ya estaba demasiado agitado como para meterme en otro lío.

—Stefan, yo... —reflexioné, tratando de encontrar las palabras adecuadas—. Agradezco tu invitación...

—Pero... —Me miró expectante, pero yo estaba seguro de que no había forma de que pudiéramos seguir adelante con esto sin salir heridos.

—Pero... —dije, perdiendo el aliento—, estoy pasando por un momento difícil, el divorcio no está siendo nada fácil para mí y necesito algo de tiempo para afrontarlo.

—Estoy aquí para ser un buen amigo.

Respiré hondo y me esforcé por sonreír y parecer lo más amable posible.

—Te lo agradezco mucho.

—Estar sola no siempre es la mejor solución —insistió. Aunque no estaba siendo grosero, yo estaba frágil y todo parecía molestarme.

—Lo sé, pero siento que esto es lo que necesito ahora.

—No pasa nada. —Me dedicó una sonrisa triste cuando se dio cuenta de que no estaba dispuesta a cambiar de opinión—. Tienes mi número y puedes mandarme un mensaje cuando quieras. Tomaría un avión para que podamos tomar un café.

—Muchas gracias, Stefan.

—Hasta pronto. —Se encogió de hombros.

Permanecí en la sala, contemplando su ancha espalda mientras se alejaba y desaparecía por la puerta.

Apenas tuve tiempo de respirar cuando oí la voz de Daphne y me di cuenta de que estaba detrás de mí.

—Este está decidido a tener una oportunidad —comentó, haciéndome dar un respingo del susto.

—¡Daph! —Me llevé la mano al pecho, con el corazón acelerado—. ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Lo suficiente para darme cuenta de que este hombre guapo está muy interesado. —Me guiñó un ojo.

—Pero yo no lo estoy. —Dejé caer los hombros como si me sintiera cansada.

—¿Por qué? —Arqueó las cejas como si estuviera desconcertada.

—¿Tengo que enumerar todas las razones? —Puse los ojos en blanco mientras resoplaba.

—Amiga, ahora eres una mujer soltera.

—Embarazada de gemelos —le recordé.

—¿Y qué? —Se encogió de hombros.

—Ahora quiero centrarme en mis hijos, y no estoy preparada para involucrarme con nadie. Ni emocionalmente, ni de ninguna otra forma... antes de que empieces a decir que es solo sexo. —La miré con decisión, para dejarle claro que no pensaba cambiar de opinión sobre mi decisión.

Daphne suspiró, cruzándose de brazos y apoyándose en la pared. Su mirada recorrió la habitación antes de posarse en mí. Me observó detenidamente, evaluando todas las posibilidades que parecían existir antes de ceder.

—Está bien, lo entiendo —dijo ella con un suspiro—. Es solo que odio verte así, un poco perdida. Quiero que seas feliz, Chirly.

—No estoy perdida. —Confiada, me puse las manos en el estómago—. Seré feliz con mis hijos. Realmente quería que fueran reales y ahora por fin puedo vivirlo, Daph. No quiero que Stefan ni ningún otro hombre se interponga en este momento.

Se acercó y me envolvió en un fuerte abrazo.

—¡Serás una madre increíble, Chirly! Estoy segura de ello. Y estaré aquí para lo que necesites, ¿de acuerdo? Siempre.

—Ya lo sé. Y gracias. —Le devolví el abrazo.

El resto de la tarde transcurrió mientras hablábamos sobre la maternidad, desde la elección de nombres hasta los colores de la habitación del bebé. Daphne tenía una forma de hacerlo todo más ligero y, por un momento, pude permitirme olvidar las complicaciones. Dejaba a un lado el miedo para pensar en lo feliz que me hacía este embarazo y lo motivada que estaba con respecto al futuro.



Petros

Capítulo 15

—Esa está buena... ¡hum! Esa está buenísima...

—¡Cállate, Nikos! —rugí, levantándome del sofá enfadado y haciendo que mi hermano se quedara sorprendido por mi repentina y quizá exagerada postura.

—¿Qué te pasa, Petros? —Me miró asombrado con los ojos muy abiertos y dejó de juguetear con el móvil.

—Deja de hablar de mujeres, ¡por el amor de Dios! —refunfuñé impaciente, masajeándome las sienes y acercándome a la ventana del despacho, desde donde podía ver el puerto y nuestros barcos atracados.

—¿Cuándo dejaron de gustarte las mujeres?

—No se trata de eso. —Respiré hondo, apoyando la cabeza en el cálido cristal por el que se colaba parte del sol de la tarde—. Se trata de Chirly —confesé, sin volverme hacia él—. No puedo dejar de pensar en ella... todo parece cada vez más confuso.

Nikos se levantó y vino a ponerse a mi lado, mirando hacia fuera, pero yo sabía que en realidad no estaba viendo las vistas.

—¿Y por qué no vas por ella? —preguntó, con una sencillez que solo él tenía.

—¿Y hacer qué? ¿Decir que lo siento? ¿Que quiero volver? ¡Yo fui quien pidió el divorcio! —Me giré para mirarle, dejando escapar un doloroso suspiro—. Yo la abandoné. ¿Cómo puedo aparecer y esperar que me acepte de nuevo?

—Si la amas...

Permanecí en silencio, meditando sus palabras. Una parte de mí quería exactamente eso, dejarlo todo y correr hacia Chirly, contarle todo lo que no le había dicho. Pero otra parte, quizá la más racional, temía la posibilidad de que ella ya no quisiera tener nada que ver conmigo.

—¿Y si me rechaza, Nikos? ¿Si decide que es mejor sin mí?

—Sabrás que lo has intentado. —Se encogió de hombros.

Sentí que mi hermano era incapaz de ponderar la complejidad de los sentimientos implicados, ni lo mucho que me hacían girar el pecho.

El sol empezaba a ponerse, arrojando un resplandor dorado sobre el puerto, convirtiendo el mar en una brillante superficie dorada. Contemplé el espectáculo, pensando en mi ex mujer. Con un suspiro, sentí que se formaba en mi interior una decisión, impulsada quizá más por el corazón que por la mente.

—Tienes razón —admití. Había conseguido convencerme—. Hablaré con ella. Al menos tengo que intentarlo.

—¡Así se dice! —Nikos sonrió, satisfecho—. Siempre tengo razón. —Sacudió la cabeza con suficiencia.

Asentí con una mezcla de nerviosismo y excitación.

Tanto si Nikos tenía razón como si no, la única certeza que tenía era que no podía seguir viviendo con esa angustia asfixiándome a diario.



Chirly

Capítulo 16

Apenas había salido el sol cuando Daphne se marchó. A diferencia de mí, ella seguía trabajando en la industria de la moda y tenía una cita ineludible en Milán. Sabía que no podría tener su compañía para siempre, pero me costó luchar contra la tristeza cuando nos despedimos. Sin ella, me enfrentaba de nuevo a mi soledad.

Quizás necesitaba encontrar algo que hacer, alguna herramienta para llenar mis días sin preocuparme tanto, ni dejarme llevar por la tristeza.

Estaba en el jardín de casa, mirando el horizonte, el mar rompiendo en la playa rocosa. Mi casa estaba en una colina alta y la vista era espléndida. A veces sentía que podía quedarme allí varias horas sin cansarme.

Estaba distraída, observando un pájaro que jugaba con el agua de la fuente, cuando oí pasos en la hierba y me di la vuelta...

—Petros... —murmuré, atónita al ver su imagen revelada a unos metros de distancia.

Parpadeé varias veces, intentando asegurarme de que no era una ilusión causada por mi mente cansada.

Se detuvo en el camino de guijarros, se metió las manos en los pantalones de sastre y me observó unos instantes.

—Siento haber irrumpido sin anunciarme... —Desvió la mirada, sin mirarme directamente—. Supongo que es la fuerza de la costumbre.

—Esta fue una vez tu casa —dije, como si tuviera una bola en la garganta que me impedía respirar correctamente.

No es que imaginara que no volvería a verle, pero no imaginaba que sería en estas circunstancias.

Nos miramos fijamente, como si el mundo a nuestro alrededor se hubiera congelado,

incluido el viento que soplaba entre la hierba verde.

La mitad de mi corazón se aceleró ante su presencia, la otra me recordó lo destrozada que estaba por la decisión de divorciarme.

El silencio nos pesaba cada vez más hasta que me sentí tan angustiada que hablé.

—¿Has venido a recoger algo que olvidaste? —Hinché el pecho, tratando de hacerme valer.

Había llorado mucho desde el momento en que decidió abandonar aquella casa, pero me esforzaba por mantener un mínimo de dignidad en su presencia.

—Sí... en realidad no —tartamudeó, sacudiendo la cabeza como confundido.

—No lo entiendo.

Inspiró profundamente, llenando sus pulmones, y luego dejó salir el aire lentamente.

—He venido a hablar contigo.

Tragué saliva, sufriendo ante su revelación. Me temblaban las manos y me agarré el dobladillo del vestido de encaje, intentando sacudirme el sudor frío.

Abrí la boca varias veces, pero no pude emitir ningún sonido. Volver a estar delante de él después de firmar el divorcio fue aún peor y más angustioso de lo que había imaginado.

—Tal vez tu abogado...

—Mi abogado no tiene nada que ver con esto —me interrumpió, haciéndome tragar saliva de nuevo—. Es una conversación entre nosotros dos...

—Pensé que nos habíamos dicho todo lo que necesitábamos.

—Yo también... —confesó, volviéndose a mirar la hierba—, pero me equivoqué.

—¿Te equivocaste? —Abrí los ojos, completamente sorprendida por sus palabras.

—Sí. —Respiró hondo otra vez—. Estoy aquí para disculparme...

—Petros... —me levanté un poco temblorosa—. No lo comprendo.

—Cometí un error...

Mi corazón dejó de latir y él continuó:

—Yo creía que cada uno debía seguir su camino. Que estaríamos mejor así, que lo haría... pero no fue así.

Mientras escuchaba sus palabras, mi conmoción iba en aumento y trataba de asimilar lo que estaba ocurriendo. Eran dos noticias impactantes seguidas que sacudían mi vida.

—Petros... —murmuré su nombre sin poder terminar la frase.

—Fui yo quien rompió y sé que te pedí el divorcio, pero te amo...

Tragué saliva.

—Lo siento... Quiero que me aceptes de vuelta.

Abrí la boca varias veces, intentando decir algo, pero la realidad me dejó sin palabras.

—Cuando firmamos los papeles...

—Sé lo que dije, todo lo que hice.

En medio del silencio de mis cuerdas vocales, el tumulto de sentimientos en mi interior se convirtió en lágrimas. No sabría decir si estaba contenta o profundamente dolida.

Aunque realmente deseaba que llegara ese momento, no me había preparado para ello y no sabía cómo iba a reaccionar. Di un paso atrás tambaleante y volví a sentarme.

—Acéptame de vuelta —murmuró, su voz resonando en mi mente en una espiral de tanteo.

—Las peleas eran horribles... Me dijiste que ya no funcionábamos juntos —recordé las discusiones que utilizaba para dejarme, desechando nuestros cinco años de matrimonio.

—Sí, discutíamos mucho, pero me di cuenta de que estar sin ti era mucho peor. Nunca fue por falta de amor, lo sabes.

—Aun así elegiste dejarme —logré decir. Eso seguía siendo algo que me martilleaba y me dolía mucho.

—Lo sé... Cometí un error. Estaba sobrepasado, estaba enfadado y actué por impulso, sin sopesar las consecuencias.

—Consecuencias... —Solté una risa amarga—. ¿Consecuencias? Dijiste que me amabas y de repente te giraste hacia mí y me dijiste que se había acabado, que ya no me amabas. —Las lágrimas se hicieron aún más intensas.

—Chirly...

—Destruiste mi corazón. Yo era frágil, pasando por otra pérdida y, sin embargo, optaste por dejarme.

—Yo... yo... —Petros movió la cabeza negativamente. Parecía estar midiendo sus palabras, pero no se me ocurría una frase que bastara para borrar mi dolor—. No pensaba con claridad. Estaba furioso. Intentar quedarte embarazada nos estaba agotando y pensé que podría ser una señal de que no éramos compatibles.

—¿Has cambiado de opinión de repente?

—La nostalgia me ha estrangulado desde el día que salí de esta casa. Pensé que me sentiría libre, que estaríamos mejor, pero han sido los peores dos meses. Nunca me había sentido tan solo y angustiado...

—¿Y yo? Qué triste me sentía… Sola, abandonada. Renuncié a mi vida para estar contigo, no me arrepentí, pero ¿no significó nada para ti? Es difícil creer que me quisieras de verdad.

—Chirly...

No podía dejar de llorar y sollozar. El dolor, el abandono y todos los sentimientos que me habían abrumado desde que firmamos el divorcio volvieron de golpe, inundando mi corazón y confundiendo mis sentidos.

—Cometí un error —admite Petros, mostrando arrepentimiento—. Sé que las palabras no bastan para enmendarlo. Pero me equivoqué, Chirly, respecto a nosotros. No debería haberte dejado. Siento haberme dado cuenta cuando ya era demasiado tarde. Debería haberme dado cuenta antes de las consecuencias de mi actitud.

Intenté secarme las lágrimas, pero se hicieron aún más intensas.

—Nunca pensé que diría esto —continuó—, pero fui muy inmaduro. Me comporté como un idiota y dejé a la mujer que amo.

Oír a Petros reconocer que había cometido un error era, en cierto modo, lo que necesitaba. Sin embargo, no disminuyó el dolor que había sentido y que seguía sintiendo.

—¿No crees que es un poco tarde? —Me temblaba la voz, mezclando rabia, dolor y un rastro de alivio.

—Me arrepentiré de esto el resto de mi vida —respondió Petros, con la mirada gacha—. Si pudiera volver atrás en el tiempo y cambiar mi elección, te juro que lo haría. Pero lo único que puedo hacer ahora es pedirte una oportunidad para demostrarte que cometí un error y que aún te amo.

Estaba tan triste, tan vulnerable, que me pareció fácil caer en su conversación sin importarme las consecuencias. Al mismo tiempo, se me estrujó el corazón al recordar la brutal puñalada que me había dado cuando Petros me dijo que nuestro matrimonio había terminado.

El nudo de mi pecho sangraba. Estaba dividida entre el amor que sentía por él y el dolor de haber sido abandonada.

Recordaba que estaba embarazada y tenía la revelación en la punta de la lengua, pero el miedo a que volvieran todas nuestras peleas me hizo guardarme esa información. Había una alerta en mi interior que me decía que él podría cambiar de opinión si se lo contaba.

—Chirly, sé que es difícil perdonarme...

—Petros, no es solo cuestión de perdonar y olvidar. Me rompiste el corazón... Simplemente no puedo arriesgarme a pasar por todo eso otra vez. —Luché por mantener la compostura mientras esos sentimientos me consumían.

—Lo entiendo. Y no espero que te decidas ahora ni que me perdones enseguida. Solo te pido que pienses... ¡Te amo! Necesito volver a tu vida porque la mía no tiene sentido sin ti.

Esas palabras me golpearon fuerte. La posibilidad de recuperar mi matrimonio y al hombre de mi vida... significaba más de lo que podía ignorar. A pesar del dolor, la impotencia y

el sufrimiento, aún lo amaba.

—Te lo prometo, Chirly. Esto nunca volverá a pasar. Te juro que nunca volveré a dejarte, pase lo que pase. —Levantó la mano y me tocó la cara, haciéndome cerrar los ojos mientras sus dedos recorrían mis mejillas y secaban una de mis lágrimas—. Necesito tu perdón...

Respiré hondo, conteniendo la respiración mientras acercaba su boca a la mía, uniendo nuestros labios y hundiendo su lengua en la mía. Me envolvió en un beso apasionado que me recordó viejos tiempos. Era como si nuestros corazones se encontraran, desesperados por estar cerca, por compartir cada suspiro, cada latido. Había una urgencia casi palpable de más contacto, más tacto... un anhelo que me consumía mientras nuestros labios se rozaban con un hambre irracional.

Sin embargo, el beso no fue suficiente para disipar todo el sufrimiento, un dolor sutil entrelazado con el éxtasis. Estaba el recuerdo de una despedida inminente, las sensaciones de abandono, un sabor a lágrimas mezclado con la dulzura de su boca, que lo hacían aún más intenso.

Me rodeó la cintura con los brazos, acercando aún más nuestros cuerpos. Sus manos empezaron a explorar mi cuerpo, haciéndome comprender que me sentía completamente débil ante su contacto.

Recordaba la primera vez que aquella boca se había encontrado con la mía, la sensación de éxtasis y de pertenencia, como si nos conociéramos de otras vidas. Me esforzaba por olvidar, pero siempre lloraba cuando su imagen volvía a mi mente. Me parecía imposible amar a nadie más. Incluso separada, sentía que mi cuerpo seguía siendo suyo. No podía evitar todo ese sufrimiento, por mucho que deseara borrarle de mis recuerdos, no podía.

A pesar de la certeza de que aquel beso era el primer paso hacia una recaída, hubo una lucha para que nuestros labios permanecieran juntos, como si la única fuerza que yo tuviera fuera la de igualarlo. Aquella profunda conexión entre los dos era algo que, por mucho que lo intentara, nunca se borraría.

A pesar de las marcas, las peleas y la ruptura. Esos dos meses sin él no me bastaron para olvidarle. Sentía el corazón desgarrado por tanto dolor y solo pensaba en lo que podría haber hecho de otra manera para que no hubiéramos acabado en esta situación.

Podía haber intentado engañar a mi pena. Daphne había hecho todo lo posible para ayudarme con eso, pero solo era una distracción pasajera, y no podía borrar realmente la añoranza.

Aquel beso apasionado reveló lo intenso que seguía siendo mi amor por él. En ese momento de vulnerabilidad, nuestro contacto físico me trajo un torbellino de recuerdos que me pusieron los pelos de punta. Su tacto estaba cargado de una silenciosa súplica de perdón, recordándome lo que una vez había sido innegable entre nosotros: una pasión que me había hecho dejarlo todo y trasladarme a Grecia...

Cuando ya no podía respirar, un soplo de racionalidad me hizo dar un paso atrás, poniendo distancia física entre nosotros.

—Petros, yo... —Me falló la voz, seguía jadeando, como si hubiera corrido una maratón —. Necesito tiempo...

Asintió, enderezando el cuerpo mientras me lanzaba una mirada desestabilizadora, recordándome hasta qué punto aquel hombre seguía dominando mis sentimientos. No podía simplemente borrarlo de mi mente, por mucho que luchara por hacerlo.

El aire a nuestro alrededor estaba cargado, pesado por su decisión que seguía siendo una terrible sombra sobre nosotros.

—Lo único que pido es una oportunidad para volver a ser una pareja —pidió en un tono tranquilo y paciente.

Permanecí en silencio y él asintió, volviendo por el camino que le había llevado al jardín, dejándome a solas con mis pensamientos.



Chirly

Capítulo 17

Volví a mi habitación, aún temblando e incrédula. La sensación de los labios de Petros seguía sobre los míos. Tenía el pecho apretado y la mezcla de sensaciones me mareaba. Dejé caer el peso de mi cuerpo sobre la cama y busqué mi teléfono móvil.

Chirly:

¿Daph?

Daphne:

¡Hola!

¿Qué tal?

Chirly:

Tal vez enferma.

Daphne:

Ve al hospital.

Chirly:

En mi caso, no creo que funcione.

Daphne:

¿Cómo?

No entiendo nada.

Chirly:

Apareció Petros.

Daphne:

¿Qué quería?

Chirly:

Volver.

Daphne:

¡No me lo puedo creer! ¿De verdad?

Chirly:

Me dijo que había cometido un error y que no debería haberse divorciado de mí. Se disculpó y me pidió una oportunidad para volver a estar juntos.

Daphne:

Increíble, ¿cómo reaccionaste a todo esto?

Chirly:

Lloré, quise gritar.

Daphne:

¿Pero lo aceptaste de vuelta?

Chirly:

Dije que necesitaba algo de tiempo.

Daphne:

¿Pero aún lo amas?

Chirly:

¡Claro que sí! El divorcio no fue mi elección.

Daphne:

Lo que te hizo no estuvo bueno. ¿Ahora aparece queriendo volver contigo y crees

que eso está bien? ¡Necesitas pensarlo, amiga!

Chirly:

¡Lo sé!

Daphne:

¿Vas a echar por tierra lo que has hecho?

Chirly:

Eso no es lo que estoy diciendo...

Daphne:

Mmm...

Chirly:

No sé qué hacer.

Daphne:

¿Le has dicho que estás embarazada?

Chirly:

No.

No creí que fuera el momento adecuado.

Daphne:

Pero él es el padre.

Chirly:

Sí, pero fue mi deseo de quedarme embarazada lo que hizo que nos separáramos.

Daphne:

Pero ahora ha funcionado.

Chirly:

No lo sé.

Daphne:

¡No puedo creer que aún tengas miedo!

Chirly:

Es imposible no tener miedo.

Daphne:

Ah, amiga...

Chirly:

¡No lo entiendes!

Daphne:

Probablemente no.

No soy madre. Ni siquiera sé si voy a casarme, y mucho menos si voy a tener hijos.

¿Pero no dijeron los médicos que todo va bien con los gemelos?

Chirly:

Eso dijeron.

Daphne:

¿Y cuál es el problema?

Chirly:

He perdido muchos bebés.

Daphne:

Pero tus embarazos no llegaban tan lejos, ¿verdad?

Chirly:

Cierto.

Daphne:

Así que eso ya parece un excelente motivo de esperanza.

Chirly:

Podría ser.

Daphne:

¡Eso es!

Relájate.

Chirly:

Gracias.

Daphne:

En cuanto a Petros...

Ya lo has oído antes, pero nunca había tenido tanto sentido como ahora: escucha a tu corazón.

Chirly:

Y si mi corazón lo quiere de vuelta.

Daphne:

Es tu felicidad lo que está en juego. Así que nadie sabe lo que es mejor más que tú.

Chirly:

Gracias.

Daphne:

Sé cómo ser una buena amiga.

Chirly:

Absolutamente.

Respiré hondo cuando dejamos de mensajearnos y me tumbé en la cama, mirando al techo. No podía dejar de pensar en Petros y en su petición de que volviéramos.

Mi corazón estaba estrangulado por el deseo, el miedo y el temor, pero en el fondo, nada de eso parecía importar cuando pensaba en la posibilidad de que volviéramos a ser pareja.

La verdad era que, a pesar de todo, seguía queriendo a Petros. Ese sentimiento no había desaparecido y no creía que fuera a desaparecer. Una parte de mí quería aprovechar esta oportunidad, darnos a nosotros y a nuestros hijos la oportunidad de ser una familia. Sin embargo, la otra parte de mí estaba aterrorizada de que pudiera cambiar de opinión una vez más y abandonarme.

No podía volver a pasar por ese abandono...

Me acerqué la almohada, tratando de encontrar algo de consuelo para mi apretado corazón. Mis pensamientos estaban llenos de recuerdos de mi boda, tantos momentos felices que me entristecía aún más que hubieran terminado.

La decisión de Petros no me pareció justa en aquel momento y cada vez me parecía más cruel cuando pensaba en eso. No había pensado en mi amor, me había arrojado a lo más hondo y le había dado la vuelta a la tortilla, dejándome destruida...

Me había pasado los dos últimos meses preguntándome cómo habría sido si hubiera adoptado otra actitud, discutido menos o guardado para mí mis penas y temores. Me parecía mucho más fácil culparme a mí misma que aceptar que él simplemente había perdido interés en mí.

Cuando me casé con Petros, pensé que los matrimonios eran para toda la vida, que nada me haría más feliz que ese amor. No estaba preparada para la realidad. Ojalá nunca hubiera

descubierto que no era exactamente así.

La decisión no sería fácil. Sentía que necesitaba tener orgullo, o incluso un poco de amor propio. Me había abandonado y no me parecía bien volver a aceptarlo como si nada hubiera pasado, como si no me hubiera hecho tanto daño.

No...

Con un fuerte suspiro, abracé la almohada aún más fuerte, sintiendo aún más dolor que antes. Todo el anhelo que había sentido por él en los últimos meses se había vuelto aún más intenso.

No solo Daphne me criticaría por mi decisión. Cualquier otra persona que lo viera desde fuera me habría dicho que me lo pensara, pero no era ni mucho menos tan sencillo. ¿Cómo podía ignorar todos esos sentimientos?

Ya no podía soportar tanto anhelo. El agujero en mi pecho me causaba una angustia incurable. Para librarme de ese dolor, me pareció correcto desprenderme de mi orgullo y pensar solo en mi felicidad.



Petros

Capítulo 18

Desde el interior de mi coche, me quedé mirando la puerta del que había sido mi hogar desde que me casé con Chirly. Cerré los ojos y dejé que mi mente se apoderara de todos los recuerdos de los últimos años, aquella vez que las peleas no parecían importar en absoluto y me di cuenta de lo inmaduro y precipitado que había sido al decidir divorciarme.

Fui un cobarde, preferí el divorcio a enfrentarme a ese difícil momento.

¿En qué estaba pensando? No bastaba con disculparse. Había acabado con nuestro matrimonio, no podía esperar que volviera corriendo a mí como si nada hubiera pasado.

Ese terrible anhelo que me consumía era culpa mía. Fui demasiado estúpido para poner fin a nuestro matrimonio haciéndola firmar un montón de papeles. La dejé y me mudé, creyendo que era la mejor solución para mí, pero la realidad me mostraba algo muy distinto.

Aunque estaba convencido de que salir de su vida me haría mucho bien, no tardé más que unos días en darme cuenta de mi error.

Había cometido un acto estúpido, no había excusa para hacerme la víctima. Tenía que aceptar las consecuencias de mis decisiones y actos.

Admito que mi mayor miedo en ese momento era no conseguir su perdón. Me odiaba por ello.

Le había jurado que seríamos felices para siempre, en nuestra boda había jurado estar a su lado en la salud y en la enfermedad, durante todos los días de mi vida, pero no cumplí mi promesa.

¡Maldita sea!

Molesto, golpeé el volante y estuve a punto de apretar el claxon.

La culpa pesaba sobre mis hombros de una manera terrible. No parecía haber nada que borrara ese sentimiento de idiotez.

¡Bien merecido!

¡Idiota!

Todavía estaba hundido en el asiento del coche cuando el nombre de mi hermano apareció en la pantalla de mi móvil. Aunque Nikos me caía bien y habíamos forjado una estrecha relación trabajando juntos todos aquellos años, era la última persona con la que quería hablar en aquel momento. Nunca había entendido el amor. Para él, las mujeres siempre habían sido un trozo de carne en la vida.

Bien, tenía derecho a vivir su vida como le pareciera. Simplemente no quería hablar.

Tenía cuarenta y tres años, no debería ser un puto niño inmaduro que actúa sin pensar, pero lo era...

Intenté encontrar una justificación a mi comportamiento, pero solo conseguí sentirme aún más imbécil.

Actué por rabia, con la cabeza llena, y ahora tenía que esforzarme para que me perdonara.

Todavía estaba en mi coche fuera de la casa, aparcado al otro lado de la carretera, cuando vi que se detenía otro vehículo. Vi a un hombre bajarse de él, con un traje bien hecho y el pelo como recién salido de la peluquería. No pude verle bien la cara, pero tuve la sensación de que era mucho más joven que yo. Intenté no pensar en ello hasta que se acercó y llamó al timbre.

Por lo que sabía, Chirly vivía sola. No había nadie más que ella para recibir una visita. Y no cualquier visita, sino un hombre. Tragué saliva, sintiendo que un sabor amargo se apoderaba de mi boca. Si ya estaba agonizando antes, ver a aquel hombre allí me angustiaba aún más.

Quería salir del coche, ir tras él y averiguar quién era. Admito que los celos siempre fueron algo que tuve que controlar a lo largo de nuestra relación. Chirly era hermosa y su pasado como modelo siempre hacía que los hombres la miraran de una forma que me ponía furioso. A menudo intentaba guardarme ese sentimiento, sabía que ella no tenía la culpa, pero a veces acabábamos discutiendo.

Peleas...

Esa fue la razón principal por la que puse fin a mi matrimonio, pero no podía llegar a ese

punto, de lo contrario mis posibilidades de recuperarla serían aún más escasas y había muchas probabilidades de que me echara.

Fuiste tú quien acabó con todo...

Morí de rabia contra mí mismo y los celos me consumieron, devastándome aún más. Si alguien hubiera visto mi sufrimiento en ese momento, probablemente me habría satirizado con un "te lo mereces por imbécil".

Chirly no tenía ninguna obligación de aceptarme de nuevo, se firmó el divorcio y volvimos a ser solteros, libres de elegir a otras personas...

Soltero.

Esa palabra me enfureció aún más.

La puerta se abrió y el tipo entró.

Apreté los dientes. Resoplé mientras me corroía por dentro.

Pasé varios momentos conteniendo el impulso de entrar en la casa y sacar a ese tipo de *mi* casa, pero sabía que eso solo haría que mis posibilidades de volver con Chirly fueran aún más escasas.

Solo me sentí aliviado cuando por fin se fue, el hecho de que estuviera allí menos de cinco minutos me reconfortó un poco. No me pareció tiempo suficiente para que hiciera nada.

Aunque el tipo había subido a su coche y se había marchado, no podía dejar de pensar en la posibilidad de que Chirly me hubiera sustituido. Dos meses no me parecían mucho tiempo, pero era una mujer preciosa. Debería haber pensado en las consecuencias, no merecía la pena arriesgarse.

Cuando aún era modelo, tenía una legión de admiradores. Pensé que era afortunado por haber llamado su atención y haber conseguido que aceptara casarse conmigo. Su corazón era mío y yo lo había tirado por la borda por estupidez.

En ese momento, me carcomían la culpa y los celos.

Mi móvil volvió a vibrar, era Nikos y no paró de llamar hasta que contesté.

—¿Qué te pasa? —gruñí, enfurruñado.

—¿Dónde estás?

—Yo... —No pude terminar la frase.

—No importa. ¿Olvidaste la reunión?

—¿Reunión?

—El representante de la empresa que construye cruceros está aquí. Eres tú quien ha concertado la cita.

—Maldita sea, lo había olvidado por completo...

—¡Ya me parecía! ¡Trae tu culo aquí!

—Ahí voy.

—¡Estupendo!

Desconectó la llamada y arranqué el coche. Por mucho que quisiera quedarme allí, sabía que perseguir a Chirly solo disminuiría mis posibilidades de recuperarla.



Chirly

Capítulo 19

Estaba en la cama, todavía abrazada a la suave almohada, cuando unos golpes en la puerta me sacaron de mis ensoñaciones.

—Sí... —murmuré.

—¿Chirly? —Ariadna abrió lentamente la puerta y me di la vuelta para mirarla.

—Hola.

—Tu amigo ha vuelto aquí.

—¿Stefan? —murmuré, sintiendo una punzada de irritación.

Quizá no fuera culpa suya, pero ya me irritaba tanta atención. Más aún cuando en mis pensamientos no cabía nadie más que mi ex marido.

—¿Está aquí?

La idea de tener que levantarme para hablar con él me hacía sentir aún más incómoda.

—No. Solo dejó esto y me pidió que te lo diera. —Se acercó y puso una caja de terciopelo a mi lado en la cama.

—Gracias, Ariadna.

—En absoluto.

En cuanto se fue, me puse en pie para recoger el objeto. Era una caja larga con una preciosa pulsera de aguamarina y brillantina. Encima había una breve nota manuscrita de Stefan.

Este brazalete se parecía demasiado a ti como para ignorarlo.

Espero que te guste el regalo.

Stefan

Era hermoso, no podía negarlo, pero no sabía si recibir un regalo de él en ese momento era apropiado. Aunque le había dicho que no quería involucrarme, él parecía decidido a hacerme cambiar de opinión.

No podía dejar de pensar en Petros y en la posibilidad de volver con él. Involucrarme con otro hombre no estaba en mi agenda por el momento.



Petros

Capítulo 20

Llegué a la oficina y me encontré a mi hermano furioso, mirándome con expresión poco amistosa. Nikos podía tener muchos defectos, pero descuidar su trabajo no era uno de ellos.

—¿Dónde está? —Me detuve frente a él, jadeando.

—Se fue.

—¿Cómo? —Abrí los ojos con asombro.

—Ya pasó una hora del tiempo que acordaste con él. El tipo tenía que ir a otra cita. La mayoría de la gente no puede estar a nuestra disposición.

—¡Mierda!

—¿Dónde estabas? —Apretó los dientes, lanzándome una mirada represiva.

Yo era el mayor, debería haber sido mi responsabilidad regañar, no al revés.

—Fui a hablar con Chirly.

—Estabas teniendo sexo y se te olvidó una cita importante.

—Ojalá fuera así —resoplé.

—No puedo creer que ella te haya rechazado.

—Más o menos. De hecho, se quedó bastante confusa cuando le dije que lo sentía y admití que quería volver con ella.

Nikos suspiró profundamente y se pasó las manos por el pelo, frustrado, antes de hacer ningún comentario.

—Petros, si quieres volver con tu mujer, es tu problema, pero aquí hay responsabilidades que no puedes ignorar.

—Lo sé. —Me sentí aún peor—. El problema es que realmente me arrepiento de haberle

propuesto el divorcio. Como había imaginado, ella no volvió corriendo a mis brazos. Solo ir allí para hablar con Chirly fue una derrota.

—¿Por qué? ¿Se peleó contigo y te dijo que fue idea tuya divorciarte?

—No, pero está enfadada y tiene todo el derecho a estarlo.

—Dale un respiro, deja que tu ex procese lo que está pasando. Todo irá bien.

—No estoy seguro de eso... —Sacudí la cabeza, intentando disipar la imagen de aquel tipo entrando en casa.

Nikos se me quedó mirando, esperando a que continuara.

—Lo peor es que, cuando salía, vi a un tipo entrando en casa... —confesé, sintiendo que se me formaba un nudo en el estómago.

—¿Y qué? —preguntó Nikos, como si no fuera para tanto mientras yo me enfrentaba a una pesadilla.

—No puedo dejar de pensar que ella podría estar involucrándose con él. Pensar que la abandoné y la dejé estar con otro hombre me aterra. —Miré al suelo, intentando equilibrar los sentimientos atascados en mi garganta.

—Petros, dejarte consumir por los celos no mejorará tu conciencia, sino todo lo contrario. ¿Qué hacemos aquí cuando sufrimos una gran pérdida?

—Intentamos resolver la situación.

—Entonces ya tienes tu respuesta.

—Mi matrimonio no es esta empresa, Nikos.

—A mí me parece una sociedad que necesita una gestión constante del riesgo. Has llevado a la quiebra a tu matrimonio, ahora tienes que decidir si te enfrentas a una suspensión de pagos o vendes a otra persona y te marchas.

—¡No es una puta broma!

—¿He dicho que lo es? —Me miró seriamente. —Si quieres recuperarla, no sirve de nada

quejarse de que la has fastidiado. Tendrás que ir y solucionarlo, esté o no con otro hombre.

—Tienes razón —solté un suspiro de sufrimiento.

—Siempre lo hago. —Se encogió de hombros, engreído.

Aunque la situación me mataba por dentro, tuve que admitir que la analogía de mi hermano tenía sentido. Tenía que afrontar las consecuencias de mis actos y recuperar mi matrimonio. Chirly ya se había enamorado de mí una vez y yo tenía que ser capaz de hacerlo de nuevo.



Chirly

Capítulo 21

Si pudiera borrar a Petros de mi mente, o arrancarlo de mi pasado como un trozo de papel, lo habría hecho cuando me dejó.

Lo recordaba como si acabara de ocurrir. Estaba sentada en el salón, mirando a la nada y sufriendo por el fracaso de la implantación de los embriones, cuando Petros llegó a casa después de otro día de trabajo. Me giré para mirarle y aquel silencio asfixiante era una premisa de que lo peor estaba por llegar.

Petros respiró hondo y me dijo, sin dudarlo, que lo mejor era que cada uno siguiera su camino. Nuestro matrimonio no funcionaba y ninguno de los dos era feliz.

Si su intención era hacerme sentir mejor, desde luego fracasó. Si ya estaba triste y frágil antes de ese momento, me sentí aún peor.

Divorcio...

Imaginaba que esa palabra nunca formaría parte de mi vida. Cuando me casé con Petros, creí ciegamente en el felices para siempre, pero entonces me di cuenta de lo ingenua e inmadura que era.

No me daba cuenta de que después del "sí, quiero" podía haber otros problemas. La vida matrimonial también incluía retos y estos podían ser aún mayores.

Luego, tras el divorcio, mi vida dio un nuevo giro en esa montaña rusa que era romper conmigo. Por mucho que lo hubiera pensado y deseado, la aparición de Petros pidiéndome que volviéramos a estar juntos me estremeció. Por mucho que, en el fondo, solo quisiera lanzarme a sus brazos sin pensármelo dos veces, tenía miedo de acabar en un pozo aún más profundo de lo que ya estaba.

Además, había otro problema: Petros aún no sabía nada de mi embarazo y no podía imaginarme cómo reaccionaría cuando se lo contara. Al fin y al cabo, nuestro matrimonio había terminado precisamente por mi frustración al no poder ser madre. Había dejado mi carrera de

modelo porque quería una familia, dedicarme a ello era lo que me motivaba, pero no poder hacerlo me dejaba sin rumbo.

Estoy embarazada...

Me estiré en la cama y me puse las manos en el estómago. A pesar de todo lo que me habían dicho los médicos y de todos los esfuerzos de Daphne por animarme, no podía desprenderme del miedo. Toda mi esperanza se enfrentaba brutalmente al pasado. ¿Cómo podía tener esperanza cuando había salido mal tantas veces?

Ese miedo me estaba estrangulando. Al mismo tiempo, sentía que necesitaba ser feliz.

Mi móvil vibró en la mesilla de noche y estiré la mano para agarrarlo, pensando que podría ser un mensaje de Daphne, pero era de Stefan.

Stefan:

Hola, ¿cómo estás?

Solo quería saber si recibiste mi regalo.

Chirly:

Es una joya preciosa, gracias.

Stefan:

No más hermosa que tú.

Chirly:

Muy amable de tu parte.

Stefan:

No es amabilidad cuando digo la verdad.

Chirly:

No soy la veinteañera que solías conocer.

Stefan:

Los años no te han hecho menos bella, sino todo lo contrario.

Chirly:

Agradezco todos sus cumplidos.

Stefan:

¿Sabes cómo podrías agradecérmelo?

Ponte el regalo que te hice y acepta una invitación para cenar conmigo.

Ya no estoy en Grecia, pero compraré un billete en cuanto pueda, o podemos vernos en otro lugar de Europa. Recuerdo cuánto te gustaba París.

Chirly:

Stefan...

Stefan:

Por favor.

Chirly:

No puedo.

Stefan:

¿Por qué no?

Chirly:

Estoy embarazada.

Tras mi revelación, dejó de escribir y pasó mucho tiempo, unos diez minutos, antes de que volviera a mandarme un mensaje.

Stefan:

¿Es cierto o solo una excusa para escaparte?

Chirly:

Es verdad.

Según los médicos, la semana que viene cumpliré tres meses.

Stefan:

¿Quién es el padre?

Chirly:

Mi ex marido.

Stefan:

No sabía que habías recaído.

Chirly:

No lo hicimos.

Probablemente me quedé embarazada antes del divorcio.

Stefan:

¿Y qué van a hacer?

Chirly:

Aún no lo sé.

Pero ahora no es el momento de involucrarse con otro hombre. Lo siento.

Stefan:

Ya veo.

Chirly:

Gracias.

Stefan:

Envíame un mensaje cuando cambies de opinión.

Chirly:

De acuerdo.

Dejé escapar un profundo suspiro mientras me tumbaba en la cama para mirar al techo. No sabía si este momento llegaría algún día. A pesar de lo amable que estaba siendo Stefan, yo solo quería preocuparme por mis bebés.



Petros

Capítulo 22

Me quedé mirando la pantalla del móvil, esperando un milagro, o un simple mensaje de Chirly diciendo que quería quedar conmigo. Cosa que no ocurrió ese día, ni en toda la semana.

En ese momento, estaba sentado en el pequeño balcón de la habitación, mirando cómo rompían las olas en la playa, mientras me servía otro trago de vodka. La botella estaba ya a menos de la mitad y no tardaría en acabar.

Yo no era de los que bebían tanto, pero el líquido que me quemaba la garganta aliviaba un poco el dolor del pecho. No podía dejar de pensar en lo imprudente y estúpido que había sido.

Amé a Chirly desde el primer momento en que la vi. Era la mujer más hermosa del mundo. Nunca dudé de ese amor ni un segundo, pero pensé que ya no era suficiente para sostener nuestro matrimonio en crisis. Sin embargo, si hubiera sabido cuánto me iba a doler, nunca habría dado ese paso.

En ese momento, lo único que quería era que me volviera a aceptar.

La posibilidad de que mi error hubiera puesto a otro hombre en su vida me estaba volviendo loco. Los celos me carcomían más de lo que podía controlar. Ella debería ser mía por el resto de su vida...

—¡Maldita sea! —Furioso, lancé el vaso de cristal contra la pared, viéndolo romperse en miles de pedazos.

No podía soportar el dolor que me carcomía por dentro. Saber que todo era culpa mía solo me enfurecía más. Me estaba volviendo loco. Por más que sabía que necesitaba calmarme un poco, no podía controlarme...

Oí sonar mi móvil y me giré, viendo aparecer la foto de Chirly en la pantalla y lo saqué para contestar sin esperar ni un segundo. Tenía demasiada culpa como para hacerme el duro en ese momento.

—¡Chirly! —exclamé.

—Hola, Petros...

—Sí. —Contuve la respiración mientras esperaba a que hablara.

—¿Sigue en la empresa?

—No.

—¿Podríamos vernos? —Sonaba tensa y vacilante al otro lado de la línea. Después de todo lo que habíamos pasado, no podía esperar pasión y entusiasmo en su tono.

—¡Claro que sí! —respondí demasiado rápido—. ¿Adónde quieres ir?

—¿Puedes venir aquí?

—Ahí voy.

—Gracias. —Sin decir nada más, cortó la llamada.

Me levanté enseguida, tomando la chaqueta del traje y la llave del coche.

El hecho de que quisiera hablar conmigo era señal de que estaba dispuesta a escucharme y no podía permitir que cambiara de opinión.



Chirly

Capítulo 23

Todo lo que he hecho en los últimos días es pensar...

Estaba angustiada y por mucho que intentaba que no me afectara, era imposible. Cada vez que pensaba en mi matrimonio y en mis hijos, mis sentimientos daban un vuelco y sentía náuseas. Tal vez fueran también los síntomas del embarazo, era difícil saberlo.

Ese día me había hecho muchas pruebas, muchas más de las que requiere un embarazo normal. Quería asegurarme de que íbamos a estar bien y me rodeé de todas las garantías posibles. Mi obstetra me había asegurado que esta vez todo iba bien y que cada vez había menos posibilidades de que perdiera a los gemelos. Esto me aliviaba, aunque no disipaba todos mis temores.

Después de salir de la clínica, charlé con Daphne. Aunque mi mejor amiga es una soltera declarada, fue bastante racional al considerar que no debía ocultar mi embarazo a Petros, a pesar de todos mis temores a decírselo.

Antes de pensar en volver con él, necesitaba dejarlo claro, para evitar que mi sufrimiento fuera aún mayor. Quería esos bebés y si Petros no estaba en la misma sintonía, mejor ni lo intentáramos. No quería volver al punto en que solo peleábamos, como antes del divorcio.

Con el corazón en la boca, estaba sentada en el salón después de llamar a Petros. No había más sirvientes en la casa, era tarde por la noche, pero siempre había sido un lugar seguro y no me daba miedo estar sola. Además, mi ex marido nunca fue un hombre agresivo. La única parte de mí que había herido era mi corazón.

Contuve la respiración cuando oí el timbre. Por un momento, la imagen de Stefan pasó por mi mente, pero creí que una vez revelado mi embarazo, él renunciaría a tener algo que ver conmigo. La mayoría de los hombres evitan esa situación. Por no decir que yo lo prefería así. Incluir a otra persona solo haría que todo fuera aún más confuso para mí.

Caminé despacio hacia la puerta, con el corazón acelerado a cada paso, hasta que tiré del picaporte y me encontré a Petros de pie, revelado por la luz de una de las farolas, mirándome

como un cachorro que se hubiera caído del camión de la mudanza.

Contuve la respiración cuando nuestras miradas se cruzaron. No podía negar que su presencia seguía conmoviéndome profundamente.

—Petros...

—Hola, Chirly. —Tragó saliva y se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Esta vez decidiste llamar a la puerta.

—Aquella vez no debí venir sin avisar —dijo mirándome fijamente.

El silencio volvió a instalarse entre nosotros. No pude evitar la angustia que me consumía. No había pensado que sería una conversación fácil, sin embargo fue más difícil de lo que había imaginado.

—No debiste... —murmuré al cabo de un rato, como si toda aquella tensión me hubiera paralizado.

Petros levantó la cabeza y me miró fijamente, provocándome un extraño e incómodo escalofrío.

—¿Querías hablar? —preguntó, recordándome por qué le había llamado allí.

Sacudí la cabeza, asintiendo.

—¿Puedo pasar? —indicó el pasillo detrás de mí.

—Sí. —Di unos pasos vacilantes hacia atrás y Petros entró en nuestra antigua casa, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Has pensado en lo que te he dicho? —Cruzó los brazos detrás de su cuerpo mientras buscaba de nuevo mis ojos.

Quise apartar la mirada, pero no pude.

—Sí y no... —No encontré una respuesta mejor. Seguía tan confusa que mis sentimientos no parecían claros, o lo eran, pero no tenía el valor de admitirlo ni siquiera ante mí misma.

—No te entiendo. —Sacudió la cabeza, confuso.

Intenté respirar despacio, con la esperanza de calmarme, pero no funcionó. Mi corazón seguía acelerado.

—Yo… Yo...

—Chirly. —Se acercó y me tomó las manos entre las suyas, como hacía cuando solía ser más amable y comprensivo conmigo.

—Tengo algo que decirte —confesé, sintiendo aún el peso de todo el trauma sobre mis hombros.

Su mirada se congeló, aunque me miraba fijamente, pude ver que se tensó, sus músculos se agarrotaron y sus labios se crisparon durante unos instantes.

Me puse aún más nerviosa, preguntándome qué se le estaría pasando por la cabeza. Después de todo, recordaba muy bien todo lo que habíamos vivido antes de que nuestra relación culminara en divorcio. A pesar de mi dolor, quizá lo mejor para nosotros era seguir separados.

—Lo sé... —respondió, tomándome por sorpresa.

—¿Lo sabes?

—Sí.

¿Cómo iba a saberlo?

Intenté atar cabos y la única alternativa que encontré fue que Ariadna se lo había contado a su antiguo jefe. Ella nunca fue de compartir los secretos que oía en aquella casa, pero nunca ocultó lo mucho que lamentaba mi divorcio y que esperaba que Petros volviera a casa.

—¿Te lo ha dicho Ariadna? —le pregunté.

—No... —Sacudió la cabeza—. Lo he visto. No debería haberlo hecho, pero me quedé un rato delante de tu puerta después de que habláramos y lo vi entrar. ¿Cuánto tiempo llevan juntos?

—¿Qué? —Me solté de sus manos y di un paso atrás, completamente confusa—. ¿De qué estás hablando?

—El otro hombre.

—¿Stefan…? —murmuré mientras intentaba entender lo que decía.

—¿Así que ése es su nombre? —La tristeza se intensificó en el rostro de Petros—. Por favor, no me digas que es demasiado tarde. Sé que dejarte dejó margen para que pasara algo, pero...

—¡Petros! —Le interrumpí.

—Por favor...

—Lo has entendido todo mal —empecé a decir, y él abrió los ojos—. Stefan y yo solo somos amigos.

No era exactamente lo que Stefan quería de nuestra relación, pero no creí que fuera algo para discutir con Petros en ese momento. Esa no era la razón por la que lo había llamado en esa noche.

—¿Amigos? —Arqueó las cejas, pensativo.

—Sí.

—No me lo imaginaba.

—Pero es la verdad —recalqué—. Nos conocimos cuando yo aún era modelo.

—Lo siento... —Dio un paso atrás, confuso, pero al mismo tiempo pareció aliviado por el leve suspiro que dejó escapar.

Permanecí en silencio, mientras aquel ambiente tenso seguía pesando sobre nosotros.

—¿Qué querías decirme? —preguntó mientras me miraba de nuevo.

Observé sus ojos mientras se me revolvía el estómago. La tensión me carcomía los huesos.

—Yo... estoy embarazada, Petros... de gemelos. —Las palabras salieron más como un susurro. Tenía mucho miedo de su reacción.

El impacto de mi confesión golpeó a Petros como una ola. Su rostro perdió el color por un momento, sus ojos se abrieron de par en par, conmocionados. Se quedó completamente

inmóvil, procesando la noticia, y luego, lentamente, sus facciones empezaron a cambiar. Una mezcla de sorpresa y emoción se apoderó de él.

—¿Embarazada? —Su voz era una mezcla de incredulidad y alegría—. Chirly, eso es... —Sus palabras desaparecieron, aumentando aún más mi tensión.

Sin decir una palabra más, se acercó lentamente, mirándome directamente, y luego bajó la cabeza para mirarme el vientre, aún visible. Mientras recuperaba el aliento, Petros se arrodilló frente a mí. Levantó sus manos temblorosas y las apoyó suavemente sobre mi vientre, como si pudiera sentir las vidas que allí crecían. Cerró los ojos un momento y, cuando los abrió, estaban brillantes, húmedos de emoción.

—No puedo creerlo... es... es increíble —murmuró.

El silencio volvió a apoderarse de nosotros, pero esta vez parecía más ligero. Me alegré de habérselo contado y de que la reacción de Petros fuera mejor de lo que esperaba.

—¿Desde cuándo lo sabes? —Petros mantenía sus manos sobre mi vientre, su voz llevaba un tierno cuidado, sin sombra de duda sobre su paternidad.

—Han pasado unas semanas —respondí, sintiendo una mezcla de alivio y nerviosismo—. No sabía cómo decírtelo, sobre todo con todo lo que estaba pasando entre nosotros.

Petros asintió en señal de comprensión. Se levantó despacio, manteniendo aún una mano suavemente sobre mi estómago, como si no quisiera perder ese contacto.

—Tenía miedo, Petros —le confesé, mirándole a los ojos—. Ya habíamos perdido otros bebés y no quería que contarte lo del embarazo se convirtiera en otro motivo para que te alejaras.

Petros respiró hondo, sus ojos reflejaban una mezcla de tristeza y comprensión. Me tomó las manos con suavidad, como si quisiera transmitirme su fuerza a través del tacto.

—Chirly, entiendo tu miedo, y siento todo lo que hemos pasado. Sé que no puedo cambiar el pasado y corregir mi mala decisión de separarnos, pero estoy aquí, pidiéndote perdón. Quiero estar ahí, quiero apoyarte a ti y a nuestros hijos. No voy a alejarme, no esta vez. —La sinceridad de su tono me envolvió en una sensación de ligereza y bienestar.

Ya habíamos pasado por momentos tan terribles que realmente esperaba su comprensión

y afecto.

—¿Has ido al médico? ¿Qué te han dicho? —Aunque se esforzaba por ser amable y comprensivo conmigo, no podía evitar sentirse tenso. Ya habíamos pasado por esto antes y no quería que la historia se repitiera.

—Sí, lo hice —dije, intentando mantener la calma y recordar lo que me habían dicho—. La doctora me ha dicho que los bebés están bien y que el embarazo evoluciona con normalidad. Esta vez estamos tomando todas las precauciones posibles y es optimista.

Asintió con la cabeza, procesando la información, con una expresión mezcla de alivio y temor por lo que ya habíamos vivido.

—¡Eso es genial, Chirly! Realmente genial. —Hizo una pausa, mirándome intensamente, como para reafirmar cada palabra que estaba a punto de decir—. Quiero que sepas... que pase lo que pase, no voy a abandonarte nunca más. Siento mucho lo que hice y no cometeré el mismo error. No importa lo difícil que se pongan las cosas, yo estaré aquí.

Sus palabras tocaron profundamente mi corazón y me hicieron sonreír entre el aliento de sus promesas. Había sufrido demasiado por aquella separación y no había nada que deseara más que volver a ser marido y mujer.

—Gracias, Petros... —Mi voz tembló ligeramente con toda mi emoción—. Esto significa mucho para mí, sobre todo ahora. Saber que puedo contar contigo... eso cambia mucho.

Petros dio un paso adelante, acortando la distancia que nos separaba. Su mirada era intensa, cargada de emociones que parecían haber estado contenidas durante mucho tiempo. Con suavidad, me tomó la cara entre las manos y sentí el calor de su piel contra la mía. Había una suave urgencia en sus gestos, como si cada movimiento fuera a la vez pesado e impulsado por una fuerza superior a él.

Entonces, con una suavidad que me hizo suspirar, sus labios se encontraron con los míos. El beso fue tierno al principio, pero pronto se hizo más profundo, transformando la tensión que nos rodeaba en una caricia profunda y envolvente. Su cercanía disipó cualquier resto de duda que aún pudiera existir entre nosotros, fusionando preocupación y amor en un momento de pura conexión.

—Te amo, Chirly. Siempre te he amado y siempre te amaré. Nada cambiará eso jamás. —Entre beso y beso, Petros susurró en mi boca.

Cada palabra vibraba con sinceridad, reafirmando el compromiso que había expresado momentos antes. Sentí que las barreras que había levantado tras el divorcio empezaban a derrumbarse, sacando a la superficie todo el amor que me había hecho elegir a aquel hombre para pasar el resto de mi vida.

El beso siguió y siguió, nuestras lenguas entrelazándose de una forma que me calentaba cada vez más. Me tambaleé hacia atrás cuando él movió su boca por mi cuello, dejando mordiscos y chupetones que me producían escalofríos y me recordaban lo rápido y caliente que corría mi sangre por mis venas cuando estaba en sus brazos.

—Petros... —Solté un gemido cuando me agarró los pechos, apretándolos con firmeza. Mi cuerpo reaccionó involuntariamente, invadido por la excitación. Hacía mucho tiempo que no practicábamos sexo, demasiado.

Durante esos meses separados, los recuerdos de nuestro pasado solo me hacían sentir más frustrada y triste por no estar ya en el contacto de tus manos y el intenso calor de tus besos...

De repente, sentí que los labios de Petros se apartaban de los míos y vi que su rostro adoptaba una expresión de preocupación. Perpleja por el repentino cambio, me quedé mirándole, intentando averiguar qué había provocado semejante interrupción.

—¿Qué te pasa? —pregunté, tensa.

Petros vaciló, dubitativo, lo que me alarmó aún más. ¿Lo estábamos haciendo bien o no?

—Los médicos... ¿dijeron algo sobre... bueno, sexo? ¿Necesitas descansar por los bebés? —Su voz era cautelosa, reflejaba su cuidado por no hacer nada que pudiera perjudicarme a mí o a nuestros hijos.

La pregunta me tomó por sorpresa, pero enseguida comprendí el motivo de su preocupación. Una leve sonrisa apareció en mis labios al apreciar su atención.

—No me han dicho que descanse —respondí, tratando de aliviar su preocupación—. Me han dicho que todo va bien con el embarazo y que puedo mantener mis actividades normales,

dentro de lo razonable...

Pude ver el alivio en su rostro, la tensión en sus hombros disipándose a medida que se relajaba. Asintió con la cabeza y una sonrisa de alivio se dibujó en sus labios.

—Solo quiero asegurarme de que no hago nada que pueda poner en peligro el embarazo.

—Gracias, gracias. —Di un paso adelante y le tomé las manos—. Me alegro de que estés aquí, preocupado por nuestros bebés.

Cualquier rastro de duda en su expresión se disipó. Me acercó más y me rodeó con sus brazos. Petros volvió a besarme y sentí que la intensidad aumentaba con cada roce. Sus manos exploraban los contornos de mi cuerpo, mientras su lengua bailaba con la mía, cada movimiento cargado de la misma pasión que nos casó cinco años atrás. Lo que empezó como una caricia profunda pronto se convirtió en una necesidad voraz, un deseo evidente en cada roce, en cada respiración jadeante.

La conexión que compartíamos se hizo más profunda y todo a nuestro alrededor pareció desvanecerse. Solo estábamos él y yo, reconectándonos de una forma que parecía más intensa y esencial que nunca. Podía sentir su hambre de mí, un reflejo del tiempo perdido y de las emociones contenidas que ahora se liberaban en cada beso.

Petros me levantó con facilidad, rodeando mi cuerpo con sus brazos fuertes y seguros. Me sentía ligera mientras me llevaba, su calor se mezclaba con el mío. Se movía con confianza, cada paso resonaba con los recuerdos del camino al dormitorio que una vez compartimos. La familiaridad de aquel paseo por nuestra casa parecía resonar en sus movimientos, un recordatorio silencioso de tantas noches de amor antes de nuestra separación.

Cuando entramos en el dormitorio, la suave luz de la lámpara proyectaba un acogedor resplandor sobre la habitación, evocando una atmósfera de intimidad y confort. Petros me tumbó suavemente en la cama y sentí el suave tejido de las sábanas contra mi piel. Se inclinó sobre mí, con una mirada intensa y llena de pasión. Los besos no tardaron en continuar, más fervientes y profundos que antes. Cada roce de sus labios me hacía rendirme a la sensación que nunca podría borrar. Estaba completa y locamente enamorada de él.

Mi corazón latía con fuerza, a un ritmo frenético que acompañaba el creciente deseo entre

nosotros. Petros murmuraba palabras de amor entre beso y beso, y cada "te amo" sonaba más sincero.

—Te amo, Chirly, siempre te he amado —dijo con voz ronca, mientras sus manos empezaban a deslizarse por mi ropa, desabrochando con urgencia cada pieza.

La excitación creció en mí cuando me tocó los pezones bajo la blusa suelta, retorciéndomelos antes de rodearme los pechos con las manos, mientras su boca seguía jugando con la mía. Su lengua se movía cada vez más hambrienta mientras nos frotábamos el uno contra el otro, demostrando nuestra necesidad de volver a ser uno.

La sensación de sentirme tan querida y deseada por Petros después de todo lo que habíamos vivido intensificaba cada caricia, cada mirada. Su presencia reavivó en mí sentimientos que creía perdidos en la vorágine del dolor y el abandono. En ese momento, en el que cuerpos y corazones volvieron a conectarse, pude sentir, más que nunca, la posibilidad de un nuevo comienzo, de ser lo que siempre había soñado: una familia.

Mientras Petros seguía desnudándome lentamente, me invadía la ansiedad, el anhelo y el deseo en su forma más salvaje y primitiva. Nuestra química siempre había sido profunda y parecía que eso no había cambiado.

Lo miré fijamente a los ojos azules mientras me bajaba las bragas con una sonrisa pícara. Cómo me gustaba cuando me miraba así, mostrando su hambre de mí. Arqueé mi cuerpo, inclinándolo hacia arriba mientras Petros me chupaba el pezón. Lo chupó de una forma que me hizo gemir, retorciéndome en la sábana mientras sentía sus palmas rodear mi cintura para mantenerme a su merced. Siempre había sido suya y eso no había cambiado.

Piel contra piel, respiración compartida y el calor de nuestros cuerpos entrelazados reavivaron la intimidad que nunca se había perdido. Entre besos y susurros, el recuerdo de nuestra separación pareció disolverse...

Sus labios recorrieron lentamente mi vientre, provocando oleadas de calor y frío que me hicieron estremecerme, mientras su boca suave y su lengua húmeda dejaban un rastro excitante hasta instalarse entre mis piernas.

Me estremecí con el corazón acelerado mientras su aliento me agitaba aún más,

anticipándose a mi necesidad de él. Petros era el amor de mi vida y nada me ponía más al límite que estar así, sin ropa, entregándome a él.

Me pasé los dedos por su suave pelo castaño, mientras él me lamía el interior del muslo y me hacía poner los ojos en blanco, mi calentura crecía aún más en medio de las provocadoras caricias. La necesidad que mi cuerpo sentía por él se hacía cada vez más intensa.

Petros, al darse cuenta de que mi corazón latía deprisa contra el suyo, se detuvo un momento para mirarme a los ojos. Era como si quisiera asegurarse de que yo estaba allí con él, compartiendo aquel momento. Asentí suavemente, confirmando sin palabras que no había otro lugar en el que quisiera estar más.

—Chirly, ¿estás bien? —preguntó en un tono suave, lleno de preocupación y afecto.

—Sí, estoy más que bien —respondí, con la voz temblorosa por la emoción—. Estoy contigo.

Con una sonrisa de alivio, se inclinó más hacia mí, tocándome con la lengua. El beso íntimo comenzó suavemente, pero se intensificó cuando respondí dándome la vuelta en la cama y tirando de su pelo. No había olvidado lo que era ser besada así por él, estar completamente a su merced mientras Petros me practicaba sexo oral. Sin embargo, tal vez debido al tiempo que llevábamos separados, era más intenso que nunca.

Jadeé mientras él hundía sus dedos y su boca en mí, alternando entre besos, lamidas y ligeras penetraciones que no hacían más que calentarme más y más. Sus dedos apretaron mis muslos mientras yo empezaba a temblar. El éxtasis me invadió en medio de un delicioso orgasmo que pareció sacarme el alma del cuerpo por unos instantes.

Oh, cómo me perdí esto...

Petros se levantó y se inclinó sobre mí mientras su boca se unía a la mía. Nuestras lenguas volvieron a bailar mientras él me rodeaba con sus brazos, tirando de mí y acomodándome en su regazo. Gemí, sintiendo un ligero dolor mientras me ajustaba a su miembro. Probablemente se debía a la abstinencia, pero en cuanto me acomodé, mi cuerpo recordó lo anatómicamente compatibles que éramos. Aquel ajuste era perfecto y así permaneció.

Petros deslizó sus manos alrededor de mi cintura y nuestras miradas se encontraron

cuando empecé a moverme. Con su ayuda, empecé un movimiento lento de arriba abajo, pero no podía ocultar mi entrega total. La necesidad de más no hacía más que crecer en mi interior y me entregué a ella.

Volvimos a besarnos, gimiendo y jadeando, hasta que Petros se echó hacia atrás y se tumbó en la cama y yo apoyé ambas manos en su pecho, pudiendo controlar totalmente sus movimientos y viendo su expresión de placer mientras hacíamos el amor.

—Te amo... —volvió a murmurar entre gemidos de placer y excitación.

—Yo también te amo. —Jadeando, pasé las uñas por su pecho ancho y bronceado.

Completamente rendida, me incliné hacia delante, uniendo nuestros labios una vez más mientras Petros me agarraba el culo, hundiendo sus dedos en él y haciéndome mover más deprisa.

Estaba sonada y completamente flácida cuando sentí el calor de su líquido llenarme y Petros parecía aún más tenso mientras me acababa.

La noche avanzó lentamente mientras nos perdíamos el uno en el otro, dejando que la pasión y el afecto nos guiaran. En aquel dormitorio, entre las sábanas, nos envolvió nuestro amor y la promesa de un nuevo comienzo.



Petros

Capítulo 24

Conocía muy bien esa cama y el olor a primavera y a flores frescas aún mejor. Cuando abrí los ojos por la mañana, vi a Chirly durmiendo plácidamente a mi lado. Mientras observaba a ella dormir, la tranquilidad de su rostro me llenó de una paz que no había sentido en mucho tiempo. Cada detalle de Chirly, desde la suave curva de sus labios hasta su rítmica respiración, reavivaba la certeza del error que había cometido al separarnos. La culpa y el arrepentimiento de haber sugerido el divorcio pesaban sobre mí como nunca antes.

—¿Cómo pude ser tan tonto? —me susurré a mí mismo, regañándome por la decisión que casi destruye la posibilidad de momentos como este.

Había sido el hombre más idiota del mundo.

Con cuidado, para no despertarla bruscamente, acerqué mi cara a la suya, observando los pequeños movimientos de su tranquilo sueño. No pude resistirme a darle un suave beso en los labios. El suave contacto pareció guiarla suavemente fuera del mundo de los sueños, y sus ojos se abrieron lentamente, encontrándose con los míos.

Enfrentarme a ese mar azul me recordó que siempre había sido el camino hacia mi felicidad y que no podía dejarme arrastrar por una simple tormenta.

—Buenos días —dijo con voz suave, aún impregnada de somnolencia.

—Buenos días, mi amor —no pude ocultar mi sonrisa.

Chirly se estiró en la cama y yo aproveché el momento para besarla una vez más.

—Dormir sin ti ha sido la peor decisión que he tomado nunca —confesé tras nuestro beso, mirándola fijamente, queriendo que comprendiera la profundidad de mi arrepentimiento—. No quiero volver a pasar otra noche sin ti a mi lado. Te quiero, más de lo que he demostrado en los últimos meses, lo siento.

Chirly me miró y una dulce sonrisa se formó en sus labios, y puso su mano en mi mejilla, acariciándola cariñosamente.

—Yo también te quiero, Petros. Y me alegro de que estemos juntos de nuevo.

Volví a besarla, esta vez más intensamente, expresando todo el amor que sentía por ella. Mis manos recorrieron de nuevo los contornos de su cuerpo, acariciándola, como si cada roce confirmara mis promesas de no cometer el mismo error. Chirly respondió al beso con igual fervor, envolviéndole entre sus brazos, devolviendo la pasión con entrega.

—¿No deberías ir a trabajar? —murmuró, mientras nuestros labios se separaban en busca de aliento.

—Nikos puede ocuparse de todo hoy.

—¿Estás... seguro? —Se estremeció cuando le mordisqueé el mentón y le pasé la lengua por la línea del cuello, erizándole los pelos del cuerpo.

—Estoy muy seguro... —Lamí su pezón erecto, haciéndola estremecerse y mi boca salivar con aún más excitación.

Me encanta que nuestro matrimonio haya hecho de Chirly una mujer aún más maravillosa. Sin tener que preocuparse por su estricta dieta y su bajo peso, se ha vuelto aún más sensual, con curvas exuberantes y un cuerpo regordete en todos los lugares adecuados.

La idea de que pudiera estar en manos de otro hombre me volvía loco. En medio de mis celos, mi estupidez al abandonarla parecía aún más intensa. Había sido una idiotez por mi parte y muy irresponsable, pero estaba decidido a no volver a cometer ese error.

El hecho de que estuviera embarazada y de que todo fuera bien esta vez parecía una buena señal de que nuestro futuro estaba juntos.

—¡Ah! —Su gemido llenó la habitación cuando pasé una mano por el interior de su muslo y presioné su clítoris con el dedo—. Petros...

—Me encanta verte gemir —confesé con una sonrisa traviesa.

Dejó escapar una risita mientras sus mejillas se sonrojaban ligeramente.

—Ariadna y los demás empleados no tardarán en llegar —empezó a decir, estremeciéndose cuando me incliné para volver a mamar de su pecho.

—¿Y qué?

—No quiero que... ¡Petros! —gritó cuando le introduje un dedo, haciéndola estremecerse contra mi mano.

—Ahora no tenemos que preocuparnos por ellos —dije mientras rozaba mis labios con los suyos y reanudaba el beso.

Había pasado demasiado tiempo lejos de ella y quería recuperar cada segundo.

—Petros...

—¡Shhh! —La hice callar hundiendo mi lengua en su boca y haciendo el beso cada vez más intenso, y ella respondió con la misma intensidad, dejándome un sabor dulce y cada vez más sediento.

No había nada que deseara más que frotar mi cuerpo contra el tuyo. Me invadía un anhelo desesperado de tener contacto con su piel, de hacerla sudar y gemir. Su aroma era incomparable, el perfume más delicioso del mundo.

Me mordisqueé el labio inferior mientras mis manos recorrían cada línea de su suave cuerpo, sintiéndome cada vez más excitada por el contacto. Me aparté un poco, mirándola fijamente a los ojos azules mientras separaba sus muslos para encajarlos entre ellos. Deslicé los dedos por sus brazos y sujeté sus manos contra el colchón.

Me froté contra ella, mi glande palpitó en contacto con su cálida y húmeda vagina antes de deslizarse en su canal deliciosamente mojado. Ella puso los ojos en blanco en medio de una firme embestida que hizo vibrar cada célula de mi cuerpo. La loca calentura empezó a guiar cada uno de mis movimientos encima de ella, disfrutando de sus pechos rozándome el pecho.

Pasión, excitación, entrega...

Esos sentimientos nos habían impulsado desde el principio y seguían vivos en nosotros. A pesar de cualquier desafío, nunca debí plantearme seguir adelante sin ella.

Solté sus manos para tocarla de nuevo, acariciando su cuerpo mientras nuestras miradas se encontraban a través de besos interrumpidos por respiraciones aceleradas y gemidos.

—Eres mi paraíso —murmuré, empujando aún más profundo y haciendo que pusiera los

ojos en blanco.

—¡Ah, Petros! —Me agarró por los hombros, clavándome las uñas mientras yo aumentaba la velocidad en una búsqueda desenfrenada de más.

El clímax se apoderó de mí, haciéndome derramar hasta la última gota en su interior, pero no paré hasta que ella se unió a mí.

Agotado, me tumbé a su lado en la cama y la estreché entre mis brazos, acurrucándola contra mi pecho para que sintiera mi corazón acelerado. Hundí la nariz en su suave pelo rubio, oliendo el aroma del azahar y la frescura del verano.

No podía dejar de pensar en lo estúpido que había sido y en la suerte que tenía de volver a tenerla a mi lado.

—Chirly, yo... —empecé, vacilante, buscando las palabras adecuadas. Quería expresarme con claridad y, al mismo tiempo, con delicadeza, para que ella pensara en nuestros sentimientos por encima de cualquier herida o enfado que yo pudiera haber provocado.

—Sí... —Me miró atentamente, esperando a que continuara.

Respiré hondo.

—Sé que fue decisión mía dejar esta casa, pero fue uno de los muchos errores que cometí. Sé que tienes motivos para negarte, pero quiero pedirte que volvamos a vivir juntos aquí —. Mi voz era firme, expresando mi tensión.

Chirly me observó en silencio durante un largo rato, con los ojos recorriendo mi rostro como si registrara cada detalle. Entonces, lentamente, una sonrisa empezó a dibujarse en sus labios, algo que me quitó un peso de encima.

—Petros, me has hecho tanto daño... —reflexionó ella, haciendo una pausa para respirar hondo—. Cuando te fuiste de aquí, fue como si te hubieras llevado un trozo de mi corazón contigo. Sufrí más de lo que podría expresar.

—Lo sé, mi amor. —Le acaricié la mejilla, rodeé su delicado rostro y aparté una lágrima con el pulgar—. Lamentaré esa estúpida actitud el resto de mi vida.

—Esto no es algo que vaya a olvidar fácilmente... —Su voz era firme, aunque alargó la

mano para entrelazar la mía con la tuya—. Pero aún te quiero, y además, están nuestros bebés. Se merecen que su padre esté presente.

Sus palabras me provocaron una oleada de alivio y felicidad. La acerqué suavemente y la besé con toda la pasión que sentía, en una promesa silenciosa de que sería el hombre que ella se merecía.

Cuando por fin nuestros labios se separaron, sonreí.

—Entonces... ¿puedo empezar a traer mis cosas? —pregunté, medio en broma, medio en serio, esperando que reaccionara receptivamente.

Chirly rió, un sonido que llenó la habitación de ligereza.

—Sí, puedes traer tus cosas, Petros.

—Gracias. —La abracé contra mi pecho, sintiéndome aún más feliz y aliviado.

Nada era más importante para mí que esa oportunidad de empezar de nuevo.



Chirly

Capítulo 25

Puede que estuviera pisoteando todo mi orgullo y dignidad al volver con él, pero nada de eso me parecía más importante que mi felicidad. Estaba y seguía estando muy enamorada de Petros y oírle admitir que se había equivocado era lo que había soñado desde que solicitó el divorcio.

El sufrimiento me había carcomido y por fin me veía más ligera y tranquila. Mi matrimonio podría volver a donde lo había dejado y tendríamos la oportunidad de ser felices. Si mis bebés nacían esa vez, tendría todo lo que necesitaba para ser la mujer más feliz del mundo.

Petros aún tenía algo de ropa en nuestro armario, un vestigio de nuestro matrimonio que ahora parecía retomar su curso. Se puso una de ellas, una camisa que siempre me pareció que le sentaba bien, un polo de mangas ajustadas que se amoldaba a los músculos de sus brazos, haciéndole parecer aún más atractivo.

Bajamos juntos a desayunar, y el fresco aroma del café recién hecho nos guió hasta la cocina.

Ariadna, que siguió trabajando para mí incluso durante la separación, levantó la vista cuando entramos juntos. El asombro inicial en su rostro se transformó rápidamente en una sonrisa cuando vio a Petros. Él la saludó amablemente y sin ningún pudor, a pesar de que flotaba en el aire que había pasado allí la noche. A diferencia de mí, a Petros nunca le importaron mucho las opiniones ajenas.

—¡Buenos días, Ariadna! ¿Qué tal estás?

—Sr. Petros, ¡qué alegría verle de vuelta! Estoy bien, gracias. ¿Y usted? —preguntó aún sonriendo.

—Estamos geniales, ¿verdad, Chirly? —Petros me miró en busca de confirmación.

—Sí, lo estamos —confirmé.

Petros me tomó la mano, entrelazando sus dedos con los míos como hacía cuando éramos

novios. Nos dirigimos al exterior, donde la mesa ya estaba dispuesta junto a la piscina. El jardín lucía los vibrantes colores de las flores matinales y el cielo era azul pálido, casi despejado. El ambiente era tranquilo, solo el suave sonido del agua de la piscina y el canto de los pájaros llenaban el aire. Nos sentamos juntos en una mesa con fruta fresca, panes variados y jugos naturales.

Petros me sirvió café.

—¿Y cómo te encuentras hoy, Chirly? —preguntó con una mirada afectuosa y preocupada—. Espero que todo le vaya bien a ti y a los bebés.

—Me encuentro bien, gracias. —Le miré a los ojos y fue imposible evitar que la sonrisa me contagiara. Me sentía más ligera de lo que me había sentido en mucho tiempo—. Me alegro mucho de tenerte de vuelta, Petros.

—Solo quiero asegurarme de que tú y nuestros hijos sean felices, de que formo parte de ello es lo más importante para mí en estos momentos. —Me tomó la mano por encima de la mesa, su tacto transmitía seguridad.

Ariadna nos observaba de vez en cuando, trayendo más acompañamientos para el café mientras sonreía discretamente, contenta de ver de nuevo a su jefe en casa.

Mientras desayunábamos, hablábamos y reíamos alegremente. Era como si, en aquella soleada mañana, nunca nos hubiéramos separado.

El teléfono móvil de Petros vibra sobre la mesa, interrumpiendo brevemente el tranquilo ambiente de nuestro desayuno. Rápidamente echó un vistazo a la pantalla, reconoció el nombre que aparecía y, sin dudarlo, pulsó el botón para ignorar la llamada.

Me di cuenta de que era su hermano Nikos quien llamaba y me preocupé. Sabía que los dos trabajaban juntos en el negocio familiar y pensé que podría tratarse de algo urgente. Estaba tan contenta de tenerle de vuelta que no quería darle ningún motivo para ponerlo en peligro.

—¿No quieres contestar? Es Nikos —le indiqué al móvil aún encendido por la notificación.

Petros me miró fijamente, serio y tranquilo.

—No, nada es más importante que quedarme aquí contigo ahora —dijo con convicción —. Nikos puede esperar. Este momento, nuestro tiempo juntos, es lo que realmente me importa.

Sentí que se me encogía el corazón ante sus palabras. La decisión de Petros de anteponer nuestra relación a otras urgencias me demostró lo comprometido que estaba con la reparación de nuestra relación.

—Gracias, eso significa mucho para mí.

Me devolvió la sonrisa y continuamos desayunando, disfrutando de la compañía del otro, dejando que el mundo exterior esperara mientras reconstruíamos nuestro mundo aquí.



Petros

Capítulo 26

El mundo podía estallar para mí, porque no había nada que deseara más que pasar cada minuto con ella. Me sentía como si hubiera pasado meses viajando y por fin pudiera volver a disfrutar de su compañía.

Nikos no volvió a intentar llamarme, así que supuse que había asumido que se trataba de una prioridad. Conocía bien sobre su capacidad para gestionar la empresa en mi ausencia.

Después de pasar un día muy agradable en presencia del otro, Chirly y yo fuimos a nuestra antigua habitación. Ella echó sales de baño en la bañera de hidromasaje de la suite, mientras yo abría una botella de vino espumoso sin alcohol. Había pedido esa "bebida para niños" porque ella estaba embarazada y había una serie de cosas que no podía beber ni comer.

El aroma de las sales de baño flotaba en el aire, mezclándose con el ligero aroma a jazmín que siempre estaba presente en nuestra habitación. El suave sonido del agua al entrar en la bañera de hidromasaje creaba un ambiente relajante, perfecto para olvidarse del mundo exterior y concentrarse en nosotros dos solos.

—Esto parece increíble —dijo Chirly con una sonrisa, mientras observaba cómo se acumulaba el agua burbujeante en la bañera.

—No hay nada mejor que estar contigo. —Levanté la botella de vino espumoso sin alcohol, la serví con cuidado en dos vasos y le di uno a ella—. Por nuestra salud y la de nuestros bebés.

Tomó el vaso, tocando ligeramente el mío en un brindis silencioso, con los ojos brillantes de emoción.

—Por nuestra familia. —Bebió un pequeño sorbo, relamiéndose los labios en señal de aprobación por el sabor.

Mientras Chirly añadía más sales de baño, no pude evitar admirar lo feliz que parecía y cómo el embarazo le daba un brillo especial. Sin embargo, antes de que oscuros pensamientos de

abortos espontáneos se apoderaran de mi mente, sacudí la cabeza para despejarlos. Esta vez sería diferente, me prometí. Aquellos gemelos eran nuestro milagro para reconstruir nuestro futuro. Solo quería pensar en ello, sin dejarme atrapar por el laberinto de sentimientos pesimistas que me habían llevado al divorcio.

No puedo volver a cometer el mismo error.

—Estaba pensando... —empecé, mientras me acercaba a la bañera y probaba la temperatura del agua con la mano—. ¿Has elegido ya los nombres de los bebés?

—¿Nombres? —se sorprendió al detenerse a mi lado y rodearme con el brazo—. No lo había pensado, ¿qué opciones tienes?

—Yo tampoco lo había pensado—admití, sintiendo una oleada de gratitud por tenerla de nuevo a mi lado—. Pero estoy seguro de que juntos elegiremos los mejores nombres.

Se volvió hacia mí, sus ojos llenos de lágrimas brillaban de amor y esperanza. Sin decir una palabra, se inclinó hacia mí y nos besamos. Un gesto que comenzó con calma, lleno de promesas silenciosas.

Coloqué el cuenco sobre la encimera de mármol para rodear su cintura mientras mi lengua se deslizaba contra la suya. Chirly llevaba una bata de rizo, que desabroché lentamente, deshaciendo el lazo y deslizándola sobre sus hombros, dejándola caer al suelo.

No había nada más debajo y la agarré por el culo, acercándola y apretándola contra mi cuerpo mientras intensificaba el contacto de nuestras lenguas. Una de mis manos subió hasta su nuca, enredándose en su suave pelo rubio, tirando ligeramente de él, mientras mis otros dedos se hundían en la suave carne de sus nalgas.

El beso se volvió más y más hambriento a medida que frotaba su piel contra la mía. Mi sangre empezó a arder con una creciente necesidad de ella. Chirly era mucho más que el amor de mi vida, era una mujer tan caliente que mi erección no tendría fin. Mi verga ya estaba dura mientras nuestras bocas se apretaban y nuestras cabezas se movían en busca del mejor ajuste.

Contuve la respiración, intensificando nuestro contacto mientras el deseo crecía incontrolablemente en mi interior. Reconozco que aquel tiempo de abstinencia no había sido nada fácil.

Interrumpimos el beso para tomarnos un respiro y Chirly se separó de mí, deslizándose en el agua espumosa del jacuzzi. Me tendió la mano para que la siguiera. Me uní a ella, sumergiéndome en el agua caliente que envolvía nuestros cuerpos, aliviando tensiones y ampliando nuestro confort. Sentado allí, la estreché entre mis brazos, dejándola de espaldas a mí, acurrucada entre mis piernas.

Le aparté el pelo, revelando la curva de su cuello, y Chirly inclinó la cabeza hacia un lado, dándome mejor acceso a la zona. Una invitación provocativa que no dudé en aceptar. Le di un ligero beso en la mejilla, seguido de otro, en línea descendente hasta la oreja y de vuelta al hombro, notando cómo se le erizaba el vello, a pesar de estar envuelto por el agua caliente.

Podría simplemente besarla toda la noche, pero dudaba que fuera suficiente para alguno de los dos. El deseo de más crecía incontrolablemente, empujándome a ir más allá. Bajé las manos de sus hombros, sumergiéndome en la espuma y resbalando en el agua. La agarré por la cintura y pasé las yemas de los dedos por sus muslos, haciéndola inclinarse hacia delante con un suave gemido.

Le mordisqueé la oreja, haciendo un sonido más fuerte. Ella se estremeció, separando los muslos involuntariamente mientras mi mano los recorría. Chirly bajó la cabeza, apoyándola en mi hombro, y rodó sobre sí misma, provocando olas en el agua cuando llegué a su punto de mayor placer. Sus manos se agarraron al borde de la bañera, mientras mi dedo trazaba resbaladizos círculos sobre su clítoris.

—Pe... Petros... —gimió, jadeante, frotando su cuerpo contra el mío. Su suave espalda se deslizó por mi pecho cubierto de espuma.

Estaba hirviendo y dudaba que fuera por la temperatura del agua.

Mi deseo me hizo alzar la mano libre y agarrarle el pecho por encima de la línea del agua, provocando gemidos aún más deliciosos y avivando mi erección. Mi verga dura no quería quedarse al margen, pero tenía que ser paciente.

Volví a recorrer su cuello con la lengua y mordisqueé su oreja, viéndola estremecerse por completo.

Chirly se retorcía de placer mientras mi dedo bailaba sobre ella. La punta deliciosamente

sensible de su pecho contra mi palma me volvió aún más loco. Los sonidos de su placer eran música para mis oídos. Con mi boca aún sobre su piel, besando su cuello, se estremeció, retorciéndose y jadeando aún más mientras alcanzaba el éxtasis.

—¡Ah, Petros! —Se inclinó hacia delante, apoyando las manos en las rodillas mientras recuperaba el aliento.

Todavía respiraba agitadamente cuando la agarré, haciendo que se pusiera de pie, y la llevé hasta el borde de la bañera, agarrándome al borde mientras la metía en su habitación. No era la primera vez, ni sería la última que practicáramos sexo en aquella bañera, pero estaba seguro de que nunca me cansaría de ello.

Chirly estiró su cuerpo, inclinándose aún más hacia delante mientras mis manos recorrían sus nalgas, inclinando su culo hacia mí mientras me acomodaba de rodillas detrás de ella. La agarré de la cintura y tiré de ella hacia atrás, haciéndola encajar en mí de un tirón, y me deslicé con facilidad en aquel cuerpo que ya estaba acostumbrado al mío. Gemimos juntos y ella frotó su culo contra mí, provocándome un gemido ronco de excitación aún más intensa.

Con mi mano espumosa, la agarré del pelo, tirando de él, mientras ella se echaba hacia delante, inclinándose más y permitiéndome penetrar aún más profundamente. Me dejé llevar por el instinto más primitivo, mientras los movimientos nos hacían salpicar agua en todas direcciones. La maravillosa visión de su espalda, su culo y sus pechos balanceándose sobre el agua me llevó pronto a un clímax irrevocable, absorbiéndome en un torbellino de sensaciones intensas y deliciosas. Gemí, respirando apresuradamente mientras luchaba por recuperar la racionalidad.

Tardé un rato en recomponerme antes de sacarla y asegurarme de que volviéramos a sentarnos en la bañera, acogidos por el calor envolvente del agua relajante.



Chirly

Capítulo 27

Me eché a dormir en los brazos de Petros, sintiéndome ligera y feliz. La sensación de tranquilidad era una dulce novedad tras los meses de angustia y soledad. La respiración de Petros era tranquila y rítmica, y su pecho me servía de almohada para la cabeza. El calor de su cuerpo era reconfortante, un recuerdo tangible de su presencia y de la promesa de que volveríamos a ser pareja.

La habitación estaba sumida en la oscuridad, iluminada únicamente por la suave luz de la lámpara situada junto a la cama. Las cortinas se agitaban ligeramente con la brisa nocturna que entraba por la ventana entreabierta, transportando el aroma del mar.

Esa ligereza me llenó, haciéndome sentir más tranquila que nunca, y supe cuánto.

—¿Estás cómoda? —murmuró Petros, deslizando sus dedos por mi pelo en una agradable caricia.

—¡Demasiado! —Me acurruqué aún más entre tus brazos—. Había olvidado lo bueno que era dormir así contigo.

—Te prometo que todas las noches pueden ser así, si tú quieres —me dijo, besándome suavemente en la coronilla.

—Quiero hacerlo —dije sin vacilar—. Petros, yo... de verdad creo que esta vez podemos hacer que funcione.

—Yo también lo creo, Chirly —respondió, y pude sentir la vibración de su voz en mi pecho—. No voy a renunciar a lo nuestro, pase lo que pase.

Nos quedamos en silencio un momento, escuchándonos respirar, sintiendo el confort de la cercanía...

Mi sueño se vio interrumpido por el insistente vibrar del móvil en la mesilla de noche. Envuelta aún en la sensación de confort de los brazos de Petros, alargué la mano para sacar el aparato. La pantalla iluminada mostraba una serie de mensajes de Daphne. Con un suave suspiro,

lo desbloqueé para leer lo que había escrito, procurando no molestar a Petros, que dormía plácidamente a mi lado.

Sonreí, reconociendo la curiosidad y la atención típicas de Daphne. Había sido un apoyo fundamental durante los momentos más difíciles de mi divorcio de Petros y estaba claramente ansiosa por saber cómo me iba.

Daphne:

¿Estás bien? ¿Y los bebés?

Espero que estés bien.

Avísame cuando puedas hablar.

Decidí contestar rápidamente para tranquilizarla.

Chirly:

Hola Daph, estoy bien.

Daphne:

Me alegro de que hayas contestado.

Empezaba a preocuparme.

Chirly:

No hay ninguna razón.

Daphne:

¡Qué bien!

¿Cómo van las cosas?

Chirly:

Volví con Petros.

Daphne:

¿De verdad?

Chirly:

Sí.

Daphne:

¿Estás segura de que es la mejor opción?

Chirly:

Nada me hizo más desgraciada que el divorcio. Los días en que pensé que no había vuelta atrás fueron los peores de mi vida. Es más, parece muy dispuesto a no cometer el mismo error.

Daphne:

Si eso es lo que dice tu corazón, solo puedo apoyarte.

Chirly:

Gracias.

Por no hablar de que es mejor para mis hijos crecer en presencia de su padre.

Daphne:

Sí, pero es importante que estés bien.

Mis padres se peleaban mucho y no se lo deseo a ningún niño.

Chirly:

Tienes razón y siento que ya no será así.

Los problemas empezaron porque no podía quedarme embarazada, pero ahora sí

lo estoy.

Daphne:

¡Sí, todo irá bien!

Chirly:

Gracias, amiga.

Daphne:

Ahora voy a una fiesta.

Hablaremos más mañana.

Me alegra saber que te va bien.

Chirly:

¡Gracias! ¡Diviértete!

Después de enviar el mensaje, volví a dejar el móvil en la mesilla de noche y me acurruqué de nuevo en los brazos de Petros, sintiendo su calor y el ritmo tranquilo de su respiración. Cerré los ojos, dejándome relajar por completo y volví a quedarme dormida, ahora con el corazón un poco más ligero.



Petros

Capítulo 28

Por mucho que quisiera estar con Chirly para siempre, no podía actuar como si el resto del mundo no existiera. En cuanto el sol empezó a invadir nuestra habitación a través de las cortinas, ya estaba despierto, pensando en los compromisos del día. El peso de mis responsabilidades como director de la empresa, que había descuidado en los últimos días, empezaba a caer sobre mí. Le di un suave beso a Chirly, que seguía durmiendo plácidamente, sin querer despertarla, pero con la necesidad de despedirme antes de irme.

—Cariño, hoy voy a tener que ir a la oficina —susurré, mientras ella se movía lentamente, abriendo los ojos.

—¿Tan pronto? —murmuró Chirly, frotándose los ojos, aún somnolienta.

—Sí, no puedo desaparecer para siempre o mi hermano me matará —le expliqué, sintiendo una punzada de culpabilidad por haberla dejado sola después de nuestro regreso.

—Lo entiendo, Petros. —Ella sonrió.

—Te prometo que volveré pronto —le aseguré, besándola de nuevo.

Me levanté y elegí un traje del armario, optando por uno azul oscuro olvidado en el guardarropa. Necesitaba urgentemente recuperar mi ropa.

Dejé a Chirly en el dormitorio y bajé al salón a saludar a Ariadna, que ya había llegado para trabajar.

Tras un rápido café, que me bebí casi automáticamente, tomé mi maletín y comprobé mi teléfono móvil para ver qué mensajes se habían acumulado. Había varios correos urgentes y unos cuantos mensajes de Nikos, recordándome mis responsabilidades con el negocio familiar.

Conduje hasta la empresa. El alivio y la felicidad llenaban mi coche. No podía dejar de pensar que nunca debí divorciarme de Chirly, mi actitud imprudente había puesto en peligro mi felicidad, pero nada me hacía tan feliz como la certeza de que volvíamos a estar juntos. La promesa que le había hecho de no cometer el mismo error no era solo de la boca para afuera.

Aparqué en el sitio habitual y subí a la oficina, donde me encontré con Nikos, que parecía aliviado de verme.

—¡Por fin has aparecido, maldita sea! Me preocupaba que desaparecieras —exclamó.

—Lo siento, hermano. Ayer necesitaba un poco de tiempo para ordenar mi vida —le expliqué.

—¿Tiene esto algo que ver con Chirly? —Me tomó del hombro y me llevó a su despacho, manteniendo alejadas las miradas indiscretas de nuestra conversación.

Me acomodé en el sofá del salón de mi hermano, inhalando profundamente. La habitación estaba en silencio, salvo por el lejano susurro de los coches en el exterior.

Nikos se sentó frente a mí, mirándome seriamente mientras esperaba a que hablara. Al final se impacientó e insistió:

—Entonces... ¿qué pasó?

—Yo... pasé el día con Chirly... Ella me llevó de vuelta. —Una amplia sonrisa se apoderó de mis labios y ni siquiera me molesté en ocultar lo feliz que me sentía.

Nikos arqueó las cejas, sorprendido por la revelación. Sus ojos oscuros brillaron con una mezcla de curiosidad y preocupación.

—¿Volvieron? —Se inclinó hacia delante para mirarme más de cerca, como si no quisiera perderse ni un rastro de mi expresión.

Moví la cabeza afirmativamente.

—Volvimos. Hermano, nunca debí divorciarme de ella. He amado a esa mujer desde el primer momento en que puse mis ojos en ella. La separación fue la peor idea que he tenido.

Nikos asintió, reflexionando sobre lo que le había dicho, pero sin decir nada. Aunque no estaba de acuerdo con la vida de casado, prefería guardarse su opinión y yo se lo agradecía.

—Hay una cosa más —confesé, atrayendo de nuevo su atención.

—¿Cómo?

—Chirly está embarazada de gemelos.

—¿De verdad?

Afirmé con la cabeza.

Su expresión de sorpresa pronto se convirtió en una mezcla de preocupación y duda.

—¿Gemelos? —repitió, con los ojos abiertos por la sorpresa—. Eso es... inesperado.

—De hecho, es bastante común en las inseminaciones artificiales.

—¿Crees que así se quedó embarazada?

—No me preocupé por ese detalle. —Me encogí de hombros. Dado todo lo que había pasado, me parecía irrelevante—. Sé que es una sorpresa, Nikos. —Mi voz sonaba un poco temblorosa—. Pero yo... nosotros... estamos decididos a hacer que funcione esta vez.

Se me quedó mirando un momento antes de suspirar y asentir.

—Eso espero, Petros. Te mereces ser feliz.

—Gracias. —Mi tensión se transformó finalmente en una sonrisa. Un sentimiento de gratitud se apodera de mí, mezclado con el alivio de no haber sido reprendido por mi hermano.

—¿Y Chirly?

—Ella... ella está bien. Le han hecho todas las pruebas y los bebés están sanos.

Nikos asintió, aliviado por la noticia.

—Es un alivio.

—Dímelo a mí. —Dejé escapar un profundo suspiro. Nada me atormentaba más que volver a esa espiral de dolor y sufrimiento ante las pérdidas consecutivas de bebés.

—Bueno, de todos modos, estoy aquí para ti, hermano. —Me puso la mano en el hombro en un gesto fraternal.

—Gracias. —sonreí agradecido, sintiendo que me quitaba un peso de encima.

Nikos se levantó y me dirigió otra mirada seria que me hizo apoyarme en el respaldo del

sofá.

—Petros, llevas un día entero fuera de la empresa y tienes mucho trabajo —dijo al fin.

Asentí con la cabeza. De hecho, había desaparecido y tendría que ponerme al día para que la empresa no se viera perjudicada.

—Lo sé, Nikos. Te prometo que trabajaré duro para ponerme al día.

Nikos me observó un momento, analizando mi expresión con la mirada, antes de asentir finalmente.

—Eso espero, Petros —dijo, antes de darse la vuelta y volver a sus propias responsabilidades en la empresa.

Yo solía ser el más centrado y responsable, pero no creía que mereciera la pena entrar en eso en ese momento. Estaba lidiando con las consecuencias de mis actos y eso incluía mi ausencia.

Respiré hondo, tratando de sacudirme la sensación de ansiedad que se instaló en mi pecho. Sabía que tenía mucho trabajo por delante, pero me alegraba de volver a empezar mi matrimonio.

Entré en mi despacho y cerré la puerta tras de mí. Me senté a la mesa y me zambullí de cabeza en el trabajo pendiente.



Chirly

Capítulo 29

Estaba en mi dormitorio, envuelta en la suavidad de las sábanas, impregnada del aroma varonil de Petros. Me estiré con un leve suspiro, invadida por una alegría aún más profunda. Era como si todas las lágrimas derramadas en aquella cama quedaran por fin en el pasado.

Decidida a disfrutar de la comodidad de mi pijama durante un rato más, estaba a punto de volver a acomodarme cuando un pensamiento repentino cruzó mi mente: el desayuno. Con un suspiro, me levanté de la cama.

—Dos bebés creciendo dentro de mí y ni siquiera me acordaba del desayuno... —murmuré para mis adentros, un poco culpable. Sabía que no podía descuidar mi salud, y menos estando embarazada.

Con Petros de vuelta conmigo, estaba segura de que mi vida por fin había vuelto a su cauce. Recordé nuestros momentos felices juntos y cómo me había enamorado de él. Nada me hacía más feliz que saber que teníamos un futuro.

Bajé a la sala de estar, donde me encontré con Ariadna, el ama de llaves, que estaba ocupada ordenando la correspondencia en la mesa de centro.

—¡Buenos días, señora Chirly!

—Buenos días, Ariadna. ¿Cómo estás hoy?

—Estoy bien, gracias. ¿Y tú, Chirly? ¿Cómo has pasado la noche? —Dio un paso hacia mí, mirándome más de cerca.

—Ha sido una velada tranquila, gracias —respondí, un poco incómoda, preguntándome qué se le estaría pasando por la cabeza.

Pronto me di cuenta de que Ariadna me miraba con una marcada curiosidad, como si hubiera algo en su mente que estuviera ansiosa por preguntar. Curiosa, seguí observándola mientras me dirigía a la mesa junto a la piscina para desayunar.

Ariadna siguió mi mirada mientras me acomodaba en la mesa, y finalmente, tras un momento de vacilación, se acercó.

—Perdona, Chirly, ¿puedo preguntarte algo? —Sacó el tema, atrayendo mi atención y haciéndome mirar fijamente.

—Por supuesto, Ariadna. ¿Qué quieres saber? —Sonreí, mostrándome receptiva a sus preguntas. Más que una empleada, la consideraba una amiga. Lejos de mi familia, era una de las pocas personas con las que sabía que siempre podía contar.

El ama de llaves miró a su alrededor, como para asegurarse de que estábamos solos, antes de inclinarse un poco más hacia mí.

—Yo... vi que el señor Petros había vuelto. ¿Volvieron a estar juntos? —Se mordió el labio inferior, como si temiera ser rechazada por la invasiva pregunta sobre la relación de sus jefes.

Una sonrisa involuntaria apareció en mis labios al oír su pregunta, y asentí, sintiéndome feliz de poder compartir la buena noticia.

—Sí, es verdad. Petros y yo estamos juntos de nuevo.

Los ojos de Ariadna se iluminaron ante la noticia y dejó escapar un suspiro de alivio.

—¡Oh, qué maravilla! He pedido tanto que se lleven bien. Son una gran pareja y no deberían estar separados.

Me sentí conmovido por la sinceridad y amabilidad de Ariadna, y le di las gracias con una cálida sonrisa.

—Gracias, Ariadna. Tu apoyo siempre ha sido muy importante para mí. Me has dado la bienvenida desde que me mudé a esta casa.

—No por eso, señora. Solo creo que no deberían haberse divorciado. Me alegro de que cambiaran de opinión.

—Sí... —suspiré, apartando la vista de la piscina y poniéndome las manos en el estómago, pensando en mi familia y en todas las razones que tenía para sentirme muy feliz.

El estridente timbre de mi teléfono móvil rompió la tranquilidad del momento, haciéndome dar un respingo de sorpresa. Miré el aparato sobre la mesa del desayuno.

Tomé el móvil y contesté, sin reconocer el número que aparecía en la pantalla. Una voz distorsionada y metálica sonó al otro lado, provocándome escalofríos.

—Cometiste un gran error al volver con tu marido.

El mensaje era directo y amenazador, y me dejó aturdida y confusa. ¿Quién podía llamarme para decirme eso?

Se me hizo un nudo en la garganta mientras trataba de procesar la información. Mi mente daba vueltas en círculos, tratando de desentrañar el motivo de esta siniestra conexión.

—¿Quién es usted? ¿Qué quieres decir con eso? —Mi voz temblaba ligeramente de indignación.

Al otro lado de la línea solo había silencio, antes de que la persona que estaba al otro lado me colgara. Me quedé paralizada, con el teléfono en la mano, intentando comprender lo que acababa de ocurrir.

Un inexplicable escalofrío se instaló en mi pecho y me sentí invadida por una sensación de vulnerabilidad e inseguridad. Quienquiera que fuese el autor de la llamada, había conseguido sacudir mi tranquilidad.

Aunque estaba segura de que nada me haría más feliz que volver con Petros, no podía imaginar quién tendría motivos para sembrar la discordia en mi relación.

Ariadna, al notar mi expresión de preocupación, se acercó a mí.

—Chirly, ¿qué pasó? Pareces disgustada.

Tragando en seco, la miré, incapaz de encontrar las palabras para explicar lo que acababa de ocurrir. La única certeza que tenía en aquel momento era que, a pesar de todo, no permitiría que aquella misteriosa llamada telefónica hiciera tambalear mi felicidad.

—¡Nada! —Moví la cabeza negativamente—. No pasó nada.

—Está bien. —Se apartó sin insistir, sabiendo que a veces yo necesitaba mi espacio.

Con un suspiro de alivio, me esforcé por alejar aquel mal recuerdo. Aquella llamada podía tener muchos significados, como una broma o un error de marcación, pero fuera lo que fuera, no importaba. Petros y yo estábamos juntos y eso era lo que más quería.



Petros

Capítulo 30

Después de pasar el día inmerso en el trabajo, me invadió la ansiedad mientras conducía de vuelta a casa. Las luces de la ciudad parpadeaban junto a la ventanilla del coche, al igual que los turistas que inundaban las calles de Atenas. El sonido de la radio llenaba el interior del vehículo, calmando un poco mis agitados pensamientos, luego de que ella entrara en mi vida.

Cada kilómetro que recorría, contaba los minutos que faltaban para volver a ver a Chirly y sentir su calor. Saber que estaba en casa, esperándome, era sin duda lo mejor de nuestro matrimonio.

Aparqué en la entrada e ingresé en la casa. Buscándola, como si no la hubiera visto en años.

—Chirly, ¡ya estoy en casa! —grité, dejando las llaves en la mesa del recibidor y dirigiéndome al salón.

Estaba sentada en el sofá del salón, leyendo un libro sobre la maternidad, y me dedicó una gran sonrisa cuando me vio.

Chirly, se giró para saludarme, sus ojos brillaban de alegría al verme.

—¡Petros, me alegro tanto de que estés aquí! —Extendió los brazos para abrazarme.

Le devolví el abrazo cariñosamente, luego bajé una mano para acariciarle el estómago mientras buscaba sus labios para darle un beso más delicado, imaginando que alguno de los empleados podría vernos en cualquier momento.

—Te extrañé.

—¿Qué tal el día? —Me observó atentamente, buscando alguna pista en mi cara o en mi ropa.

—Fue tranquilo. Solo ocupado, como de costumbre —respondí mientras le acariciaba la mejilla, viéndola cerrar los ojos y ronronear como un felino astuto—. Pero ya estoy en casa.

—Estaba contando los minutos —confesó.

—Yo también. —Seguí acariciándole la barriga mientras levantaba la cabeza y buscaba sus ojos—. ¿Están bien?

—Sentí un poco de náuseas, pero nada fuera de lo normal. —Su mano se apoyó en la mía mientras se acomodaba más cómodamente en el sofá.

—Me alivia saber que todo va bien contigo y los bebés —murmuré, inclinándome para darle un suave beso en la frente.

Chirly sonrió, con un brillo de alegría en los ojos, mientras me ponía la mano sobre su vientre.

—Estaba pensando en algo. —Me acomodé en el sofá, la acerqué a mí y hundí la nariz en su pelo.

—¿Qué cosa? —preguntó, curiosa.

—¿Recuerdas nuestros viajes?

—¿Aquellos en los que pasamos unos días perdidos en medio del océano, solos tú y yo?

—Mmm sí... —moví la cabeza afirmativamente, haciéndole cosquillas con el aliento y provocando que se encogiera.

—¿Qué pasa con ellos? —Se esforzó por girar su cuerpo y mirarme.

—¿Qué te parece si desaparecemos?

—¿Y la empresa?

—Estoy pensando en el próximo fin de semana.

—¡Parece perfecto! —Una amplia sonrisa se apoderó de su rostro.

—Me alegra ver que estás entusiasmada.

—Mucho.

Tiré de ella por el mentón, acercando su cara hacia mí, y la besé. Nuestros labios se encontraron en un beso intenso y apasionado mientras deslizaba mi lengua contra la suya.

Nuestra necesidad mutua nos dejó sin aliento y nos hizo olvidar todo lo que nos rodeaba. Mis dedos se deslizaron por su pelo y me incliné hacia ella, pero antes de que mis manos pudieran ser más atrevidas, Chirly me apartó.

—¡Aquí no! —Apartó la mirada, con las mejillas sonrojadas.

—Está bien. —Le di un beso rápido antes de alejarme.



Chirly

Capítulo 31

Mientras todo parecía ir bien con mi embarazo, esperaba con impaciencia el fin de semana, pensando en la propuesta de Petros de hacer un viaje solos. Esa mañana nos levantamos y fuimos al puerto deportivo. Recordaba bien dónde estaba amarrado su yate.

Una suave brisa acariciaba nuestros rostros mientras caminábamos de la mano por el puente de madera hasta el barco. El aire estaba impregnado del olor salado del mar, haciéndome recordar muchos momentos maravillosos de nuestro pasado.

Pronto divisamos el yate de Petros meciéndose suavemente en las tranquilas aguas del puerto. Su casco brillaba bajo los rayos del sol, reflejando los colores de la luz, lo que lo hacía aún más deslumbrante. Petros trabajaba con barcos, dirigía una empresa de transporte marítimo, que incluía personas y carga, pero a pesar de tener contacto con los más diversos tipos y modelos, sabía que este era su favorito. De hecho, era algo a lo que no quería renunciar en el divorcio. Para mí era solo un barco y no veía ninguna razón para pelearme por eso. Solo le daba importancia cuando estábamos juntos, como en aquel momento.

—¿Estás lista para nuestro viaje? —Petros me levantó la mano y me besó el dorso, haciéndome mirar fijamente.

Sonreí, sintiendo una mezcla de emociones burbujeando en mi interior. La idea de pasar tiempo a solas con Petros, lejos de todas las preocupaciones y responsabilidades de la vida cotidiana, era muy tentadora.

—Más que nunca.

Su mirada me entusiasmó aún más mientras me guiaba al interior del barco, a la hermosa y moderna cubierta, lo suficientemente grande como para que alguien pudiera vivir en ella. Mientras Petros preparaba el yate para partir, me dejé envolver por la belleza del lugar y los recuerdos de todo lo que habíamos vivido allí.

Cuando el yate se alejó del puerto deportivo y se adentró en mar abierto, sentí que me invadían la libertad y la emoción. Iba a ser un fin de semana increíble con Petros, como tantos

otros que habíamos compartido.

Me acerqué a Petros mientras él sujetaba el timón, le rodeé con los brazos y me puse de puntillas para besarle el cuello. El aroma del mar mezclado con su perfume me embriagó, creando una sensación de intimidad y conexión que solo nosotros dos entendíamos.

—Amor... —murmuró mientras alzaba una de sus manos para tocar la mía.

—¿Te estorbo? —pregunté, huyendo de cierta modestia.

—¡Claro que no!

Solté una risita que llenó la cubierta.

Mientras sujetaba una mano, la otra se deslizaba lentamente por su abdomen y, con un suspiro descarado, le bajé la cremallera de los shorts y me deslicé por sus pantalones, sintiendo su miembro que se había puesto aún más rígido con mi tacto.

—¡Mmm! —Petros soltó un gemido ronco.

—¿Y así te molesto? —Hablé con la boca en su oreja, dándome cuenta de cómo se estremecía ante mi estímulo.

—En absoluto...

Seguí besándole el cuello y le vi poner los ojos en blanco, estremeciéndose cuando mis dedos recorrieron la longitud de sus pantalones.

Petros era un hombre mayor que yo, pero siempre me había parecido muy atractivo y eso no había cambiado con los años.

Mientras exploraba los contornos del cuerpo de Petros con mis dedos, sentí que mi corazón se aceleraba de excitación. El sol besaba mi piel, calentándome por dentro e intensificando las sensaciones que experimentaba en aquel momento íntimo.

Al ver cómo Petros entornaba los ojos de placer, una sonrisa traviesa se dibujó en mis labios. Me encantaba el efecto que causaba en él y cómo se rendía a cada una de mis caricias.

El ronco gemido que escapó de sus labios fue música para mis oídos, avivando el fuego que ardía en mi interior. Me sentía viva, deseada, y no había ningún lugar en el mundo en el que

prefiriera estar en ese momento.

Mientras seguía explorando el cuerpo de Petros con mis provocativas caricias, una oleada del deseo que se apoderaba de mí se hizo aún más intensa. Quería más, ansiaba sentir su piel contra la mía, perdernos juntos en el sexo y el placer;

Pero por el momento, él dirigía el yate y yo me contentaba con disfrutar del momento, simplemente burlándome de él con mi mano aún en su ropa interior.

De repente, Petros detuvo la barca y se giró hacia mí, con los ojos llenos de hambre y deseo. Sin vacilar, capturó mis labios en un beso voraz, sus manos recorrían mi cuerpo con urgencia y calentura. Le había provocado y estaba dispuesta a atenerme a las consecuencias.

Me entregué al beso con la misma intensidad, perdiéndome en el calor de su boca y el tacto de sus manos. En aquel momento, estábamos los dos solos, y no había razón para contener el deseo incontrolable que nos consumía.

Petros me hizo girar hábilmente y me colocó contra el timón, sus manos ágiles y decididas recorrían mi cuerpo con una irresistible mezcla de deseo y afecto. Cada roce era una chispa que incendiaba mi piel, enviando oleadas de placer por todo mi ser.

Me entregué por completo al momento, perdiéndome en la intensidad de sus caricias y en la pasión que ardía entre nosotros. La sensación de estar tan cerca de él, tan envuelta por su tacto ardiente, era deliciosa.

Mientras sus manos exploraban cada curva y contorno de mi cuerpo, me sentí viva, eléctrica, como si flotáramos en nuestro propio mundo de placer y éxtasis. Y en el calor de aquel momento, no había lugar para nada más que el amor que compartíamos.

Me mordisqueó el labio inferior con deseo, haciéndome soltar un gemido ahogado de placer. Su lengua volvió a encontrar la mía en un sensual juego de toques y sabores, echando aún más leña al fuego que ardía entre nosotros. Cada movimiento era una danza de deseo y entrega, que nos llevaba a un estado de éxtasis e intimidad. Me entregué al beso con fervor, perdiéndome en la abrumadora sensación de estar entre sus brazos.

Petros pasó su mano por la fina tela de mi vestido blanco, subiéndola hasta llegar a la suave piel de mis muslos. Un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando su mano se acercó,

colocándola entre mis piernas. Instintivamente, me retorcí contra el timón, echando la cabeza hacia atrás y dejando que mi pelo rubio se extendiera como una cortina a nuestro alrededor. La sensación de sus manos explorando mi cuerpo era electrizante, llenándome de deseo y anticipación por lo que estaba por venir.

Me mordí el labio inferior con deseo, dejando escapar un sonoro gemido cuando empezó a jugar con el fino encaje de mis bragas, provocándome con las yemas de los dedos. Cada roce era una explosión de sensaciones que me hacían arquear la espalda y suspirar de placer. Por reflejo, separé aún más los muslos, permitiéndole un acceso total a mi cuerpo. Entonces Petros apartó el elástico de mis bragas y tocó directamente mi zona íntima, provocando oleadas de éxtasis en todo mi ser. Cada roce suyo era un combustible que me hacía anhelar más. Me perdí en la bruma de sensaciones abrumadoras que despertó en mí.

Había echado de menos estar así con mi marido durante el tiempo que pasamos separados. Cada caricia, cada roce, era un vívido recordatorio de lo mucho que lo amaba y anhelaba estar a su lado. Estar de nuevo en los brazos de Petros, compartiendo nuestra erección y nuestro deseo mutuo, fue como encontrar una parte perdida de mí misma. Volví a sentirme completa.

Me bajó las bragas por los muslos y las colgó en uno de los mandos del salpicadero, haciéndome soltar una risita traviesa.

—Ah, Petros... —susurré, pero él me interrumpió, cubriendo de nuevo mis labios con los suyos.

Su palma seguía entre mis muslos y me invadió con el dedo, haciéndome arquear el cuerpo y revolcarme contra su mano. Una oleada de placer me recorrió, llevándome al límite de la sensación y el éxtasis. Estaba completamente rendida al tacto de Petros, envuelta en el torbellino de sensaciones que despertaba en mí.

—Qué rico —murmuró contra mi oreja, mordisqueándola mientras su dedo se movía aún más ferozmente dentro de mí, volviéndome loca.

Gemí en respuesta, perdida en las deliciosas sensaciones que nos envolvían.

Sus dientes rozaron mis labios mientras su otra mano agarraba mi pecho, protegido por el

fino vestido. Añadió un dedo en mi interior, haciendo que mis músculos internos se contrajeran en respuesta al placer abrumador que me estaba proporcionando.

Me sumergí en un mar de sensaciones que solo él podía despertar en mí. Su hábil tacto exploraba cada centímetro de mi cuerpo, incendiando mi piel y mi alma con una pasión desbordante.

Mientras él seguía provocándome con sus hábiles dedos, yo me abandonaba al huracán de sensaciones, entregándome aún más. Entre susurros de deseo y suspiros de pasión, no quería pensar en otra cosa que en estar con mi marido, envuelta en aquel velo de felicidad.

Gemí aún más fuerte a medida que se acercaba mi orgasmo y él movió el dedo aún más frenéticamente hasta llevarme al clímax. Sudaba y jadeaba mientras me desplomaba contra el timón, rendida al gozo abrumador que me envolvía por completo. Cada pulsación de mi cuerpo se convirtió en una explosión y en un intenso cosquilleo que me sacó completamente de órbita.

Me hizo girar mientras aún me recuperaba y me hizo sujetar el timón. Petros me levantó el vestido y le sentí encajar en mí, haciéndome inclinarme aún más hacia delante. Sus manos subieron por mis brazos hasta sujetar las mías mientras empezaba a moverse.

Nuestros gemidos llenaron la nave mientras Petros nos convertía en uno. Me entregué por completo al sexo, perdiéndome en la fusión de nuestros cuerpos, unidos en un amor tan profundo e intenso que trascendía cualquier palabra o gesto. Nuestro deseo ardía como un reguero de pólvora, consumiéndonos por completo y llevándonos a un estado de plenitud absoluta.

La sensación de tenerlo dentro de mí era maravillosa, me llenaba y me satisfacía. Tenía la boca seca mientras mis uñas se clavaban en el timón al que me aferraba. Cada movimiento suyo era una oleada de placer que recorría todo mi ser, llevándome al borde del éxtasis con sus embestidas. Gemí en respuesta, rendida al delicioso torpor del momento, perdida en las sensaciones abrumadoras.

—¡Petros! —grité su nombre mientras el placer aumentaba y mi cuerpo pedía otro orgasmo. Cada célula de mi ser ansiaba ese efecto.

—Mi amor... —murmuró, bajando las manos a mi cintura y moviéndose más deprisa, hundiéndose en mí. Su verga entró hasta donde la posición lo permitía y yo incliné más el culo,

permitiendo una penetración aún más intensa. Con cada embestida, todo mi cuerpo vibraba en respuesta al ritmo frenético. Gemí de éxtasis, rendida al placer abrumador que me estaba proporcionando, perdiéndome en la intensidad de nuestra conexión.

Se inclinó hacia mí, besándome el cuello, y todo mi cuerpo se estremeció al apretarme más contra su miembro. Sentí cómo se derramaba dentro de mí mientras me revolvía, pidiendo más. Petros hundió sus dedos en mi cintura, empujando con más fuerza, y los empujones pronto me llevaron a un segundo orgasmo. Cada embestida era una oleada de placer que recorría mi cuerpo, llevándome a nuevas cotas de éxtasis. Me faltaba el aire, respiraba agitadamente.

Mareada y aturdida por el placer, me perdí en la intensidad del momento.



Petros

Capítulo 32

Después del rato que compartimos en cubierta, tomé una botella de jugo de uva roja de la nevera, junto con un plato de fruta y una cesta de pan, y lo saqué todo a la terraza del yate. Allí, me acomodé junto a Chirly, disfrutando de la suave brisa marina y del apacible tiempo de la tarde.

Tumbada en la reposera, su hermoso cuerpo desnudo brillaba a la luz del sol como si estuviera hecho de diminutos diamantes. Cada rayo de sol parecía acariciar su piel, realzando su belleza natural e irradiando un aura de serenidad y encanto a su alrededor. Era como si la propia luz del sol se inclinara ante su presencia, rindiéndose a su delicada belleza.

—¡Qué maravillosa eres! —Sonreí mientras la miraba fijamente.

—Pensé que eso sería suficiente. —Se pasó la mano por el pecho respingón, llamando mi atención y haciéndome salivar.

—He sido un idiota —admití, molesto conmigo mismo.

—Ciertamente lo fuiste. —Soltó una risita que me llenó el corazón de felicidad.

—Te amo, Chirly. —Declaré sinceramente, mirándola fijamente.

—Yo también te amo, Petros —respondió ella, con una tierna sonrisa en los labios.

—Lamentaré nuestro divorcio el resto de mi vida —suspiré, sintiendo el peso de mis propias palabras.

—Lo importante es que no vuelvas a hacerlo. —Chirly puso su mano sobre la mía.

—No lo haré. —Prometí, sintiendo que se me formaba un nudo en la garganta mientras me inclinaba para besarle el dorso de la mano.

—Disfrutemos de esta maravillosa vista. —Se volvió hacia el horizonte.

—Ah, estoy aquí para eso. —Lancé una mirada maliciosa. No había vista que deseara más que su cuerpo desnudo.

Me incliné hacia ella, le toqué el pezón con la lengua y la hice estremecerse.

—Petros... —se revolvió, gimiendo por lo bajo.

—Te gusta, ¿verdad? —susurré contra su piel, sintiendo cómo se aceleraba su respiración.

Chirly gimió en respuesta y sus dedos se aferraron a la tela de la reposera mientras yo seguía provocándola.

—Eres insaciable, Petros —murmuró ella, con los ojos entrecerrados por el placer.

—Y tú eres irresistible —repliqué, antes de capturar sus labios en un ardiente beso, perdiéndome por completo en el maravilloso sabor de su suave boca.

—¿Lo soy? —preguntó, separando el cuerpo mientras mi lengua recorría el valle entre sus pechos.

—No hay nada más sabroso en el mundo que tu cuerpo.

—Que exagerado...

—Soy muy sincero, pero mantengamos esto solo entre nosotros dos, porque no te compartiré con nadie más. Eres mía... ¡todo mía! —Volví a lamer lentamente su pezón.

Su respiración empezó a volverse irregular y supe que estaba tocando todos los lugares adecuados. Deslicé las manos por sus curvas, explorando cada centímetro de su piel suave y cálida, sintiendo que tocaba el mismísimo cielo. Soltó un suspiro de puro placer, sus dedos se enredaron en mi pelo mientras la saboreaba con pasión.

Volví a acercar mi boca a la suya y nuestras lenguas se encontraron en una danza ardiente, cada movimiento cargado de excitación. Exploré cada rincón de su boca, saboreando el dulce sabor de su respiración acelerada. El roce de nuestros labios fue como una chispa que encendió nuestra conexión, avivando el fuego que ardía entre nosotros.

Chirly respondió a mi beso con una intensidad igualmente abrumadora, sus manos recorrían mi cuerpo con urgencia, como si intentara memorizar mis músculos. Nuestros corazones latían al unísono, como si fueran uno solo, unidos por nuestra conexión.

Cuando por fin nos separamos, nuestras respiraciones agitadas resonaron en el aire, un testimonio silencioso de la intensidad de nuestro deseo. Nos miramos fijamente, perdidos en las profundidades del otro, sabiendo que este momento solo sería el primero de muchos en nuestro nuevo futuro juntos.

—Eres increíble, Chirly —murmuré entre besos, con la voz llena de adoración y deseo.

Ella respondió con un suave gemido, moviendo las caderas en respuesta a mis caricias. La necesidad de ella crecía incontrolablemente en mi interior, como si ni siquiera acabáramos de tener sexo. El deseo de estar dentro de ella afectó a mis instintos y dejó mi mente desenfocada.

No podía resistir la tentación de explorar cada centímetro de su piel y saborear los gemidos que escapaban de sus labios. Cada encuentro con ella era como una llama ardiente que me consumía, dejándome con ganas de más, incluso cuando me sentía completamente satisfecho. Era un círculo vicioso de deseo y pasión que nunca parecía terminar. Y en el fondo, no quería que terminara. Quería sumergirme más y más en ese océano de placer que solo ella podía proporcionarme.

La abstinencia de aquellos meses divorciados dejó un vacío en mi interior, un ansia insaciable por ella, por cada centímetro de su cuerpo. Cada caricia y cada beso eran como una inyección de adrenalina que avivaba la llama de mi deseo. Me sentía como un náufrago hambriento, perdido en un mar de necesidades, y solo ella podía salvarme saciando esa hambre abrumadora que me consumía el alma.

Deslicé mis labios lentamente por su vientre, recordando a mis hijos creciendo allí. Era como si pudiera sentir sus pequeños movimientos, sus promesas de esperanza y alegría que me llenaban el corazón de una forma indescriptible. Seríamos una verdadera familia, como ella siempre había soñado, y eso también me hacía muy feliz. Era como si todas las piezas rotas de nuestra relación fueran encajando poco a poco, formando una imagen más completa y armoniosa. *Ser feliz* para siempre con Chirly era todo lo que podía desear.

Bajé un poco más, besé el interior de sus muslos y la hice retorcerse de placer bajo mis labios. Las caricias eran una promesa de placer, y yo estaba decidido a llevarla de nuevo al éxtasis.

Seguí explorando cada centímetro de su piel con suaves besos y delicados mordiscos,

saboreando cada gemido que escapaba de sus labios entreabiertos. Su respiración agitada y su piel de gallina me invitaban a ir más allá.

Disfruté de su entrega, sintiéndome profundamente unido a ella. Era como si el tiempo se dilatara y ambos estuviéramos suspendidos en un momento eterno de pura intimidad.

Besé su vulva y ella se estremeció antes de que mi lengua empezara a jugar con su intimidad, deslizándose por sus labios hasta el centro de su placer...

Su respuesta a mis caricias era eléctrica, cada movimiento mío iba acompañado de gemidos de placer y contorsiones de su cuerpo que indicaban la intensidad de su deseo. La estimulé con devoción, explorando cada centímetro de su sexo con la lengua y sintiendo su calor palpitante contra mis labios. Estaba decidido a compensar cada minuto de mi ausencia.

Seguí explorando cada parte del cuerpo de Chirly con fervor. Ella respondía a cada una de mis caricias con total entrega, y el sonido de su placer llenaba el aire a nuestro alrededor. Con delicadeza, introduje un dedo, acompasándolo con los movimientos de mi lengua, y pronto la llevé al clímax, haciéndola desplomarse contra la reposera.

—Petros... —murmuró, con la mirada suplicando más cercanía.

Respondí a su llamada sin vacilar, mirándola fijamente mientras sus brazos me rodeaban el cuello y me tiraba encima de ella. Sentí sus pechos apretados contra mi pecho mientras me acomodaba para estar dentro de ella de nuevo, deslizándome en el canal palpitante, caliente y húmedo que me hacía delirar.

Chirly me miraba con una mezcla de deseo y emoción, y cada una de sus respiraciones amplificaba la conexión entre nosotros. Mi corazón latía deprisa, al ritmo de nuestros cuerpos entrelazados. Me apoyé en la reposera para penetrarla. Chirly me rodeó la cintura con las piernas y nuestro contacto se hizo aún más intenso...

—No vuelvas a dejarme —susurró, mientras yo me perdía en sus ojos, que brillaban con lágrimas de intensidad.

—Nunca más —prometí, sellando mi compromiso con un beso, intensificando aún más el acto de amor que estábamos haciendo en la terraza, solos en medio del océano.

Nikos podría haber pensado que era cursi, pero yo no tenía ninguna duda de que cada vez que estaba con Chirly, hacíamos el amor porque estaba locamente enamorado de ella.

El beso se hizo más profundo y nos perdimos en aquel momento, que parecía alejarnos aún más del mundo que nos rodeaba. La brisa marina acariciaba nuestros cuerpos, intensificando las sensaciones de escalofríos y el calor provocado por el roce de nuestras pieles desnudas.

La tarde llegaba a su fin con el sol poniéndose en el horizonte, y nosotros seguíamos allí, abrazados, a veces besándonos, a veces entregándonos a un sexo insaciable. Pasamos aquel fin de semana reconstruyendo nuestras promesas y planes. La certeza de que esta vez lo haríamos todo bien llenaba el aire de dulce esperanza.



Chirly

Capítulo 33

Por desgracia, el fin de semana había terminado y, por mucho que quisiera perderme en el océano con Petros para siempre, él tenía que volver a sus compromisos y yo tenía un embarazo del que ocuparme. Reconozco que los dos días que pasamos prácticamente sin ropa me costaron mucho, pero me sentía renovada.

Bajé a tomar café con Petros junto a la piscina. La brisa matinal traía un agradable frescor del mar de Atenas, mezclado con el aroma del pan recién hecho. El sol aún era tímido en el cielo, pero su suave calor ya prometía otro hermoso día.

Petros ya estaba allí, leyendo algo en su tableta, pero en cuanto me vio, se le iluminó la cara con una sonrisa que me calentó el corazón. Se levantó y vino hacia mí, dándome un suave beso en los labios.

—Buenos días, preciosa —dijo, con ese tono de voz que siempre me hacía derretirme.

—Buenos días —respondí, devolviéndole la sonrisa y sintiendo que una simple felicidad me inundaba el pecho. Nos sentamos juntos, uno al lado del otro, y no pude evitar apoyar la cabeza en su hombro mientras él me rodeaba con el brazo.

Suspiré, sintiendo que el pecho se me inflaba de una felicidad indescriptible. Era como si hubiéramos vuelto al punto en el que estábamos cuando acabábamos de casarnos y nadie podía interponerse entre nosotros.

La piscina centelleaba a la luz del sol, y pequeñas olas se formaban en la superficie cada vez que pasaba una brisa más fuerte. Los árboles de alrededor se mecían suavemente, creando un sonido relajante que parecía susurrar palabras de paz y descanso.

—Estos días han sido increíbles, Petros. No quería que se acabaran —le confesé, mirándole con una mezcla de gratitud y anhelo.

—Yo tampoco, Chirly. Pero mira, quiero estar contigo pase lo que pase —me dijo besándome la frente—. Y ahora, con los bebés en camino, tenemos aún más motivos para estar

juntos y ser felices.

Sonreí, acariciando su mano que descansaba sobre mi vientre, aún imperceptiblemente redondo.

—Lo sé, y eso me da mucha esperanza. Pero confieso que estoy un poco ansiosa por todo esto. Después de todas las pérdidas...

—Estoy aquí, Chirly —me interrumpió antes de que pudiera recordar los malos momentos—. Afrontaremos todo esto juntos, ¿de acuerdo? No estás sola —me aseguró, con ojos sinceros y firmes.

Asentí, animada por sus palabras. Saber que tenía a Petros a mi lado, dispuesto a compartir los momentos difíciles, marcaba la diferencia. Compartimos algunas risas y conversaciones más mientras sorbíamos nuestro café, llenos de planes para nuestros bebés. Empezamos a pensar en algunos nombres, aunque yo no podía decidir nada porque no sabía el sexo de los niños, pero la expectación era suficiente para llenarme de esperanza.

Después de un desayuno lleno de romanticismo, como si estuviéramos de luna de miel, Petros se levantó, se alisó la chaqueta y me miró con esa mirada tierna que tanto me encandilaba. En esos días, me recordaba todas las razones por las que me enamoré perdidamente de él y por las que era el hombre de mi vida.

—Tengo que irme, volveré más tarde. Piensa en algo divertido que podamos hacer, ¿quieres? —dijo, inclinándose para darme un último beso. Entonces su boca se acercó a mi oreja, provocándome un escalofrío—. Preferiblemente con un top muy sexy, y ni siquiera con bragas...

—¡Petros! —Mis mejillas ardieron de vergüenza y él se rió, alejándose.

—Estaré esperando ese momento—respondió con una sonrisa, tomándole la mano un segundo más antes de soltarlo.

Petros saludó con la mano mientras se alejaba, y yo lo observé hasta que se perdió de vista. Sentí un vacío momentáneo al verle marchar, pero sabía que reencontrarme con él al final del día haría que cada minuto de separación mereciera la pena.

Decidí quedarme un rato más en la zona de la piscina, disfrutando de la calma de la

mañana. Poco después apareció Ariadna.

—Chirly, ¡estás radiante! —exclamó acercándose a mí y dándome un fuerte abrazo—. Este embarazo te está sentando muy bien. ¿Cómo te encuentras?

—¡Gracias, Ariadna! La verdad es que me encuentro bastante bien. Un poco cansada, pero feliz... muy feliz—. Le devolví el abrazo, agradecida de que fuera algo más que una empleada. Era una gran amiga que me apoyaba.

—Me alegro mucho de que el señor Petros haya vuelto —dijo Ariadna con una sonrisa sincera—. Nunca debió marcharse. Los dos juntos hacen una pareja perfecta.

—Sí, yo también opino lo mismo —asentí, sintiendo una oleada de gratitud porque todo volvía a encajar—. Fue una época difícil, pero creo que necesitábamos pasar por ella para comprender realmente lo importantes que somos el uno para el otro.

Ariadna asintió.

—A veces es necesario dar un paso atrás para ver las cosas con más claridad. Pero lo importante es que han encontrado el camino de vuelta el uno al otro. Y ahora, con los bebés en camino, tienen aún más motivos para seguir juntos y fortalecer este hermoso amor.

—Exacto —dije, sintiendo una mezcla de emoción y alivio al hablar de ello—. Estoy muy ilusionada con el embarazo. Y tener a Petros a mi lado... es todo lo que podría haber deseado.

La conversación con Ariadna me estaba poniendo de buen humor, hasta que Hermes, el jardinero, se acercó a nosotros y me entregó una hermosa caja blanca. Curiosa, le miré con expresión interrogante.

—¿Qué es esto, Hermes? —pregunté agarrando la caja, sorprendida por lo ligera que era.

—Te lo ha dejado un repartidor —explicó Hermes con una sonrisa tranquila—. Dijo que era importante.

—Gracias, Hermes —dije, mientras él asentía con la cabeza y se alejaba, reanudando su trabajo entre las flores y plantas que decoraban nuestro jardín.

Ariadna, tan curiosa como yo, se acercó más.

—¿Qué tendrá? ¡Me muero de curiosidad! —Sus ojos brillaban de expectación.

Con cuidado, empecé a abrir la caja blanca, quitando la tapa para revelar lo que había dentro. La expectación iba en aumento, y una parte de mí esperaba algo relacionado con el embarazo, tal vez un regalo de Petros...

En cuanto miré dentro de la caja, grité de terror y mi corazón se aceleró de pánico. En un movimiento instintivo, dejé caer la tapa al suelo. Dentro había algo que no esperaba encontrar y que me produjo un escalofrío.

Era un ramo de flores, parecido al que había usado en mi boda, pero estaba manchado de un líquido rojo que parecía sangre. Encima del ramo había una banda dorada, como las que se usan en las coronas de flores, con las palabras "Hasta que la muerte los separe" escritas en ella de forma elegante pero ominosa.

Ariadna, al ver mi estado de shock, se apresuró a calmarme, pero el pavor ya se había instalado en lo más profundo de mi ser, dejándome temblando.

—Chirly, ¿qué pasó? ¿Qué hay dentro?

Con manos temblorosas, señalé el ramo. Ella miró rápidamente y dio un paso atrás, también conmocionada por el macabro espectáculo.

—¿Es eso una amenaza? ¿Quién haría algo así? —La voz de Ariadna estaba llena de preocupación e indignación.

No podía formular una respuesta, solo sentía los latidos de mi corazón resonando en mis oídos. La amenaza velada de aquella frase era clara, y el miedo empezó a extenderse por cada parte de mi cuerpo.

—Tenemos que llamar a la policía, Chirly. Esto no es solo una broma de mal gusto —dijo con decisión, tomando su teléfono móvil.

Asentí con la cabeza, aún en estado de shock, mientras ella marcaba. Con el móvil en una mano, utilizó la otra para ayudarme a sentarme de nuevo en la silla. En medio del pánico que me consumía, era peligroso acabar desmayándome y una caída podría dañar a mis bebés.

La idea de que alguien quisiera hacernos daño era aterradora. Me sentía vulnerable, y la

imagen de las flores manchadas de rojo no se me iba de la cabeza, como un ominoso presagio de una amenaza aún más profunda.

¿Quién lo haría?

Aún conmocionada, empecé a pensar en quién podría haber enviado una amenaza tan inquietante. Durante mi carrera de modelo, la competencia feroz y los celos entre colegas eran habituales. Había gente que codiciaba claramente mi posición y el protagonismo del que yo disfrutaba. Pero desde que dejé esa vida para dedicarme al matrimonio, pensé que había dejado atrás toda esa rivalidad y esos celos.

—¿Podría ser alguien del pasado? ¿Alguien que no ha superado su marcha o su éxito? —preguntó Ariadna, intentando comprender el contexto mientras hablaba con la policía por teléfono.

Respiré hondo, intentando calmar mi corazón y organizar mis pensamientos.

—Es posible. Nunca se sabe quién podría haber albergado suficiente resentimiento o celos para hacer algo así ahora. Pero ha pasado tanto tiempo, Ariadna... Me casé hace cinco años, ¿por qué ahora?

—A veces la gente alberga estos sentimientos negativos durante años, esperando la oportunidad de actuar —dijo, terminando la llamada con la policía y mirándome con expresión preocupada—. La policía está de camino. Querrán ver esto y probablemente harán algunas preguntas.

Asentí brevemente, aún presa del miedo. La idea de que alguien nos amenazara era horrible...



Petros

Capítulo 34

Llegué a la empresa con la mente todavía dándole vueltas a los acontecimientos del fin de semana, los recuerdos de mi estancia con Chirly me arrancaban una sonrisa imposible de disimular. Al entrar, saludé a algunos empleados con gestos y breves palabras, manteniendo la formalidad, pero con un aire más ligero de lo habitual.

Cuando llegué a mi despacho, encontré a mi hermano, Nikos, esperándome con un montón de documentos que teníamos que revisar juntos. Me miró con una sonrisa irónica y enarcó una ceja, notando claramente mi expresión más relajada y alegre.

—Buen fin de semana, ¿eh? —bromeó, con aire divertido y libertino.

—Ha sido excelente —respondí, sentándome a la cabecera de la mesa e intentando concentrarme en los documentos que teníamos delante, aunque una parte de mí seguía en el yate con Chirly—. Chirly y yo lo pasamos de maravilla.

—Ya lo veo. Pareces más relajado que de costumbre. Debió de ser muy intenso... —Me burló con la mirada, dejando claro que imaginaba detalles que no iba a compartir explícitamente.

—Fue más que intenso, fue necesario. Necesitábamos este tiempo juntos para volver a conectar, ¿sabes? —le expliqué, mientras mi mente evocaba recuerdos recientes.

Nikos asintió con su típico aire travieso.

—Eso está bien, Petros. Lo más importante para mí es que seas feliz.

—Lo estoy siendo. —Tomé uno de los documentos y empecé a leerlo, pero mi concentración se interrumpió cuando mi móvil vibró con un mensaje de Chirly. Se me aceleró el corazón, pensando que me estaría enviando una bonita foto suya, o simplemente charlando sobre lo mucho que me echaba de menos. Miré la pantalla, esperando un mensaje cariñoso, pero lo que vi fue todo lo contrario. Chirly había enviado una foto de una caja con un ramo de flores manchadas y una pancarta amenazadora.

Se me heló la sangre...

—¿Petros? ¿Te encuentras bien? —Nikos notó que mi expresión cambiaba radicalmente.

—Necesito ir a mi casa. Le ha pasado algo a Chirly —dije rápidamente, poniéndome en pie mientras la preocupación se apoderaba de mí.

—¿Quieres que te acompañe? —Nikos se levantó también, con el rostro serio. Sabía que no abandonaba los negocios por ninguna razón irrelevante.

—No, ocúpate tú de todo aquí. Tengo que ver qué pasa y asegurarme de que está a salvo —respondí, tomando las llaves del coche y dirigiéndome a la puerta.

—Espera. ¿Qué pasa, Petros?

—Te lo explicaré cuando lo entienda. —Desaparecí por el pasillo, dejándole sin poder entender los detalles.

Cada paso hacia el coche aumentaba mi ansiedad.

Mientras conducía de vuelta a casa, en mi mente se arremolinaban muchas preguntas y pocas respuestas, pero una cosa estaba clara: haría cualquier cosa para proteger a Chirly y a nuestra futura familia.



Chirly

Capítulo 35

Estaba en el sofá, tiritando, cuando Petros entró en casa. Se dio cuenta de mi estado y vino hacia mí sin dudarlo. Con cara de preocupación, registró cada centímetro de mi cuerpo en busca de alguna herida y me envolvió en sus brazos, dándome la sensación de seguridad que tanto necesitaba en aquel momento.

—¿Qué pasó, Chirly? ¿Te encuentras bien? —Su voz estaba llena de preocupación mientras intentaba calmarme.

—No estoy bien, Petros... Alguien envió esto. —Le enseñé la foto que había hecho del ramo manchado y el siniestro mensaje. Su rostro se endureció al ver la imagen y sentí que me abrazaba con fuerza.

—Esta es una amenaza seria. ¿Has llamado a la policía? —preguntó, mientras sus ojos analizaban la foto una y otra vez, como tratando de encontrar en ella alguna pista.

—Sí... Ariadna llamó. —Respiré hondo, recuperando el aliento para continuar—. Ya han venido y se han llevado el ramo para analizarlo. Lo están tratando como una amenaza por el mensaje... —mi voz vaciló cuando el pavor volvió a apoderarse de mí.

Petros me pasó las manos por el pelo, acariciándome en un intento de calmarme.

—Ariadna, hiciste bien en llamar a la policía. Me aseguraré de que esto no sea ignorado. Nadie nos amenazará así. Aumentaremos la seguridad alrededor de la casa...

—Tengo mucho miedo, Petros. ¿Y si esta persona intenta algo? —las palabras apenas podían salir, mi mente imaginando escenarios terribles.

—No dejaré que te pase nada, ni a ti ni a nuestros hijos —prometió, con una determinación que me dio cierta tranquilidad.

Petros me miró. Él también parecía necesitar tiempo para asimilar el horror que me había ocurrido.

—Llamaré a Maximus. Él es un juez penal y puede ayudar a acelerar el proceso con la policía.

—Sería estupendo —murmuré, recordando al hermano mayor de mi marido.

Petros tomó el móvil y se alejó un poco para hacer la llamada. Al verlo hablar por teléfono, vi cómo sus facciones se suavizaban un poco tras la conversación. Cuando volvió hacia mí, parecía más aliviado.

—Dijo que iba a hablar con algunos contactos de la comisaría y a asegurarse de que se diera prioridad a nuestro caso. También nos recomendó un abogado de confianza, por si necesitábamos asesoramiento jurídico —explicó Petros, sentándose de nuevo a mi lado y tomándome la mano.

—Gracias, Petros. Me siento un poco más segura contigo aquí —le agradecí, apretándole la mano para asegurarme de que no se marchaba.

Se quedó conmigo en el sofá, abrazándome hasta que dejé de temblar. Hablamos de las posibles medidas de seguridad que podíamos tomar e insistió en que no me quedara sola en casa por el momento.

Cayó la noche mientras él permanecía allí, haciendo llamadas telefónicas y contratando seguridad. A pesar de que era multimillonario, nunca había necesitado estar vigilado. La sensación de seguridad había sido agradable desde que me había mudado a Grecia, al menos hasta ese momento.

Ahora, el contexto había cambiado radicalmente y la necesidad de protección adicional, aunque no deseada, era necesaria. Yo estaba embarazada, así que ni siquiera me lo cuestioné, porque no quería poner en peligro mi embarazo. Sin embargo, seguía siendo extraño pensar que nuestra tranquilidad se había visto perturbada por una amenaza tan siniestra.

¿Quién lo había hecho?

Mi mente divagaba sin encontrar ningún sospechoso.



Petros

Capítulo 36

Me quedé al lado de Chirly hasta que se durmió, viendo cómo su inquietud daba paso a un sueño agitado. Lo ocurrido la había conmocionado profundamente, y no era para menos. Había que ser un maníaco para enviar ese tipo de amenazas. Nunca en mi vida había visto algo tan perturbador.

Mientras ella dormía, yo me senté en un rincón de la habitación, con la tenue luz de la lámpara dibujando suaves sombras en las paredes. Mi mente no podía desconectar. Las imágenes del ramo manchado de sangre y el siniestro mensaje resonaban en mis pensamientos. ¿Quién tendría la audacia y la crueldad de hacer algo así? ¿Y por qué?

Mi teléfono móvil estaba a mi lado, lleno de mensajes y actualizaciones de la empresa de seguridad que había contratado. Todos los movimientos de la casa estaban vigilados, todos los ángulos cubiertos por cámaras que grababan día y noche. Era un consuelo saber que estábamos protegidos, pero una parte de mí lamentaba la necesidad de tanta vigilancia.

Había pasado toda mi vida en Grecia y siempre lo había considerado un país seguro, según mis experiencias, el pueblo griego siempre había sido muy honesto...

Me levanté y me acerqué a la ventana para contemplar la propiedad envuelta en la oscuridad de la noche. Las luces del sensor de movimiento estaban encendidas, un recordatorio visual de que estábamos en alerta máxima. Podía estar exagerando, pero mi prioridad era asegurarme de que Chirly se sintiera a salvo y segura. Haría cualquier cosa por devolverle la tranquilidad.

Con el móvil en la mano, caminé por el pasillo para no despertarla y llamé a mi hermano, Maximus. Como juez, a él también le preocupaba mucho lo que había pasado, y con él podía sincerarme sin tener que esforzarme por parecer seguro y confiado.

—Maximus, soy Petros. Tenemos que hablar de la situación aquí. —Mi voz salió más tensa de lo que pretendía.

Al otro lado de la línea, pude oír a Maximus suspirar la gravedad de la situación pesando

en su respuesta.

—Petros, esto es muy grave. Ya me he puesto en contacto con algunos colegas de la policía para asegurarme de que el caso se trate con la máxima prioridad. —Su voz era firme, ofreciéndome el apoyo que necesitaba en aquel momento.

—Muchas gracias por eso, Maximus. Es un alivio saber que puedo contar con tu ayuda.

—Para eso están los hermanos, sobre todo en tiempos difíciles.

—Muchas gracias.

—No por eso. Haré lo que pueda por ayudar —me aseguró. Hizo una breve pausa antes de continuar con una pregunta—. ¿Tienes idea de quién puede estar detrás de esto? ¿Una ex novia, o una mujer con la que te involucraste luego de tu divorcio?

—No me involucré con nadie.

—¿Seguro?

—Me arrepentí absolutamente de mi decisión de divorciarme desde el primer día.

—Claro... —dijo pensativo—. ¿Alguien de Chirly?

—Sé que el modelaje es una carrera competitiva, pero ella lleva años alejada del mundo de la moda.

—Intenta estar atento a posibles amenazas.

—Lo haré.

—Petros, quiero que sepas que estoy aquí para lo que necesites. Además, te recomendaría aumentar la seguridad personal de Chirly, sobre todo cuando tú no estés. —Su sugerencia era práctica y reflejaba su experiencia en casos similares.

—Ya he contratado a una empresa de seguridad, han empezado a trabajar hoy. —Se lo dije esperando que fuera suficiente para proteger a nuestra familia.

—Estupendo. Y mantenme informado de cualquier novedad. Presionaré para que las investigaciones avancen. —Maximus parecía tan decidido como yo a resolver esta situación.

—Buenas noches, Maximus.

—Buenas noches para ti también.

Colgué el teléfono sintiéndome agradecido. Saber que Maximus estaba involucrado me tranquilizó un poco, pero no fue suficiente para disolver toda mi tensión.

Volví al dormitorio y miré a Chirly mientras dormía. Por fin parecía haberse relajado, lo que también me ayudó a mí. Su bienestar era crucial para que el embarazo saliera bien. En aquel momento, más que nunca, estaba decidido a hacer todo lo que estuviera en mi mano para protegerla y mantener a salvo a nuestra familia.



Chirly

Capítulo 37

Daba vueltas en la cama, con el corazón acelerado mientras los recuerdos del ramo manchado de sangre invadían mis sueños, convirtiéndolos en pesadillas. Quería convencerme de que todo iba bien, pero estaba claro que no era así. Prefería que fuera una broma de mal gusto, aunque la idea fuera terrible.

Me desperté sobresaltada, con la respiración agitada y la sudadera pegada al cuerpo por el sudor frío. La oscuridad de la habitación era más opresiva que nunca. Cada sombra parecía esconder una amenaza. Me levanté despacio, intentando no despertar a Petros, que dormía a mi lado. Aunque tenerlo cerca era un consuelo, no bastaba para disipar el terror que me consumía.

Me acerqué a la ventana y miré hacia fuera. La propiedad estaba en silencio, iluminada únicamente por las luces de los nuevos sensores y cámaras. Era un cambio drástico e inoportuno para nuestra intimidad. Siempre me había sentido segura y cómoda en aquella casa, no imaginaba que eso fuera a cambiar nunca.

Volví a la cama y me senté, acercando las rodillas al pecho. El silencio de la noche solo se veía interrumpido por los sonidos amortiguados de las patrullas de seguridad que recorrían el perímetro. Era reconfortante saber que estábamos protegidos, pero al mismo tiempo era un doloroso recordatorio de que nuestra intimidad y tranquilidad habían sido invadidas.

—¿Está todo bien, Chirly? —La voz de Petros rompió el silencio, ronca por el sueño.

Me volví hacia él, forzando una sonrisa.

—No podía dormir bien —admití, intentando minimizar mi pánico.

Petros se sentó y me pasó el brazo por los hombros, acercándome.

—¿Quieres hablar de ello, amor? —Me besó la parte superior de la cabeza, haciéndome soltar un suspiro más profundo.

Sus brazos eran cálidos, acogedores y por un momento me dieron toda la seguridad del mundo.

—Es solo el ramo... ese ramo. —Me estremecí como si me hubieran colocado una piedra de hielo en la base de la columna vertebral—. No puedo quitármelo de la cabeza —confesé.

—Lo solucionaremos, Chirly. Prometo encontrar a quien haya hecho esto y asegurarme de que no pueda hacerte daño —dijo, besándome la coronilla.

Nos quedamos así un rato, acurrucados en la oscuridad, mientras yo buscaba consuelo en su calor. Sabía que Petros estaba haciendo todo lo que estaba en su mano para mantenerme a salvo. Aun así, esa sensación incómoda en mi pecho no desaparecía.

Acabé durmiéndome de nuevo en brazos de Petros y me desperté justo cuando salía el sol. Miré de un lado a otro de la habitación sin encontrarlo. Busqué a tientas la cama vacía a mi lado, con la huella de su cuerpo aún en las sábanas. Me levanté con una ligera angustia, sintiendo su ausencia.

Estaba a punto de llamarlo hasta que oí el ruido de la ducha y me dirigí lentamente al cuarto de baño. Al acercarme, vi a Petros de espaldas en la ducha. El agua corría por su espalda, delineando sus tensos músculos. Vacilé un momento junto a la puerta, observándole en silencio, sintiéndome aliviada de verlo allí.

Di unos pasos hacia el cuarto de baño y decidí unirme a él en la ducha. Abrí la puerta de la ducha y entré, sintiendo el contraste entre el vapor caliente y el aire frío que había dejado atrás. El agua caliente empezó a empapar mi camisa, pegando la tela a mi cuerpo, pero eso no importaba.

Le abracé por detrás, rodeándole la cintura con los brazos y apoyando la cabeza en su espalda. Él se sobresaltó con el contacto, pero pronto se relajó, colocando sus manos sobre las mías.

—Buenos días —murmuré contra su piel, sintiendo el calor y la seguridad que me daba su presencia.

—Buenos días, mi amor. ¿Te encuentras bien? —Petros inclinó la cabeza hacia atrás, mirándome.

—Ahora estoy mejor —respondí, dejando que el agua corriera sobre nosotros, lavando mi atribulado corazón. Tener a mi marido de vuelta me hacía sentir aliviada y más feliz. Aunque

nunca quise divorciarme, lo que importaba era que volviéramos a estar juntos.

Se dio la vuelta en la ducha para mirarme, sus manos se deslizaron por mi espalda y me acercaron. El vapor que nos rodeaba parecía crear un mundo propio, y me dieron ganas de congelar el momento y quedarme allí para siempre.

—Te protegeré —prometió con una mirada firme y decidida que me hizo sentir aliviada —. Nadie te hará daño, mi amor.

Asentí con la cabeza y se me dibujó una sonrisa en los labios al estirar la mano para tocarle la cara. Su ligera barba empezaba a marcar su expresión; con toda la confusión no había tenido tiempo de afeitársela, pero eso no hacía sino darle un aspecto más varonil y apuesto.

Petros se inclinó más hacia mí y me besó. Pasé mis manos por sus anchos hombros, envuelta por la fuerza de su cuerpo varonil. El agua seguía cayendo sobre nosotros y el beso se hizo aún más intenso. Me apretó contra la pared de azulejos de la ducha, haciéndome soltar un suspiro contra sus labios.

Nuestro ritmo se aceleró y la cercanía aumentó el calor entre nosotros, no solo por el agua caliente, sino por el fuego de nuestra conexión. En ese momento, a pesar de las amenazas externas, dejé a un lado el miedo y me dejé envolver por la necesidad que sentía por él. Me froté contra su piel desnuda, sintiendo mi camiseta mojada entre nuestros cuerpos cuando él la deslizó hacia arriba y la dejó caer en el suelo de la ducha.

Sus firmes manos giraron mi cuerpo y me apretó contra el cristal de la ducha, colocándose detrás de mí. Entonces Petros me apartó el pelo hacia un lado, dejando al descubierto mi nuca. Sentí el calor de su aliento mientras me mordisqueaba suavemente la espalda, provocándome un escalofrío. Cada sensación intensificaba el escalofrío que se extendía por mi piel.

El sonido del agua golpeando el suelo de la ducha se mezclaba con nuestros suspiros, creando una melodía que me excitaba aún más. La presión de su cuerpo contra el mío y la forma en que sus manos exploraban cada parte de mi piel contribuyeron a que mi mente olvidara mis problemas y se concentrara en aquel momento.

—Te amo, Chirly —me susurró al oído, su voz ronca intensificó mis escalofríos.

Giré la cara para encontrarme con la suya, buscando sus labios para otro beso, ahora urgente y lleno de pasión. Petros me abrazó con fuerza, sus manos trazaron caminos alrededor de mi cintura y bajaron hasta mis muslos, demostrando que quería más de mí, igual que yo lo deseaba a él.

Sus dedos acariciaron suavemente mi cuerpo y me revolví contra su mano, dejando escapar un suspiro más fuerte cuando me tocó con deseo. La sensación era intensa, y la forma en que su mano se acomodaba entre mis muslos aumentaba mi necesidad de él. Petros jugaba conmigo, acariciando mi sexo con las yemas de los dedos, pero sin penetrarme. Mi excitación crecía con cada roce y caricia deliberada que hacía, elevando mi calentura al máximo.

Me mordisqueó el hombro mientras sus manos se movían para encajarlo dentro de mí. Mi gemido resonó aún más fuerte cuando Petros finalmente me penetró, intensificando cómo mi cuerpo ardía por él. La sensación era abrumadora, cada movimiento suyo aumentaba la pasión que nos consumía.

El crujido del cristal de la ducha se sumaba a mis gemidos mientras empujaba dentro y fuera, y me apoyaba en la superficie cada vez más borrosa mientras cedía al deseo irrefrenable de ser devorada por Petros. Esperaba ansiosa la promesa del éxtasis a medida que las frenéticas pulsaciones en las que acabábamos juntos se hacían más intensas, llevándome al borde del abismo. Cada movimiento que hacíamos aumentaba la tensión, construyendo un clímax inminente que prometía ser devastador y delicioso a la vez.

A medida que nos movíamos juntos, la intensidad de nuestra conexión crecía, arrastrándonos cada vez más profundamente. Petros mantenía un ritmo firme e insistente, y cada embestida suya me acercaba más al límite. Su respiración agitada en mi oído me estimulaba aún más.

Sentí que cada parte de mi cuerpo vibraba en respuesta a los estímulos, y mis manos se deslizaron por el cristal empañado, buscando algo a lo que aferrarme a medida que se acercaba la oleada de placer. El agua caliente seguía cayendo sobre nosotros, mezclándose con el sudor intensificado por el ritmo del sexo.

—Petros... —Mi voz sonó apagada.

Él respondió con un beso en el cuello, sus dientes rozaron ligeramente mi piel,

provocándome escalofríos. El ritmo de nuestros cuerpos se sincronizó a la perfección y supe que estábamos a punto de llegar juntos al orgasmo.

Me agarró los pechos y me estremecí. El mundo que nos rodeaba desapareció, quedando solo nosotros dos y el inmenso torbellino de sensaciones que nos envolvía. Cuando llegó el clímax, fue con una fuerza abrumadora, un tsunami de placer que me consumió por completo, dejándome sin aliento y completamente en manos de Petros.

Mientras nos recuperábamos del orgasmo, me besó en los hombros antes de alejarse para terminar su ducha. Petros salió del baño y se secó en la alfombra. Me quedé un rato bajo el agua caliente, mirándole mientras se secaba, con la admiración y el cariño desbordando en mis ojos.

Tardé un rato en armarme de valor para romper el cómodo silencio que se había instalado entre nosotros.

—¿Vas a trabajar? —pregunté vacilante.

—Tengo que irme. —Respiró hondo y se volvió hacia mí. Su expresión era seria y su mirada tensa.

Noté la desgana en su voz y el leve fruncimiento de su frente, señales de que él también prefería quedarse. Petros se acercó de nuevo, me besó suavemente en la frente y susurró:

—Pero volveré pronto a por ti. Cuídate mientras estoy fuera, mi amor.

—Siempre cuido de mí misma. —Esbocé una leve sonrisa, tratando de ocultar la punzada de tristeza por no tenerlo siempre a mi lado.

Estaba acostumbrada a quedarme en casa sin él, pero nunca me había ocurrido nada tan terrible como para sacudirme así.

Sin dejar de mirarle, sonreí y él me devolvió la sonrisa, esa sonrisa que siempre me desarmaba, y luego se vistió rápidamente.

—Chirly, lo que sea, llámame, ¿de acuerdo? —dijo, ajustándose la corbata y mirándome al espejo.

Afirmé con la cabeza.

—¡Claro que sí!

Asintió, me dio un último beso y salió de la habitación. El sonido de sus pasos alejándose resonó débilmente y cerré los ojos, dejando que el agua lavara las últimas reservas de mi corazón.

Todo irá bien, me prometí.

Allí, sola en la ducha, solo dejé que me envolvieran recuerdos felices.



Petros

Capítulo 38

Me daba miedo dejar a Chirly sola en casa, pero había hecho todo lo necesario para garantizar su seguridad y debía intentar quitarme ese peso de encima. Aunque no había ocurrido nada preocupante desde el incidente, la imagen del ramo ensangrentado seguía atormentándome. Quería creer que no había sido más que una broma de mal gusto, pero mi corazón oprimido me decía que debía estar alerta. Además, Chirly estaba embarazada y, por fin, cuando todo iba bien, no podía dejar que algo así volviera a hundirnos.

Cuando llegué a la oficina, mi secretaria me entregó un montón de informes y mensajes que requerían mi atención. Se suponía que la rutina del trabajo me ayudaría a centrarme en otras cosas, pero mis pensamientos volvían una y otra vez a Chirly.

Sentado en mi escritorio, intenté sumergirme en mi trabajo, pero una parte de mí permanecía alerta, casi esperando una llamada de Chirly. Cada vez que sonaba el teléfono, me daba un vuelco el corazón.

—Señor Petros, su reunión con el equipo de planificación está lista en la sala de conferencias —mi secretaria apareció de nuevo en la puerta, devolviéndome a la realidad.

—Perfecto, ahí voy —contesté, levantándome y dirigiéndome a la reunión. Durante la discusión sobre los nuevos proyectos, mi móvil, que había dejado sobre la mesa, vibró.

Fue un mensaje que me arrancó una sonrisa.

Chirly:

Todo tranquilo por aquí. Te amo. Nos vemos luego ♥.

Petros:

Estoy contando los minutos para verte.

Contesté rápidamente antes de volver a centrarme en la reunión, intentando concentrarme en los debates técnicos y la planificación estratégica de la empresa.

El día pasó rápido, a pesar de la preocupación que me corroía por dentro. Estaba impaciente por llegar a casa y ver a mi mujer.



Chirly

Capítulo 39

A pesar de todos mis temores, fue un día tranquilo. Dividí mi tiempo entre el jardín, donde la paz de las plantas y el canto de los pájaros ofrecían un agradable refugio. Luego saqué mi portátil y navegué por páginas web de decoración de habitaciones de bebé, pensando en cuál sería el entorno perfecto para mis bebés. Acariciándome la barriga, que empezaba a tomar forma, no podía dejar de pensar en lo feliz que me hacía. Llevaba mucho tiempo soñando con ser mamá y por fin iba a tener la oportunidad. Cada imagen de una cuna, ropa o artículos de decoración llenaba mi pecho de felicidad y ánimo.

Ya había aceptado que nunca iba a suceder, pero al mismo tiempo nunca podría superarlo.

Ah, mis bebés...

Me moría de ganas de tenerlos en brazos y mirar sus caritas.

A media tarde, hablé con Daphne por videollamada. Preferí no contarle el incidente del ramo, imaginando que si dejaba de pensar en ello, desaparecería la ansiedad que me había provocado la amenaza.

—¿Ya has decidido los nombres? —preguntó mi amiga, con su cara de emoción llenando la pantalla de mi móvil.

—Todavía estamos pensando. Petros quiere nombres tradicionales, pero yo estoy pensando en algo más moderno. —Sonreí, agradecida por la normalidad de la conversación.

—Oh, ¡es una buena pelea! —se rió—. Pero elijas lo que elijas, estoy segura de que serán perfectos. ¿Y cómo te encuentras? El embarazo ya parece una locura, ¡y más con gemelos!

—Es un poco locura, sí, pero hasta ahora todo ha ido sobre ruedas. Solo un poco más cansada de lo habitual —comenté, alisándome instintivamente la barriga, aún discreta.

—Disfruta y descansa mucho ahora, porque luego... —Daphne hizo una pausa dramática y nos reímos juntas.

Después de despedirme de Daphne, pasé un rato sentada en el balcón, bebiendo té y contemplando la puesta de sol. A lo lejos podía ver el océano y, aunque me encantaba mi país natal, Austria, me había enamorado de Grecia. El jardín era tranquilo, los colores del atardecer pintaban el cielo de naranja y rosa, una belleza que siempre me tranquilizaba. Me permití un momento de paz, empapándome de la serenidad del entorno...

En cuanto las primeras estrellas empezaron a salpicar el cielo, sonó mi móvil. Era Petros, diciendo que estaba de camino a casa. Sentí una oleada de alivio y felicidad al oír su voz.

—Me muero de ganas de que llegues —suspiré, ansiando tu presencia.

—Estaré allí pronto, amor...

En cuanto terminó la llamada, entré en casa, ansiosa porque llegara Petros.



Petros

Capítulo 40

Desde que me había dado cuenta de que había cometido un error al divorciarme de Chirly, había estado pensando en cómo hacer que las cosas volvieran a ser como antes. Sin embargo, al final llegué a la conclusión de que no había nada malo en empezar de nuevo. Crear recuerdos felices era bueno para los dos.

El divorcio fue una decisión precipitada, reflejo de retos y frustraciones que en realidad deberíamos haber afrontado juntos y no separados. Sin embargo, al reencontrarnos, la idea de volver a casarnos me pareció no solo romántica, sino necesaria. Era una forma de renovar nuestros votos, de reafirmar mi compromiso de estar al lado de la mujer que amaba.

Había pensado en comprar un anillo nuevo y volver a pedirle matrimonio. Pensé en un lugar especial para proponérselo. Sin embargo, con la reciente amenaza, dudaba si llevarme a Chirly lejos de casa. Su seguridad era mi prioridad y no podía arriesgarla.

Durante el viaje de vuelta, no dejé de pensar en una alternativa.

Tal vez podría crear un ambiente especial en nuestra casa, pensé. Una velada íntima, con una cena a la luz de las velas en nuestro jardín, era sencillo, nada glamuroso, pero con esfuerzo, podría hacerlo lo suficientemente romántico como para volver a oír su "sí". Reflexioné sobre cómo organizarlo todo sin que Chirly sospechara nada.

Cuando llegué a casa, encontré a Chirly en el balcón, y una sonrisa iluminó su rostro en cuanto me vio. Esa imagen reforzó mi decisión.

Dejé las llaves en un mueble de la entrada y caminé hacia ella.

Chirly correspondió a mi sonrisa y se levantó del sofá, agarrándome de los brazos antes de que yo los extendiera para rodearla.

—Amor, ¿cómo te ha ido durante el día? —me preguntó mientras la abrazaba.

—Estuvo bien, pero mejor ahora que estoy contigo. —La besé suavemente—. Voy a darme una ducha para que podamos cenar juntos.

—De acuerdo.

La dejé en el salón y subí a nuestro dormitorio, mientras pensaba en cómo hacer la propuesta. Acabé encontrándome con Ariadna en el pasillo, saliendo de una pequeña habitación donde se guardaban la ropa de cama y las toallas de la casa. Probablemente se había cambiado allí, ya que estaba lista para marcharse.

—¡Ariadna! —Grité.

—¡Señor Petros! —Se sobresaltó cuando mi voz la tomó por sorpresa.

—Lo siento.

—Está bien. —Sonrió mientras empezaba a respirar de nuevo con más tranquilidad.

—Sé que te vas, pero ¿puedes ayudarme antes? —le pregunté, esperando que pudiera echarme una mano.

—¿Ayudar con qué? —Ariadna frunció el ceño, sin entender lo que intentaba decir.

—Preparando una sorpresa para Chirly.

—¿Qué tenía pensado señor? —Ella sonrió, más interesada.

—Quiero organizar una cena a la luz de las velas en el jardín. Algo sencillo pero especial. He pensado en decorarlo con algunas luces y flores y poner música ambiental. Me gustaría que todo estuviera listo para cuando salga del baño.

—Es maravilloso, señor Petros. —Sonrió ampliamente, emocionada—. Claro que puedo ayudar. A Chirly le encantará.

—¡Estupendo! Te dejaré la decoración a ti. Necesito tu ayuda para que todo quede perfecto. Creo que tenemos todo lo que necesitamos aquí en casa, pero si necesitas comprar algo, pide que te lo traigan. Yo pagaré lo que haga falta —le ordené, confiando en su buen gusto.

—Está bien, señor. Yo me encargo de todo. ¿Cuándo piensa preparar la cena? —preguntó, tomando su bloc de notas para apuntar los detalles.

—Esta noche. Quiero que sea una sorpresa cuando baje a cenar. Creo que una hora y media será suficiente para todo, ¿no crees?

—Perfecto. Voy a empezar ahora mismo.

—Muchas gracias.

—En absoluto, señor. Estoy muy feliz de que estén juntos de nuevo.

Le di las gracias y continué mi camino hacia el dormitorio, excitado. Con la ayuda de Ariadna, podría hacer una velada inolvidable para mi mujer.



Chirly

Capítulo 41

La brisa del atardecer me acarició la cara mientras me acercaba a la puerta que daba al jardín. Tras salir del baño, Petros me había pedido que me vistiera para una cena especial, pero yo no esperaba nada más que una velada tranquila, los dos solos.

Cuando abrí la puerta, me encontré con una escena que parecía salida de un sueño y me dejó atónita. El jardín había sido decorado para una sorpresa que no había previsto. Delicadas luces colgaban de los árboles, creando un manto de estrellas sobre nosotros, mientras que las velas iluminaban un camino de pétalos de rosa que conducía a uno de ellos. El ambiente estaba impregnado de una dulce melodía, mi canción favorita sonaba suavemente, envolviendo el espacio con un aura mágica que me puso la piel de gallina.

Mi corazón late más rápido, en una mezcla de sorpresa y emoción.

—Petros, ¡es precioso! —exclamé, tapándome la boca con las manos. Él sonrió y me tomó de la mano, conduciéndome a la alfombra, donde nos sentamos en cómodos cojines.

—¿Te ha gustado? —Me miró nervioso. Tuve la impresión de que había creado una gran expectación en aquel momento.

—Me encantó. —Mi sonrisa se ensanchó aún más.

Mientras cenábamos bajo el cielo nocturno, le conté mi día y volvimos al tema de los nombres de los bebés. Como aún no sabíamos los sexos, era difícil decidirse, pero me moría de ganas de saberlo y poder llamarlos por sus nombres.

Después de comer el postre, con él metiéndome en la boca un poco de la nata montada de la tarta de queso y robándome unos besos románticos que me daban aún más ganas de sonreír, Petros sacó algo del bolsillo y se arrodilló, tomándome la mano entre las suyas, con los ojos fijos en los míos.

—Chirly, nuestro divorcio me ha demostrado que no puedo alejarme de ti. He descubierto que soy la persona más tonta del mundo ante la idea de dejarte. Hoy te quiero más

que nunca, y sé que siempre te querré —comenzó, con la voz temblorosa por la emoción. Luego abrió la caja y mostró un anillo aún más bonito que el que me había dado la primera vez—. Chirly, ¿quieres casarte conmigo otra vez?

Asentí, incapaz de contener las palabras.

—Sí, Petros. Sí, acepto. —Se me llenaron los ojos de lágrimas, mezcla de felicidad y alivio.

Me puso el anillo en el dedo y nos abrazamos tan fuerte que, por un momento, el mundo exterior pareció desaparecer. Luego se apartó, acariciándome la cara con ambas manos y mirándome a los ojos llorosos, lo que me hizo sentir aún más la emoción del momento. Sus ojos brillaban de amor, reflejando la luz de las velas que bailaban a nuestro alrededor.

Entonces me besó. Un roce de labios que empezó tranquilo y dulce, como si fuera una promesa, pero a medida que continuábamos, el beso se intensificaba, como si no pudiéramos acercarnos lo suficiente el uno al otro. Lo que empezó como una renovación de nuestras promesas se convirtió en una ardiente afirmación de nuestros deseos.

La música de fondo parecía acompañar nuestros latidos, cada nota sonaba al compás de nuestros suspiros. Sus manos, que antes me acariciaban la cara, empezaron a deslizarse por mi cuerpo, siguiendo mis curvas con una familiaridad que me producía escalofríos y aceleraba mi respiración. La forma en que me tocaba despertaba una mezcla de comodidad y deseo, reavivando sensaciones que ardían por él.

La excitación crecía en mi interior como una ola de calor que se extendía por cada parte de mi ser. Podía sentir la intensa pulsación entre mis muslos, reflejo del deseo que Petros hacía crecer con cada caricia.

Entonces tiró de mí para acercarme más, reduciendo cualquier espacio que pudiera haber existido entre nosotros. Su mirada, intensa y apasionada, no dejaba lugar a dudas sobre sus intenciones, pero no me avergonzaban, al contrario, yo deseaba lo mismo. La certeza de que éramos el uno para el otro se vio reforzada por aquella noche mágica y no había nada mejor para celebrar el momento que hacer el amor.

Su mano se deslizó dentro de mi vestido y un escalofrío aún más intenso recorrió mi

cuerpo, elevando mi deseo a nuevas cotas. Mientras me exploraba suavemente, dejé escapar un suave gemido contra sus labios, un sonido ahogado que expresaba todo mi anhelo.

Su respuesta fue una profundización del beso, sus manos se movían ahora con más audacia, mientras la música seguía envolviéndonos con su ritmo. La noche se desarrollaba a nuestro alrededor, olvidada y distante, mientras nos perdíamos por completo el uno en el otro, entregados a la pasión que nos consumía.

Me subió suavemente el vestido, deslizándolo por mis brazos y dejándolo caer sobre la hierba del jardín. Con una mirada que mezclaba deseo y amor, me llevó de vuelta, haciéndome tumbar de nuevo sobre la mullida alfombra.

Nuestras lenguas siguieron entrelazándose en un beso cada vez más sabroso. La intensidad de aquel momento crecía en oleadas con cada beso o roce. La sensación que tenía era que podía ser incluso más feliz que en nuestra primera boda.

Me desabrochó el broche del sujetador a la espalda y tiró de él, arrojándolo sobre el vestido que ya yacía en la hierba. Con movimientos que oscilaban entre el afecto y el deseo, se inclinó para besarme el pezón, provocando un escalofrío aún más intenso que recorrió cada célula de mi cuerpo. Gemidos ahogados se escaparon por mis labios entreabiertos mientras apoyaba ambas manos en el suelo, estirando las piernas delante de mí, sintiendo cada sensación aún más intensamente.

Petros se colocó a mi lado, sus ojos azules ardían con la llama de las velas, transmitiendo su pasión y su deseo. Todos sus gestos eran cuidadosos y reverentes, como si estuviera redescubriendo cada parte de mí. Aunque sabía que su cautela se debía probablemente a mi embarazo, no hacía que el momento fuera menos intenso y delicioso. La brisa del atardecer complementaba la calidez del momento, haciendo que la sensación de piel de gallina se mezclara con el calor emergente de nuestro amor. La naturaleza que nos rodeaba parecía vibrar con la misma intensidad que nuestros corazones, creando un escenario perfecto para una de las mejores noches de mi vida.

Su mano se deslizó por mi vientre, desencadenando una estela de intensas sensaciones que me hicieron gemir aún más. Suavemente, avanzó, deslizando su mano bajo el encaje de mis bragas, ya húmedas por el ardor de nuestro momento. El contacto más íntimo hizo que mi cuerpo

respondiera con un temblor de deseo y anticipación.

—¡Qué delicia! —murmuró, su voz amortiguada contra la piel de mi pecho, su cálido aliento amplificando las sensaciones que recorrían mi cuerpo.

El aire de la noche, mezclado con el calor de nuestros cuerpos y la provocación de sus palabras, crearon una atmósfera de pura conexión. Petros siguió explorándome, con cada gesto revelando nuevas capas de excitación, mientras yo me perdía cada vez más en la profundidad del placer que solo nosotros dos podíamos crear juntos. Su dedo entró en mí y me mordí el labio inferior, dejando escapar un grito ahogado, rodando hacia atrás contra la alfombra.

Petros volvió a besarme, mientras su mano se movía hábilmente dentro de mis bragas, volviéndome loca. La intensidad de cada caricia era como una ola que se abalanzaba sobre mí, dejándome a la deriva en un mar de sensaciones. A medida que nos besábamos, sentía cómo crecían la urgencia y el deseo, impulsados por la intimidad del momento y la certeza de nuestro amor.

Cada movimiento de Petros era deliberado, diseñado para intensificar mi placer. El mundo exterior había desaparecido por completo, y solo quedábamos nosotros dos, el sonido de una suave música de fondo y la armoniosa interacción de nuestras respiraciones y susurros.

Ahhhhhh.

Su lengua me acarició aún más, haciendo el beso más dulce e intenso, mientras me revolvía contra su dedo, que danzaba hábilmente sobre mi clítoris. Cada uno de sus movimientos era una orquestación perfecta, sincronizada con el ritmo de nuestros corazones.

La sinergia entre besos y caricias creó un ciclón de sensaciones que se amplificaba a cada segundo. Mientras su lengua exploraba dulcemente mi boca, su dedo seguía danzando rítmicamente, dibujando círculos precisos que me hacían arquear el cuerpo en respuesta. El aire fresco de la noche contrastaba con el calor que emanaba de nosotros, acentuando cada roce, cada susurro, cada gemido.

Las estrellas parecían brillar con más intensidad y el perfume de las flores nocturnas del jardín se mezclaba con el aroma de la hierba húmeda, creando un ambiente casi etéreo. Petros se dio cuenta de mi creciente excitación e intensificó sus movimientos, presionando con más

firmeza, a un ritmo que sabía que me resultaba irresistible.

Perdida en sensaciones, le agarré del pelo, tirando de él más cerca, queriendo reducir cualquier distancia que aún pudiera existir entre nosotros. Él respondió con un gemido ahogado contra mis labios, un sonido que reverberó en mi pecho y avivó aún más mi deseo.

En este torbellino de emociones, me sentí completamente vulnerable y poderosa al mismo tiempo. Nada parecía más importante que estar con Petros, entregada a los sentimientos que compartíamos.

Mis gemidos llenaron el jardín mientras me estremecía en la agonía del orgasmo. Petros dejó de besarme para verme llegar al clímax. Una sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios al darse cuenta de que él era el responsable.

Me miró con una mezcla de admiración y afecto. Su mano seguía descansando suavemente sobre mí, los movimientos eran más suaves, prolongando las oleadas de placer que aún recorrían mi cuerpo.

En cuanto me recuperé, me tocó deslizar los dedos por los músculos de su abdomen, bajando sin prisa hasta la cremallera de sus pantalones. Con un suave gesto, la bajé, aprovechando la tensión de su espera con un toque provocativo. Petros sonrió expectante, aguardando con impaciencia lo que le tenía preparado.

Moviéndome con serena confianza, tracé el contorno de su cuerpo con las yemas de los dedos, sintiendo cómo su piel se estremecía bajo mi contacto. El aire nocturno nos envolvía en un manto de intimidad, y la brisa fresca intensificaba nuestras sensaciones.

Con ambas manos, le liberé de sus calzoncillos, dejando que se deslizaran por sus piernas y se unieran a las demás prendas ya olvidadas en la hierba. Con la libertad de explorarlo aún más, mis dedos danzaron sobre su miembro, provocando reacciones que no hicieron sino aumentar nuestro deseo mutuo.

Petros, rendido a mis caricias, cerró los ojos un momento, permitiéndose sentir plenamente cada sensación. Mi mano trazaba su contorno y su volumen, explorando cada detalle con creciente malicia. Cuando volvió a abrir los ojos, brillaban por el hambre que yo le provocaba. Petros tiró de mí más cerca, besándome con aún más ferocidad mientras yo seguía

explorándole con la mano.

Nuestro beso se intensificó cuando las manos de Petros encontraron mi cintura y me acercaron aún más a él. La hierba fresca y suave que teníamos debajo parecía una alfombra hecha para ese momento, mientras seguíamos explorándonos mutuamente.

La noche avanzaba, envolviéndonos en su velo oscuro y estrellado, cuando interrumpí el beso y deslicé mi boca lentamente por su cuello. Tracé un camino húmedo y mojado hasta su virilidad, sintiendo cómo la tensión y la expectación crecían con cada roce. Vi palpitar su miembro y palpitó aún más cuando lo rodeé con los dedos, preparándolo suavemente antes de acercar mi boca y acogerlo en mi lengua.

Petros gimió, un sonido profundo y ronco, tirándome del pelo en un gesto de creciente lujuria mientras yo empezaba a chupárselo. Moviéndome con una mezcla de cuidado y atrevimiento, exploré cada centímetro con dedicación, sintiéndole responder con estremecimientos y suspiros que se mezclaban con el aire nocturno.

Cada movimiento mío era respondido por un apretón de mi pelo, una guía silenciosa de su placer. La intensidad de nuestro encuentro creció, fortaleciendo nuestra conexión de una forma que las palabras no podrían describir. Salivé mientras lo chupaba con más fuerza, sintiendo una necesidad irrefrenable de más. Era muy sabroso, y cada respuesta suya intensificaba mi deseo de continuar.

El ambiente que nos rodeaba estaba cargado de una energía palpable, una mezcla de deseo y pasión que parecía emanar de nosotros y extenderse por el aire nocturno. Su sabor en mi boca, cómo reaccionaba su cuerpo a cada caricia, todo contribuía a un momento de pura entrega y éxtasis. Con cada movimiento, me dejaba llevar aún más por la sensación de tenerlo así, completamente a merced del placer que yo pudiera ofrecerle.

—Chirly, voy a... —Petros apenas alcanzó a decir antes de derramarse en mi boca. Tragué cada gota, sintiendo una profunda e intensa conexión mientras aceptaba por completo su momento de rendición.

Levanté la cara para mirarle, jadeante, y me invadió la satisfacción cuando vi su expresión de éxtasis total. Nos miramos unos instantes más mientras nos recuperábamos, compartiendo un silencio que decía basta.

Petros me acercó más y sus manos calentaron mi piel al apretarme de nuevo. Respondí al beso con la misma intensidad, rindiéndome una vez más al ritmo y la pasión que nos envolvían.

Me puso a cuatro patas sobre la alfombra y, aunque ya no podía verle la cara, sentí cómo sus manos se deslizaban por mi espalda hasta agarrarme firmemente por la cintura. Mi gemido resonó en el jardín cuando me penetró, convirtiéndonos por fin en uno solo.

La sensación era intensa y abrumadora. Las manos de Petros me rodeaban la cintura, guiando nuestros movimientos con una sincronización perfecta. El ritmo aumentaba gradualmente, cada embestida más profunda que la anterior, llevando la sensación a niveles de placer casi insoportables.

El sonido de nuestra pesada respiración se mezclaba con el susurro de las hojas y el lejano canto de los grillos. Apoyé las manos firmemente en la alfombra, sintiendo cada fibra mientras Petros seguía moviéndose con creciente urgencia.

Mi cuerpo reaccionó a sus penetraciones con oleadas de calor y placer, y mis gemidos se hicieron más frecuentes y fuertes, resonando en el silencioso jardín. Petros, en respuesta a mis sonidos, intensificó sus movimientos. Mi cuerpo se envolvió alrededor de su miembro, palpitando y pidiendo más, en un desesperado anhelo de éxtasis. Sus movimientos intensificaron esta necesidad, acercándome al clímax. La conexión entre nosotros era palpable, casi eléctrica, mientras nos movíamos juntos en busca de ese instante de liberación total.

Petros respondió a cada uno de mis gemidos, ajustando el ritmo y la profundidad de sus movimientos para maximizar nuestro placer mutuo. Su determinación por llevarme al clímax era evidente en cada gesto, cada caricia y cada susurro que se escapaba entre jadeos.

Mientras me guiaba por este tumulto de sensaciones, me sentía cada vez más sumergida en un océano de placer que se profundizaba sin cesar. La creciente presión en mi interior acumulaba un éxtasis inminente, que prometía estallar en intensas oleadas en cualquier momento.

Finalmente, con un último y profundo movimiento, con Petros introduciendo cada centímetro de sí mismo en mí, la ola se rompió, liberando un torrente de sensaciones que me hicieron gritar su nombre alto y claro...

Poco a poco, Petros fue bajando el ritmo, dejándonos a cada uno saborear las reverberaciones de su placer. Respirábamos con dificultad, aún inmersos en la cercanía y el calor. Él permaneció en esa posición, incrustado en mí, como negándose a apartarse, y yo saboreé cada momento de este prolongado éxtasis.

El silencio de la noche solo lo rompía el sonido de nuestras respiraciones y el susurro ocasional del viento entre las hojas. Al sentir el calor de su cuerpo contra el mío, había un confort indescriptible en esta cercanía, una sensación de estar completos. Nos quedamos así, entrelazados, mientras la noche nos envolvía con su calma.

—Te amo, Chirly —rompió por fin el silencio, apartándose de mí para tumbarse a mi lado. Luego me besó suavemente, sellando todas sus promesas.



Petros

Capítulo 42

A medida que pasaban los días, no ocurrió ningún incidente y empezaba a creer que tal vez la amenaza que le habían hecho a Chirly había sido probablemente un error, lo que me hizo sentir más aliviado. Éramos tan felices como siempre y no quería que eso cambiara.

Ese día, nos levantamos temprano y nos preparamos para la ecografía. La ansiedad por saber el sexo de los bebés era enorme, no solo para Chirly. Reconozco que nunca tuve aversión a la idea de ser padre, solo había aceptado que no iba a suceder, en un intento de hacernos sufrir menos a los dos.

Pero en ese momento, con la inminencia de convertirme realmente en padre, toda la perspectiva era diferente, trayendo expectativas y sueños que ni siquiera sabía que tenía.

Tras bajarnos del coche, entramos en el hospital, de la mano, compartiendo miradas y sonrisas nerviosas.

Nos recibió el equipo médico, que nos llevó a la sala de ecografías. Chirly se tumbó en la camilla y yo la tomé de la mano para tranquilizarla, aunque sospechaba que yo estaba más nervioso que ella. Ser padre significaba verlo todo sin poder hacer gran cosa, y reconozco que me angustiaba un poco.

El médico le aplicó el gel frío en el estómago y comenzó el examen. Las imágenes en blanco y negro de la pantalla me parecían manchas abstractas, pero para el médico tenían otro significado. Señaló las pequeñas formas que representaban a nuestros hijos, explicándonos lo que estábamos viendo con paciencia para que pudiéramos entenderlo.

—Aquí tenemos un niño —dijo moviendo el aparato—. Y aquí, una niña.

Un niño y una niña. Gemelos fraternos...

Miré a Chirly, cuyos ojos ya rebosaban lágrimas de felicidad. Yo también sentí que me invadía una profunda emoción, una mezcla de alegría y un poco de miedo, pero, sobre todo, un inmenso amor por aquellos pequeños seres a los que aún no había conocido.

—Vamos a tener una parejita —susurró Chirly, apretándome la mano.

—Sí, así es —respondí, tratando de mantener la voz firme.

Salimos de la sala de ecografías con las primeras imágenes de nuestros bebés. Aquella ecografía lo había hecho todo más tangible para mí. Aunque creía en ella, tener hijos aún me parecía algo muy lejano, pero todo se había hecho realidad después de acompañarla a esa ecografía. Mientras caminábamos de vuelta al coche, supe que el miedo o la incertidumbre que sentía se estaban transformando en determinación para ser el mejor padre posible.

—Andreas y Agatha —dijo Chirly. Esos eran los nombres que habíamos puesto en nuestra lista de favoritos.

Al oír a Chirly pronunciar estos nombres en voz alta, sentí una conexión aún más fuerte con nuestros bebés en su vientre. Era como si, al ponerles nombre, ya estuvieran empezando a tomar forma en nuestra realidad, no solo como partes de una imagen en la pantalla de la ecografía, sino como futuros miembros de nuestra familia.

—Son nombres preciosos —comenté, mirándola con una sonrisa.

—Sí, lo son... —Vibró, colocando las manos sobre su vientre, cada vez más grande—. Estoy muy contenta. Por fin voy a ser mamá.

—Yo también. —Acaricié su mejilla y la acerqué en un beso.

Mientras conducíamos juntos de vuelta a casa, charlamos sobre los preparativos, cómo íbamos a decorar la habitación de los bebés y todas las pequeñas y grandes decisiones que tendríamos que tomar en los próximos meses, incluido nuestro nuevo matrimonio.

No solo necesitábamos esta renovación de votos, sino que creía que nos la merecíamos. Estaba sonriéndole distraídamente cuando vi que otro coche venía hacia nosotros. Apenas tuve tiempo de girar el volante y lanzar mi coche todo lo lejos que pude al arcén antes de que el otro coche nos adelantara, arrancándome el espejo retrovisor y destrozándome la puerta.

El susto fue inmenso. Por un momento, el silencio se apoderó del coche, solo interrumpido por nuestra respiración agitada y nuestros corazones acelerados. Miré rápidamente a Chirly, buscando algún signo de lesión.

—¿Te encuentras bien? —pregunté, con la voz temblorosa por la adrenalina.

—Sí, yo... creo que sí. ¿Y tú? —respondió ella, visiblemente conmocionada pero aparentemente ilesa.

Una vez confirmado que estábamos físicamente ilesos, salí del coche para evaluar los daños. La puerta del conductor estaba visiblemente abollada y el espejo retrovisor pendía de un hilo, prueba de lo cerca que habíamos estado de un desastre mayor.

—Ha estado muy cerca —comenté, aún intentando controlar el temblor de mis manos.

Miré a mi alrededor, intentando encontrar alguna señal del otro vehículo, pero ya había desaparecido por la carretera, dejándonos solos con el eco del susto y la realidad de lo rápido que había sucedido todo. Intenté recomponerme, dándome cuenta de que teníamos que salir de allí y asegurarnos de que Chirly estaba a salvo y tranquila.

—Vámonos a casa. Podemos llamar a alguien para que revise el coche más tarde —sugerí, queriendo poner distancia entre nosotros y el lugar del incidente.

No estábamos lejos de mi empresa, así que llamé a mi hermano para pedirle a Nikos que viniera a recogernos lo antes posible. No entendía muy bien qué podía haber pasado, pero respondió a mi llamada.

—¿Está todo bien? ¿Estás a salvo? —preguntó Nikos con preocupación nada más contestar.

—Sí, estamos bien, pero el coche ha sufrido daños. Necesitamos que nos lleves a casa —le expliqué, con el corazón aún acelerado.

—Voy para allá —dijo sin vacilar, y pude oír de fondo el sonido de unas llaves y movimiento, señal de que disponía a conducir rápidamente.

Colgué el teléfono y dirigí mi atención a Chirly, que aún parecía conmocionada. Me senté a su lado en el arcén y le tomé la mano, intentando transmitirle algo de consuelo.

—Nikos viene a recogernos. Todo va a salir bien —dije, intentando creerme mis propias palabras.

Ella asintió, esforzándose por sonreír a pesar del susto. Esperamos en silencio,

observando los coches que pasaban, cada uno por su lado, ajenos al pequeño drama que habíamos vivido en aquella carretera.

El tiempo parecía alargarse hasta que por fin vimos acercarse el coche de Nikos. Mi hermano aparcó detrás de mi maltrecho coche y vino hacia nosotros con una profunda mirada de asombro.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó, mirando los daños del coche con expresión de asombro.

Expliqué brevemente la situación, describiendo cómo el otro vehículo venía hacia nosotros y cómo apenas conseguí dar un volantazo para evitar un choque frontal.

—Todo sucedió muy deprisa, Nikos. Solo tuve tiempo de tirar el coche a la calzada —dije, sintiendo aún la adrenalina recorriéndome por dentro.

Nikos escuchó, moviendo la cabeza en señal de desaprobación al enterarse de la imprudencia del otro conductor.

—Lo importante es que estés bien. —Me puso una mano en el hombro en un gesto tranquilizador—. Vamos a llevarte a casa ahora. Luego nos ocuparemos del coche.

Le di las gracias por venir en mi ayuda tan rápidamente y todos subimos al coche de Nikos. Mientras nos alejábamos del lugar del accidente, intenté tranquilizarme pensando que no había sido más que un accidente, pero una sensación inquietante me acompañaba.

La sensación de que algo más siniestro podía estar detrás de aquella casi colisión no me dejaba relajarme. Miré a Chirly, buscando algo de consuelo en su presencia, y me di cuenta de que ella también parecía pensativa, tal vez compartiendo las mismas preocupaciones.



Chirly

Capítulo 43

—Gracias, Nikos —le agradecí a mi cuñado cuando nos dejó en casa.

—No hay de qué. —Correspondió a mi sonrisa—. Si están bien, voy a volver a la empresa. Cualquier cosa, llámenme.

Él y su hermano intercambiaron un abrazo antes de que Nikos volviera al coche y desapareciera de nuestra vista.

En cuanto cerramos la puerta, Petros me rodeó con sus brazos en un gesto de consuelo que me hizo suspirar con una punzada de alivio, pero no duró mucho, ya que mi estómago seguía revuelto y no creía que fuera por las náuseas del embarazo.

—Tengo que estar más atento —murmuró, como si fuera un error suyo, cosa que no creí que fuera cierto—. Eso estuvo muy cerca, Chirly.

Acepté, apoyando la cabeza en su pecho, dejándome llevar por la seguridad que me ofrecían sus brazos. Tras unos minutos en silencio, simplemente compartiendo el calor del otro, nos fuimos al salón para relajarnos e intentar volver a la normalidad.

—Voy a prepararnos un té —sugerí, buscando algo que me tranquilizara. Normalmente se lo pediría a Ariadna, pero era su día libre.

Mientras preparaba el té, los pensamientos sobre el incidente se arremolinaban en mi mente. El susto en la carretera había hecho aflorar preocupaciones que llevaba tiempo intentando ignorar.

Al volver al salón con una bandeja de té, encontré a Petros mirando por la ventana, con expresión pensativa.

—¿Está todo bien? —pregunté, colocando la bandeja en el centro de la mesa y sirviendo dos tazas.

—Solo pienso en lo que ha pasado hoy... y en nuestros bebés en camino —respondió,

volviéndose hacia mí con una seriedad que hizo que mi corazón volviera a acelerarse. Por mucho que quisiera ignorarlo todo, distaba mucho de ser tan sencillo.

—Yo también me lo estoy pensando —le confesé, tendiéndole una taza de té.

Petros asintió con la cabeza, dando un sorbo a su té antes de responder.

—Aunque no quiero pensar que fue deliberado, no quiero arriesgarme a descuidar lo que pasó y que luego sea demasiado tarde. Tengo que proteger a los tres —dijo, con una mirada distante que me hizo tragar saliva.

Petros tenía razón, no queríamos pensar lo peor, pero ignorar los hechos aumentaba nuestros riesgos. Yo tampoco podía perder a esos bebés.

—Entonces, tomemos medidas más estrictas. Quizá deberíamos quedarnos en casa hasta que nazcan los bebés, y yo también podría empezar a trabajar desde casa —sugirió, pensando en formas de minimizar nuestra exposición a riesgos externos.

—Creo que es una buena alternativa —le dije a Petros—. Y quizá deberíamos hablar con la policía, para que quede constancia. No sabemos si ha sido un accidente o algo más, y será mejor que se lo hagamos saber.

—Tenemos que considerar todas las posibilidades —dijo Petros con seriedad—. No solo los accidentes de tráfico, sino cualquier otra amenaza potencial. Está claro que alguien ha intentado intimidarnos con ese ramo.

Asentí, aceptando que era inevitable que surgiera el tema. Había pasado muchas noches en vela después de recibir aquel macabro regalo y aún me estremecía al pensar en las imágenes que volvían a mi mente.

Petros me tomó de la mano y me estrechó entre sus brazos, su presencia era un consuelo contra el miedo que se había instalado en mi corazón.

—Todo va a salir bien, Chirly —susurró, intentando tranquilizarnos a los dos—. Estamos juntos en esto.

—Lo sé —respondí, luchando por creer sus palabras.

Ambos pusimos las manos sobre mi vientre y sonreí cuando sentí una ligera patada de

uno de los bebés. Su seguridad era nuestra máxima prioridad, y haría todo lo que estuviera en mi mano para protegerlos.



Petros

Capítulo 44

Por mucho que quisiera volver a casarme pronto con Chirly, llegamos a la decisión de que era mejor esperar a que nacieran nuestros hijos antes de celebrar un gran acontecimiento en el que pudiéramos ser vulnerables. Aunque el embarazo iba bien, seguía habiendo riesgos que nos preocupaban. Además, me había encariñado mucho con los bebés y solo esperaba que nacieran bien y sanos.

Mientras tanto, me dediqué a la seguridad de nuestra casa. La amenaza del incidente con el coche y el ramo ensangrentado seguía rondando sobre nuestras cabezas, lo que me hizo extremar las precauciones. Había instalado un nuevo sistema de seguridad, con cámaras en todas las partes de la casa, y estaba en contacto frecuente con la policía local, que prometió vigilar más de cerca nuestra zona.

Además, me esforcé por estar más presente en casa, reduciendo mis horas en la oficina para poder vigilar más de cerca a Chirly durante el final de su embarazo. Los preparativos para la llegada de los gemelos también nos mantuvieron ocupados. Preparamos cuidadosamente las habitaciones de los bebés, una para cada uno, eligiendo los detalles para que todo estuviera perfecto para darles la bienvenida.

¡Voy a ser papá!

Antes del divorcio, esto me parecía una idea tan lejana que la evitaba en cuanto aparecía en mi imaginación cualquier alusión a ella, apartaba las imágenes de mi mente lo más rápidamente posible. No quería sufrir por ello, así que prefería evitar cualquier cosa sobre el tema, pero lo cierto era que, por mucho que Chirly y yo no habláramos de ello, ambos deseábamos realmente completar nuestra familia.

A diferencia de mi hermano Nikos, siempre he sido hombre de una sola mujer. Desde que Chirly entró en mi vida, supe que era la elegida, pero tuve que cometer el terrible error de dejarla para darme cuenta de que no había sitio para otra mujer en mi vida.

Lo importante es que ahora estamos juntos...

Aquella tranquila tarde de fin de semana, mientras Chirly descansaba en el sofá del salón, me uní a ella con dos tazas de té. El cómodo silencio solo se veía interrumpido por el suave tictac del reloj y el murmullo ocasional del televisor de fondo.

—¿Cómo te encuentras hoy? —Le pasé una de las tazas y puse mi mano caliente sobre su muslo, expuesto por el vestido que se subía con la creciente forma de su vientre.

—Estoy bien, un poco cansada, pero bien. —Sonrió, aceptando el té.

—Me alegra oírlo. —Le devolví la sonrisa mientras le acariciaba el muslo—. Pero me muero de ganas de poder compartir este peso contigo. —Subí la mano hasta su estómago.

—Dímelo a mí. —se rió—. No creo que pueda mantenerme en pie dentro de unos días.

—Puedo llevarte.

—No parece que tengas toda esa fuerza —se burló de mí, sonriendo libertinamente.

—¿Quiere que te lo enseñe? —Me incliné hacia delante y dejé la taza sobre la mesita para extender los brazos hacia ella.

—¡No!

—Espera, lo intentaré...

—¡Petros!

—¡Déjame intentarlo!

—Te vas a lastimar la espalda, ya verás.

—¿Crees que soy tan sedentario?

—Ya no eres un niño...

Confieso que tuve que hacer un poco más de fuerza, pero la acomodé en mis brazos.

—¡Ves!

—¡Mi héroe! —Hizo una mueca burlona y yo me reí a carcajadas.

Ambos nos miramos fijamente, entonces el ambiente de risas y relajación cambió a algo

más intenso y apasionado, recordándome lo mucho que amaba a aquella mujer. Me incliné hacia ella y nuestros labios se encontraron.

El beso fue suave y lleno de amor, un reflejo perfecto del profundo vínculo que compartíamos. Chirly me rodeó el cuello con los brazos, tirando de mí más cerca mientras yo la estrechaba con cuidado entre mis brazos. Nuestros corazones latían juntos, y cada caricia era como una declaración de amor.

Al cabo de unos instantes, la volví a tumbar en el sofá, sin dejar de besarla, y bajé mi boca hasta su cuello, recorriendo todo el camino hasta la hendidura entre sus pechos. Su cuerpo se estremeció al sentir un escalofrío.

—Petros... —gimió, aferrándose al sofá y clavando las uñas en la tapicería.

—Hmm... —murmuré, besando la curva de sus pechos justo fuera del escote de su vestido.

—Estamos en el salón. —Intentó ocultar la cara, avergonzada.

—¿Y qué?

—Alguien...

—El personal no está de servicio —la tranquilicé, mientras mis besos se volvían más insistentes, explorando cada centímetro de su piel expuesta. El calor entre nosotros crecía, cada roce y cada susurro amplificaban mi necesidad de ella.

Chirly no tardó en dejarse llevar por las sensaciones, relajándose mientras yo seguía explorándola con besos y caricias cada vez más provocativos. La luz del atardecer que entraba por las cortinas creaba un juego de sombras e iluminación que daba a la habitación un aire aún más seductor.

—Te amo, Chirly —murmuré contra su piel, oliendo el dulce aroma que siempre me embriagaba.

—Yo también te amo, Petros. Muchísimo —respondió, acercándome más a mí.

Sus manos recorrieron mi pelo, mientras un suspiro escapaba de sus labios.

El intercambio de palabras ya no era necesario ante nuestros besos y caricias... Nuestros besos se hicieron más profundos y pude sentir cómo el corazón de Chirly se aceleraba al ritmo del mío. Nuestras preocupaciones por el mundo exterior se disolvieron, dejando solo espacio para nuestra conexión.

Mis manos empezaron a deslizarse por sus muslos, subiendo y llevándose con ellas la tela de su vestido, e interrumpimos el beso solo para que yo deslizara la prenda por sus brazos y la depositara en el respaldo del sofá.

El aire de la habitación se volvió más cálido, ¿o era solo que mi excitación aumentaba por momentos? A pesar de todos los cambios provocados por su embarazo, Chirly seguía siendo la mujer más hermosa del mundo. Le sujeté la cara y Chirly me miró con las pupilas dilatadas, oscureciendo el azul intenso de sus ojos. Su expresión era una mezcla de deseo y profunda entrega que me hizo desear detener el tiempo y vivir aquel momento para siempre.

—Lo eres todo para mí —susurré, con la voz ronca, mientras mis dedos trazaban líneas invisibles a lo largo de su abdomen, subiendo hasta llegar de nuevo a los contornos de su rostro.

Ella respondió a esta caricia con un leve arqueo de su cuerpo, animando a mis manos a continuar. Nuestros labios volvieron a encontrarse en un beso aún más intenso y hambriento. La forma en que respondía a cada una de mis caricias me decía que me deseaba tanto como yo a ella.

Lentamente, le di la vuelta para apoyarla en el borde del sofá, asegurándome de que estuviera cómoda mientras seguía besándole el cuello, recorriendo la línea de su espalda y haciéndola estremecer. Chirly dejaba escapar pequeños gemidos que eran música para mis oídos, cada sonido aumentaba mi necesidad de estar aún más cerca.

Seguí explorando la línea de su espalda, trazando con los dedos recorridos que la hacían estremecerse y retorcerse bajo mis caricias. Cada respuesta suya avivaba aún más mi deseo, pero me contuve para ir despacio y con calma. Aunque los médicos habían dicho que podíamos mantener una vida sexual activa, debíamos tener cuidado y no hacer nada extravagante, después de todo, su vientre era cada vez más grande y su tensión arterial también había cambiado. Mis besos bajaron hasta la curva de su cintura, haciendo una pausa para admirar cómo respondía, arqueando aún más su cuerpo, buscando continuar nuestro contacto. Podía sentir la excitación

que emanaba de ella, una necesidad que también ardía en mi interior, instándome a explorarla más a fondo.

Volví a subir, apartándole el pelo y le besé la nuca, como si pudiéramos comunicarnos solo con el tacto, sin necesidad de palabras. Ella se inclinó, empujando aún más sus caderas y mis manos fueron a sus nalgas, acariciándolas hasta que mis dedos se hundieron e hicieron que Chirly soltara un gemido aún más fuerte.

—¿Te encuentras bien? —pregunté en voz baja, haciendo una pausa para asegurarme de que seguía cómoda y de que no sobrepasábamos ningún límite.

—Estoy perfecta —respondió con una sonrisa pícara, indicando que quería continuar. Su confirmación me dio la seguridad que necesitaba para continuar.

Volví a besarla en la nuca y Chirly se acomodó mejor en el sofá, acomodándose para estar aún más cerca de mí. Con las manos aún en sus nalgas, la aparté, notando los labios húmedos de su sexo y salivé con aún mayor excitación antes de frotar mi glande contra ella en un juego provocativo antes de penetrarla.

Cuando por fin me introduje en su cuerpo caliente y húmedo, ella se apoyó aún más en el brazo del sofá. Antes de empezar a moverme, me aseguré de que la postura no le hiciera daño en el vientre ni pusiera en peligro a nuestros bebés. Empecé con una penetración lenta pero deliciosa, disfrutando cada momento de mi presencia dentro de ella, pero Chirly pronto empezó a frotar su culo contra mí, suplicando más.

—Más... por favor —murmuró, con la voz ronca por el deseo.

Accediendo a su petición, aumenté la intensidad de mis movimientos. La habitación se llenó del sonido de nuestros gemidos, eco de la profunda conexión que compartíamos.

—¿Está todo bien? —pregunté mientras aceleraba, pero manteniendo mi preocupación por su bienestar.

—Sí, es maravilloso —respondió con un gemido, una amplia sonrisa y los ojos cerrados de pura satisfacción.

Continuamos, perdidos el uno en el otro, cada movimiento y roce un refuerzo de la

necesidad que teníamos el uno del otro. En aquel momento, nada era más importante que nosotros dos y la promesa de una vida juntos.

Poco a poco, nos fuimos guiando hacia el orgasmo. Su cuerpo se crispaba, su canal presionaba cada vez más contra mí, indicando que estaba cerca del clímax y que yo tampoco tardaría en llegar. Me incliné hacia delante, mordisqueándole la oreja mientras mi mano se deslizaba entre sus muslos, buscando su clítoris. Ella frotó aún más su culo contra mí, apretando mi verga de una forma increíblemente deliciosa hasta que mi cuerpo estalló dentro de ella. Sus fuertes gemidos y su respiración entrecortada me indicaron que ella también se había corrido.

Cuando por fin nos permitimos relajarnos, el cansancio y la satisfacción nos envolvieron como una suave manta. Nos tumbamos juntos en el sofá, nuestros cuerpos entrelazados, nuestra respiración empezando a calmarse.

Le besé el hombro mientras ella se acurrucaba contra mí, tumbada boca abajo al otro lado. No nos dirigimos la palabra durante unos minutos, pero no fue necesario.



Chirly

Capítulo 45

Un mes después...

Me desperté con un dolor agudo en la base de la espalda que me hizo gritar con fuerza, despertando a Petros en un santiamén. De un salto, se sentó a mi lado en la cama, con los ojos aún intentando adaptarse a la oscuridad mientras buscaba mi rostro.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras bien? —Su voz estaba cargada de sueño y preocupación.

—No sé, es un dolor en la espalda... muy fuerte —logré decir entre gemidos de dolor, tratando de acomodarme para encontrar una posición menos incómoda.

Petros encendió la lámpara junto a la cama y me escaneó de pies a cabeza. Luego buscó a tientas su teléfono móvil en la mesilla de noche.

—Llamaré a la doctora Helena, quizá sean contracciones —dijo mientras marcaba. Mi marido intentó mantener la calma para tranquilizarme.

Mientras esperábamos a que llegara el médico, Petros me ayudó a respirar, me tomó de la mano y me indicó que mantuviera la calma. Contar con su apoyo fue fundamental para mí, pero el intenso dolor dificultaba cualquier intento de relajarme.

Pronto llegó la doctora Helena y, tras escuchar nuestros síntomas, nos aconsejó ir al hospital .

—Vamos, mi amor. —Petros me ayudó a salir de la cama y a ponerme un vestido.

—No olvides las bolsas de los niños —le pedí mientras bajábamos las escaleras hacia el garaje.

—Ya está todo en el coche.

Bajamos las escaleras con cuidado, cada paso calculado para evitar movimientos bruscos que pudieran intensificar mi dolor. Petros estaba a mi lado y su brazo permanecía firmemente alrededor de mi cintura, ofreciéndome el apoyo que necesitaba.

Llegamos al garaje y me ayudó a subir al coche, ajustando el asiento para que pudiera estar más cómoda durante el viaje. Aunque estaba concentrado en conducir, mantenía una mano sobre la mía, y sus frecuentes miradas se aseguraban de que yo estaba sobrellevando el viaje.

—No pasa nada, Chirly —le aseguré. No estaba segura de si era por mí o por él—. Solo un poco más y estaremos allí, mi amor.

Aunque fue un momento bastante desesperado, tenerlo a mi lado me hizo estar un poco más tranquila y agradecida por su presencia. Estaba segura de que habría sido mucho más duro afrontar cada momento del embarazo sin él.

En cuanto llegamos al hospital, nos recibió el equipo médico, que me puso en una silla de ruedas y nos llevó a la planta de maternidad.

Mientras me preparaban para el parto, Petros permaneció a mi lado, tomándome la mano y susurrándome palabras de amor y paz. Con cada contracción, él estaba ahí, siendo mi punto de apoyo y consuelo, demostrando una vez más que, fuera cual fuera el reto, lo afrontaríamos juntos.

Me llevaron a una habitación y me tuvieron allí hasta que llegó el médico. Podrían haber sido solo unos minutos, pero me parecieron una eternidad, ya que el dolor era cada vez más fuerte. La ansiedad y la expectación se mezclaban con el creciente malestar, y cada minuto parecía prolongarse durante horas.

Petros permaneció a mi lado todo el tiempo, tomándome de la mano e intentando distraerme hablando de cómo serían las caras de nuestros bebés, aunque ambos sabíamos que era difícil mantener la concentración en otra cosa que no fueran las contracciones que iban y venían.

Finalmente, la doctora Helena entró en la habitación, trayendo un poco de alivio .

—¿Qué tal estamos? —preguntó con una sonrisa, acercándose para hacerme un rápido examen.

—Me duele mucho —confesé, intentando mantener la voz firme, pero ya estaba apretando los dientes.

—Es normal, pero lo estás haciendo muy bien —me tranquilizó mientras comprueba los

datos del monitor—. Vamos a comprobar lo dilatada que estás y a prepararlo todo para el parto. No debería tardar mucho.

Asentí brevemente mientras apretaba los dientes y apretaba aún más la mano de Petros ante otra contracción.

Petros, al sentir la presión de mi mano, me dedicó una sonrisa cariñosa. Me acarició suavemente el pelo y me besó la frente, susurrando frases que me tranquilizaban.

—Eres fuerte, amor. Pronto veremos a nuestros bebés.

La doctora volvió con el equipo necesario para comprobar la dilatación. Tras una rápida comprobación, sonrió.

—Todo va bien, Chirly. Ya casi está —anunció—. Llamaré al equipo y empezaremos. Prepárate para pronto hacer fuerza.

La ilusión por conocer por fin a nuestros bebés se mezclaba con la tensión del momento. Entraron las enfermeras, ordenando la habitación y asegurándose de que todo estaba listo para el parto.

Las horas siguientes fueron de resistencia y coraje. Nunca había sentido tanto dolor en mi vida, pero la idea de que pronto tendría a mis bebés en brazos hizo que todo mereciera la pena. Petros no se separó de mí y me dio todo el apoyo que pudo.



Petros

Capítulo 46

El llanto del primer bebé llenó la habitación y luego oí el segundo. La sensación que llenó mi pecho fue inexplicable; no había palabras que pudieran describir el torrente de emociones de aquel momento. Se me llenaron los ojos de lágrimas al ver cómo el equipo médico atendía a nuestros hijos, completamente anonadado.

Eran reales...

Ver a Chirly agotada, pero con una sonrisa radiante y lágrimas de felicidad cayendo por su cara, fue uno de los momentos más emotivos de mi vida. La tomé de la mano y la apreté suavemente, queriendo transmitirle toda mi gratitud y cariño por tenerla a mi lado.

Desde el primer día de nuestra boda, supe que ella había soñado con ese momento, pero nunca pensé que realmente ocurriría. Después de todos los altibajos de nuestras vidas, estaba siendo recompensado.

—¡Lo lograste, amor! Son perfectos...

Chirly asintió, aún jadeante, pero aliviada y feliz. Observamos juntos cómo las enfermeras envolvían a nuestros bebés en mantas y nos los acercaban. Cuando puse a cada uno de ellos en brazos de Chirly por primera vez, sentí como si el universo entero conspirara por fin a nuestro favor y nos hubiera dado una familia.

La enfermera nos dejó un momento a solas y yo me quedé de pie junto a la cama, observando a Chirly y cómo le brillaban los ojos cuando miraba a los recién nacidos.

—Lo siento —dije con pesar—. Nunca debí fallarte y abandonarte.

—Lo importante es que ahora estás aquí.

—Siempre lo estaré —le prometí, besándola suavemente.

Estábamos todos juntos, y eso era lo único que importaba.

Nada en el mundo podría darme la paz y la alegría que sentí en ese momento.



Chirly

Capítulo 47

Aproximadamente una hora después de dar a luz, me sentía la persona más renovada del mundo. No había rastro del dolor latente que me había hecho delirar, ni siquiera de la fatiga que me había consumido momentos después de que mis bebés vinieran al mundo. Aunque había sido mamá desde que descubrí que estaba embarazada, seguía teniendo un miedo terrible a perderlos. Los embarazos fallidos me habían perseguido hasta ese momento, pero por fin tenía a mis dos pequeños en brazos: un niño y una niña.

Por fin mi sueño se había hecho realidad.

Con Petros a mi lado, me sentía la mujer más feliz del mundo. La forma en que miraba a nuestros hijos con tanto amor era una razón más para que aquel fuera el día más feliz de mi vida.

Cuando me recuperé y me hicieron las primeras pruebas a los dos bebés, nos llevaron a la habitación. Allí me di cuenta de que era madre de dos bebés preciosos. Petros y yo no podíamos dejar de mirarlos, aunque solo dormían en sus cunas junto a mi cama.

—Parecen angelitos —murmuré, incapaz de apartar la vista de ellos, ni siquiera por un segundo.

—Nuestros pequeños milagros —respondió, con una sonrisa que brillaba más que el propio sol.

Apenas conseguí recuperarme un poco antes de que empezara a aparecer la familia. Incluso mis padres, a los que hacía tiempo que no veía, tomaron un avión a Grecia cuando se enteraron de que habían nacido sus nietos. Pronto la maternidad se llenó de las personas que más queríamos en nuestras vidas, los hermanos de Petros, sus padres y Daphne.

—Ay, parecen pasas de uvas —comentó mi mejor amiga.

—¡Daphne! —grité y todos se rieron.

—Los recién nacidos son así —explicó mi madre.

—Son unas uvas preciosas. —Mi mejor amiga se encogió de hombros, pero luego volvió a sonreír.

La miré, contenta de tenerla allí, después de todo me había acompañado de cerca en las primeras etapas de mi embarazo y cuando me sentía fatal por el divorcio.

A medida que avanzaba el día, nuestras visitas finalmente se marcharon y, después de que una enfermera viniera a ayudarme con Petros y conmigo, nos quedamos solos con nuestros bebés de nuevo.

—¿Por qué no descansas un poco? —Me acarició la mejilla en cuanto abrí la boca en un bostezo que no pude controlar.

—No sé si debería dormir ahora... —dudé. Quería tanto a mis bebés que no quería separarme de ellos ni un solo instante.

—El parto fue muy agotador, necesitas descansar.

Aunque no quería admitirlo, Petros tenía razón, intentaba mantenerme erguida, pero me sentía muy agotada.

—Estaré aquí con ellos, no te preocupes, me ocuparé de todo para que puedas descansar.

Acepté de mala gana. Con un suave beso en la coronilla, Petros me ayudó a tumbarme en la cama junto a la cuna de los bebés. Mientras me acomodaba, vi cómo Petros colocaba las mantas alrededor de los gemelos, asegurándose de que estuvieran cómodos y seguros.

Cerré los ojos despacio, el sonido de la respiración tranquila de los bebés y la presencia constante de Petros a su lado me tranquilizaban. Sabía que con él allí, nuestros hijos estarían a salvo. Me dejé llevar por el cansancio y me relajé. Pronto llegó el sueño y me sumí en un profundo sueño.

Pensé que aún podría estar dormida, pero oí unos pasos e imaginé que sería Petros, que debía de estar comprobando que los bebés y yo estábamos bien, pero lo único que pude ver al abrir los ojos fue la imagen informe de un rostro masculino antes de que una almohada me presionara la cara.

Empecé a forcejear mientras el aire se me escapaba de los pulmones. La lucha fue

instintiva, el pánico se apoderó de mí mientras intentaba gritar llamando a Petros. Moví los brazos frenéticamente para apartar la almohada, pero las manos que la sujetaban eran fuertes.

No podía morir así, no cuando mi vida por fin era perfecta.



Petros

Capítulo 48

Chirly y los bebés estaban dormidos cuando salí de la habitación por unos instantes, dirigiéndome a una pequeña recepción de la planta donde nos alojábamos, para agarrar algo de comer de la máquina de snacks.

El pasillo estaba en silencio, solo se oía el suave zumbido de las luces. Me apresuré a avanzar, ansioso por no dejar sola a Chirly demasiado tiempo, aunque sabía que la enfermería tenía seguridad y que estábamos en un entorno controlado.

Agarré un paquete de galletas y un poco de agua y me di la vuelta. Mientras caminaba de vuelta a mi habitación, me invadió una extraña sensación que no pude identificar en ese momento.

Cuando llegué a la puerta del dormitorio, me di cuenta de que estaba entreabierta. Fruncí el ceño, seguro de haberla cerrado. Se me aceleró el corazón al empujar la puerta, temiendo lo que pudiera encontrarme.

Mis sospechas se hicieron realidad cuando me topé con un hombre que vestía uniforme de enfermero, pero estaba encima de Chirly, asfixiándola, y Chirly luchaba por liberarse. Por puro instinto, me abalancé sobre el tipo, tirando de él por el hombro y haciendo que se soltara de ella.

—¿Qué haces? —grité, empujándolo tan fuerte como pude contra la pared. El hombre pareció sorprendido por mi rápida reacción y no tuvo tiempo de reaccionar mientras yo seguía avanzando.

No pregunté quién era ni qué hacía allí, me limité a recordar todo lo que nos había ocurrido en los últimos meses, desde el macabro ramo de flores hasta el coche que había intentado atropellarnos. Cuando mi puño golpeó la cara del tipo, tuve la impresión de que era el mismo hombre que había visto sentado en el asiento del conductor.

Un puñetazo, luego otro, descargué mi furia y mi miedo acumulados, hasta que los gritos de Chirly y los llantos de los bebés alertaron a los guardias de seguridad del hospital y a más

enfermeras, que entraron en la habitación y me apartaron de él. Respirando como si hubiera corrido una maratón, vi cómo nos sujetaban a los dos.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta uno de los guardias de seguridad.

—Intentó matarme —gritó Chirly, aún visiblemente conmocionada y señalando al hombre.

Los guardias de seguridad miraron al hombre, que no se molestó en dar explicaciones. La tensión pesaba en el ambiente de la sala mientras el personal del hospital actuaba para garantizar la seguridad de todos.

No sabía quién era, pero por la forma en que Chirly lo miraba, tenía la sensación de que ella lo conocía.

—¿Lo conoces? —pregunté a Chirly, mientras los guardias de seguridad sacaban al hombre de la habitación bajo la atenta mirada de otros miembros del personal del hospital.

Chirly me miró, con los ojos aún llenos de miedo, y asintió lentamente.

—Sí, es Stefan...

—¿Quién es Stefan?

—Un viejo conocido de mi vida de modelo... —Seguía con los ojos muy abiertos por el asombro y le costaba mucho seguir hablando.

—¿Conocido? —repetí, tratando de asimilar la información.

—Cuando... —Respiró hondo antes de continuar—. Cuando nos divorciamos, acabé reencontrándome con él en una fiesta.

—¿Tuvieron algo?

—No —se apresuró a negar—. Solo quería que dejara de dolerme el corazón después de separarnos, pero Stefan volvió unas cuantas veces. Puedo decir que él intentó...

De repente, la imagen de aquel tipo saliendo de casa pasó por mi mente, junto con los celos que me invadieron cuando pensé que podría tener algo con Chirly. En ese momento, una rabia ciega me consumió sin pensar en las consecuencias. ¿Quién más podría haber hecho todo

esto contra nosotros?

El peligro que habíamos corrido en los últimos meses era culpa de ese tipo, porque no había podido soportar el rechazo de Chirly y prefirió intentar matarla. Tenía que ser muy maniático para actuar así.

Salí furioso de la habitación, siguiendo el pasillo hasta encontrar al tipo, que estaba rodeado por la seguridad del hospital.

—¿Estás enfermo? —rugí, intentando avanzar hacia él. Pero antes de que pudiera empezar a darle otro puñetazo y sacarle aún más sangre de la nariz, uno de los guardias de seguridad me detuvo.

—Señor, por favor, contrólese. La policía está en camino y será debidamente procesado —dijo el guardia de seguridad, sujetándome firmemente por los hombros.

Respiré hondo, intentando calmar la rabia que me consumía. Mi mirada seguía fija en Stefan, que me devolvía la mirada, como si quisiera darme aún más ganas de partirle la cara.

—¿Cómo has podido? —mi grito resonó en el pasillo—. ¡Intentaste matar a la madre de mis hijos!

Stefan me dirigió una mirada aún más sombría, como si no tuviera miedo de provocarme o de lo que pudiera hacer.

—Pensé que si yo no podía tenerla, nadie más podría —murmuró con seguridad.

Esta confesión no hizo más que aumentar mi ira, pero los guardias de seguridad me mantuvieron a una distancia prudencial de él. Sabía que cualquier acto de violencia solo empeoraría las cosas, así que me obligué a permanecer quieto, a pesar de mi agitación interior.

—Pagarás por esto —amenacé, seguro de que haría cualquier cosa para cumplir esa promesa.

Poco después llega la policía y se lleva a Stefan esposado. Me lanzó una mirada provocativa antes de que lo sacaran del hospital.

—Todo va a salir bien, señor —me aseguró el guardia de seguridad.

Me metí las manos en los bolsillos del pantalón y asentí brevemente.

Volví a la habitación donde Chirly estaba con los bebés, sintiendo una mezcla de alivio y preocupación. Me miró con lágrimas en los ojos, aún conmocionada por lo ocurrido.

—Ya está bien, no nos hará más daño —le aseguré, envolviéndola en mis brazos y permitiéndole hundir la cabeza en mi pecho y llorar, dejando salir toda la desesperación que la había consumido ante la amenaza.

—Nunca imaginé que fuera capaz de algo así —sollozó aún más profundamente.

—Ahora todo está bien. —Le acaricié la cabeza y me incliné para darle un beso—. La policía ya se lo ha llevado.

—¿Policía? —Chirly se estremeció.

—Por lo que a mí respecta, estará en la cárcel el resto de su vida.

Chirly se calmó un poco, encontrando algo de consuelo en mis palabras.

Prometí que no me iría de su lado, pero mi mujer no pudo volver a dormir. No podría culparla por eso.



Chirly

Capítulo 49

Al día siguiente nos dieron el alta para irnos a casa y yo seguía angustiada por el recuerdo de Stefan intentando matarme. Sin embargo, cuando llegamos a casa, nos recibió una fiesta sorpresa organizada por nuestros familiares. Había una tarta mitad rosa, mitad azul y una enorme pancarta de bienvenida a los gemelos. La casa estaba decorada con globos y flores, y la alegría de todos empezó a disipar rápidamente el peso de mis preocupaciones.

—¡Bienvenidos a casa! —exclamaron todos al unísono cuando entramos.

Petros sonrió ante la calurosa bienvenida. Llevaba en brazos a uno de los bebés y yo al otro. Nuestros amigos y familiares se acercaron, ansiosos por saludar a los nuevos miembros de la familia.

—¡Miren qué hermosuras! —exclamó mi suegra, acercándose para ver a los gemelos. Besó a cada uno suavemente en la frente y luego me abrazó con fuerza—. Nos alegramos mucho por ustedes.

—¿Y cómo estás tú, cariño? —preguntó Daphne, mi amiga, poniéndome la mano en el hombro y dedicándome una suave sonrisa.

—Estoy bien ahora que estamos en casa —respondí, sonriéndole a ella y luego a los que nos rodeaban.

Pasaron horas entre conversaciones y risas. Los gemelos pasaron de regazo en regazo, recibiendo multitud de besos y mimos. Entre bocados de tarta y sorbos de té, sentí una oleada de gratitud y alivio.

Aunque la sombra del incidente con Stefan seguía planeando en algún lugar de mi mente, estar en casa, a salvo y rodeada del cariño de tantos seres queridos, hacía que todo pareciera más lejano.



Petros

Capítulo 50

Mientras Chirly estaba rodeada por los miembros de nuestra familia, le hice un gesto con la cabeza a mi hermano Maximus y Nikos nos siguió hasta un rincón alejado de la habitación, donde podríamos hablar sin alarmar a los demás. Mi mujer parecía feliz y no quería que las sombras de la noche anterior volvieran a atormentarla.

—Me enteré de lo que pasó —dijo Maximus mientras me miraba.

—Es una locura. El tipo intentó matarla —exclamó Nikos, aún en estado de shock.

—No es la primera vez —refunfuñé—. Nos hemos enfrentado a una serie de amenazas desde el divorcio. Primero fue aquel ramo ensangrentado, luego el accidente de coche. Ahora esto...

—¿Crees que todas estas cosas están relacionadas? —preguntó Nikos.

—Todo apunta a Stefan —conjeturé, aún pensativo—. Parece haber desarrollado una obsesión con Chirly. Después del divorcio, ella se reencontró con él en una fiesta.

Maximus se pasó una mano por el pelo, claramente molesto por la información, luego sacó su teléfono móvil del bolsillo y marcó un número.

—Voy a llamar a un amigo que es fiscal. Voy a asegurarme de que Stefan está realmente detenido y de que será procesado por intento de asesinato —dijo, apartándose un poco para hablar por teléfono.

Unos instantes después, regresó con una expresión más tranquila.

—Lo he confirmado. Está detenido y será acusado formalmente. Mi amigo nos mantendrá informados de cada paso del proceso —dijo Maximus—. Probablemente no voy a juzgar el caso, porque ustedes son mi familia, pero no conozco a ningún juez en Atenas que pueda absolver a este hombre.

—Gracias, hermano. Eso me hace sentir un poco mejor —le agradecí, respirando un poco

mejor.

—Si necesitas algo, sabes que puedes contar con Nikos y conmigo, ¿verdad? Estamos aquí para lo que necesites —se ofreció Maximus, y Nikos asintió brevemente.

—Gracias, hermanos. Es bueno saber que puedo contar con ustedes. Ahora, tratemos de mantener esto lejos de Chirly hoy. Se merece disfrutar de este día con su familia y nuestros amigos sin más preocupaciones —pedí, con la esperanza de mantener el ambiente distendido al menos durante unas horas más.

Ambos asintieron con la cabeza.

—¿Qué está pasando aquí? —emergió Amelia, rodeando con sus brazos los hombros de Maximus y Petros mientras estiraba la cabeza hacia mí—. ¿Una reunión del Club de Bolos? Odio tener tres hermanos mayores que siempre me excluyen de todo. —Hizo una mueca que nos arrancó una sonrisa a los tres.

—No te estamos excluyendo, Amelia —le aseguré—. Es solo una conversación entre hermanos mayores, nada que realmente quieras saber.

—Mmm... —Amelia enarcó una ceja, poco convencida, pero antes de que pudiera insistir, Nikos cambió de tema y tiró de ella del brazo para que se uniera a los demás.

—Vamos, hay mucha gente que quiere verte y los bebés están despiertos. No quieres perdértelo, ¿verdad?

—De acuerdo, pero entonces quiero saberlo todo, sin secretos —advirtió Amelia, señalándonos con mirada firme, pero con una sonrisa juguetona en los labios.

—Trato hecho —respondí, esbozando una leve sonrisa mientras veía a Amelia alejarse con Nikos.

Volviendo mi atención a Maximus, le agradecí una vez más su ayuda.

—Max, gracias. Me tranquiliza saber que Stefan rendirá cuentas.

—Para eso están los hermanos, ¿no? —Maximus me palmeó el hombro—. Y además, proteger a nuestra familia es una prioridad. Estaré pendiente del caso de Stefan y te mantendré informado.

—Estoy muy agradecido. —Respiré hondo, sintiendo que el peso de la situación empezaba a aliviarse un poco.

Nos unimos al resto de la familia y amigos, y la tarde continuó entre risas y animadas conversaciones. Chirly, que estaba un poco alejada de las conversaciones más serias, sonreía mientras sostenía en brazos a uno de los gemelos cuando charlaba con unos amigos que habían venido a conocerlos. Era evidente cómo la presencia de los bebés y el apoyo de todos los que nos rodeaban nos ayudaban a olvidar el miedo y la difícil situación por la que estábamos pasando.

Ver a Chirly y a los bebés tan felices reforzó mi determinación de mantener a nuestra familia a salvo de cualquier peligro. Y con la ayuda de mis hermanos, sentí que podíamos enfrentarnos a cualquier cosa.



Chirly

Capítulo 51

Meses después...

Acomodé suavemente a Agatha en su cuna después de que se durmiera mientras le daba el pecho. Luego besé la parte superior de la frente de Andreas, que llevaba más tiempo dormido. Ya me había imaginado que ser madre me haría completa, pero mirarlos y poder tocarlos hacía que esa sensación fuera aún más intensa. Desde que nacieron, cada día agradecía tenerlos y que crecieran sanos.

Con el juicio y la detención de Stefan por intentar matarme, mi familia estaba a salvo, pero las cámaras y otras protecciones permanecían. Quería asegurarme de que nada ni nadie hiciera daño a mis hijos y Petros estuvo de acuerdo.

Petros...

Suspiré cuando sentí que mi marido me rodeaba la cintura con los brazos y me daba un beso en el cuello que me hizo estremecerme.

—¿Qué tal estás? —me preguntó, susurrándome al oído con una voz que siempre conseguía encenderme.

—Mejor ahora. —Sonreí, dándome la vuelta para mirarle.

—Crecen muy deprisa, ¿verdad? —dijo Petros mirando a los gemelos, que dormían plácidamente.

—Sí, parece que fue ayer cuando volvimos a casa del hospital con ellos. Y mira ahora, ya casi caminan —murmuré, con una mezcla de alegría y melancolía en la voz por lo rápido que pasaba el tiempo.

Petros sonrió y tiró de mí más cerca, envolviéndome en sus brazos en un fuerte abrazo.

—Chirly, cada día a tu lado y con ellos es un regalo. Incluso con todo lo que ha pasado, no cambiaría nada, porque me has hecho darme cuenta de que mi vida está contigo —me

confesó, dándome un beso en la frente.

Sonreí, estrechando aún más mi abrazo.

—Solo quiero que estemos juntos.

—Siempre estaremos juntos, pase lo que pase —prometió Petros, sellando nuestras palabras con un suave beso.

Luego intensificó el beso, sacándome de la habitación donde dormían nuestros hijos, porque al cabo de un tiempo me di cuenta de que preferían estar juntos que en habitaciones separadas.

Petros me condujo por el pasillo hasta nuestro dormitorio, donde la suave luz de la luna entraba por la ventana, creando una atmósfera tranquila y romántica. Me abrazó por detrás, rodeándome con sus brazos mientras mirábamos hacia fuera.

—Esta paz... es todo lo que siempre he querido —susurré, sintiendo la seguridad de su abrazo.

—Y eso es todo lo que te daré —respondió, besándome suavemente el cuello—. Después de todo lo que hemos pasado, nos merecemos esta tranquilidad.

—Quizá no quiero tanta tranquilidad... —Giré sobre mí misma mientras le echaba los brazos por encima de los hombros y me ponía de puntillas para unir nuestros labios.

—Eso me gusta. —Se rió antes de agarrarme del pelo y volver a besarme con más intensidad.

Sus manos empezaron a recorrer mi cuerpo hasta que me quitó el camisón y todo mi cuerpo se estremeció ante el contraste entre el beso caliente y la brisa fresca que entraba por la ventana. La combinación de su cercanía y la frescura del aire nocturno crearon una sensación intensa, un juego de temperaturas que me hizo desear más.

Petros me condujo a la cama, sus ojos brillaban con una mezcla de pasión y afecto.

—Te amo, Chirly —murmuró con voz ronca, mientras sus labios volvían a encontrarse con los míos en un apasionado beso.

—Yo también te amo, Petros —conseguí decir entre besos, completamente rendida al momento y a la certeza de que nuestro amor nos mantendría fuertes y unidos.

Sus dedos hicieron que mis bragas rodaran por mis muslos y me quedé mirándole con la boca entreabierta, dejando escapar gemidos mientras Petros me dejaba desnuda. Volvió a besarme mientras me retorcía para bajarle los calzoncillos.

Tras deshacerme por fin de su ropa, tiré de él hacia mí y volvimos a besarnos mientras mis manos se deslizaban por su ancha espalda. Petros se acomodó sobre mí y sentí el roce de su miembro contra mi entrada antes de penetrarme. Puse los ojos en blanco, empapándome de la deliciosa sensación de tenerlo dentro mientras Petros se movía alternando besos con gemidos.

La combustión entre nuestros cuerpos era imparable y la necesidad de llegar al clímax nos consumía en medio del delicioso vaivén. Me entregué a aquel juego adictivo, sin pensar en nada más que en quedarme entre sus brazos para siempre...



Petros

Epílogo

Ya me había casado una vez con Chirly, pero en aquella ocasión fue mucho más que renovar nuestros votos. Fue una reafirmación de todo el amor que sentía por ella y una promesa eterna.

El día de la ceremonia, el jardín estaba decorado con las flores favoritas de Chirly. Los niños, vestidos con ropa elegante, correteaban por el césped, llenando el aire de risas contagiosas, mientras nuestros gemelos intentaban equilibrarse al empezar a dar sus primeros pasos. Amigos y familiares estaban sentados en las sillas blancas que rodeaban la alfombra roja, el cielo era de un azul perfecto y la brisa mecía suavemente las cintas y las flores.

Cuando vi a Chirly caminando hacia mí, con su melena rubia al viento y una corona de flores, una sonrisa radiante se apoderó de mi rostro y el mundo a mi alrededor pareció desaparecer. En ese momento era solo ella, la mujer más despampanante y hermosa del mundo, de la que siempre estaría enamorado.

—Estás increíble —le susurré cuando llegó a mi lado, al altar improvisado en nuestro jardín.

—Tú también.

Nos tomamos de la mano mientras nos girábamos hacia el celebrante. Sentí el mismo temblor de nerviosismo y emoción que había sentido en nuestra primera boda, pero con mayor intensidad.

Las palabras que intercambiamos no eran meras promesas formales, sino votos sinceros para seguir construyendo nuestra vida juntos, para afrontar lo que nos deparara el futuro.

—Chirly, te fallé como nunca debí hacerlo. Dejé que las sombras de mis dudas afectaran a lo que siempre ha sido verdad entre nosotros. Te pido perdón por cada momento de dolor que te he causado. Hoy, delante de ti y de todos nuestros amigos y familiares, prometo pasar el resto de mi vida intentando devolverte cada segundo de alegría. Prometo ser tu refugio y tu mayor admirador, queriéndote y respetándote todos los días de nuestra vida, en la salud y en la

enfermedad, en la alegría y en la tristeza, en la riqueza y en la pobreza... hasta que exhale mi último aliento —hablé con toda la sinceridad y el compromiso que pude reunir en mi pecho.

—Y yo prometo ser tu compañera, tu mejor amiga y tu amor, hoy y siempre. Juntos superaremos cualquier reto, por nuestro bien y el de nuestra familia, que juntos hemos decidido fortalecer con cada nuevo día —respondió Chirly, con lágrimas de emoción brillando en sus ojos.

Sellamos nuestras promesas con un beso y todo el mundo se puso en pie para aplaudir, aclamando nuestra felicidad. El ambiente se llenó de alegría y esperanza, reflejando la luz de nuestro renovado amor.

Después de la ceremonia, durante la fiesta, me acerqué a mis hermanos, que charlaban animadamente en un rincón. Cuando me uní a ellos, me volví hacia Nikos, atrayendo su atención con una sonrisa traviesa.

—Eres el único que falta, ¿verdad? —bromeé, uniéndome a la diversión.

—¿Yo qué? —se hizo el tonto, levantando las cejas con expresión inocente.

—Para el casamiento… —añadió Maximus con una sonrisa mientras daba un sorbo a su copa de champán.

—¿Están locos? —Nikos se rió burlonamente, sacudiendo la cabeza—. En absoluto. Estoy muy bien soltero, gracias.

—Ah, vamos, Nikos. Acabarás conociendo a alguien que te hará cambiar de opinión —insistí, dándole un amistoso empujón en el hombro.

—No me apuren a casarme, hermanos. Déjenme disfrutar de mi libertad mientras pueda —respondió Nikos, aún riendo.

—Bueno, nunca se sabe. El amor tiende a sorprendernos, sobre todo cuando menos lo esperamos —dijo Maximus, alzando su copa en un brindis—. Pero por hoy, celebremos el nuevo matrimonio de Petros.

Levantamos nuestras copas, brindando por la alegría de estar juntos.

Sobre la autora

Jéssica Macedo, 28 años, es brasileña y forma parte de Forbes Brasil's Under 30, una lista de los jóvenes más prometedores del país. Vive en Belo Horizonte con su marido, su hija y tres gatos. Escribe para niños y adultos, fantasía, aventura, romance y, sobre todo, literatura picante, un verdadero fenómeno editorial entre las lectoras.

Es una de las autoras más vendidas en Amazon en Brasil y Europa, y sus libros están disponibles en seis idiomas. Jessica empezó a escribir a los nueve años y se convirtió en autora a los 14, con el lanzamiento de su primer libro, «Vale das Sombras». Con más de 200 libros publicados, es escritora, editora, diseñadora y guionista. Ayudó a adaptar una de sus novelas, «Eternamente Minha», en un largometraje emitido en la plataforma Cinebrac. Hoy, Jéssica es el nombre principal de un equipo de autores, en su mayoría mujeres, que componen el catálogo del Grupo Editorial Portal, que fundó a partir de sus experiencias en otras editoriales.

https://www.autorajessicamacedo.com.br/es/

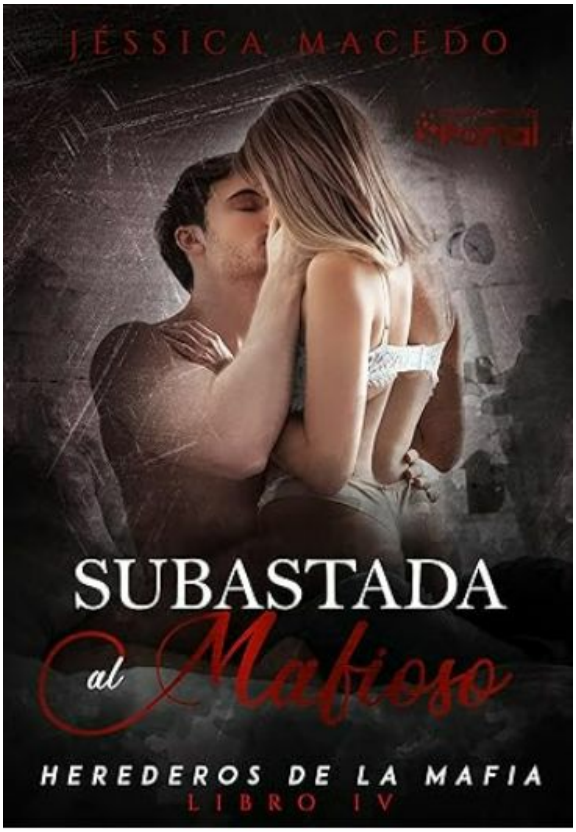
Facebook — www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram — www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Página web del autor en Amazon — https://www.amazon.es/jessicamacedo

¡Suscríbase a mi lista de correo!

Haga clic aquí para recibir noticias.



Link=> https://amzn.eu/d/0hOR0Ive

Thiago Bellucci es el vástago de la familia más poderosa de Italia y desde muy joven aprendió a derramar sangre. Se convirtió en un sicario de la mafia, cruel, despiadado y temido por sus enemigos. No había razón para que un hombre como él se involucrara con ninguna mujer. Sin obligación de tener herederos, todas eran puros pasatiempos.

Juliana Kouris era una chica sencilla nacida en una isla pesquera. Con una vida tranquila, nunca imaginó que su camino se cruzaría con el de un mafioso. No conocía este peligroso mundo, pero una decisión equivocada de su padre la llevó a ser secuestrada y a descubrir el lado más cruel del ser humano.

Thiago tenía una misión: entrar, matar a los que habían desafiado a su familia y salir desapercibido, pero se encontró en un antro de pecado donde las mujeres se vendían al mejor postor. No es un alma buena y no estaba allí para hacer nada caritativo. Cuando su camino se cruzó con el de la joven inocente, ella no era más que una herramienta para sus planes, pero sería el principio de su caos personal.

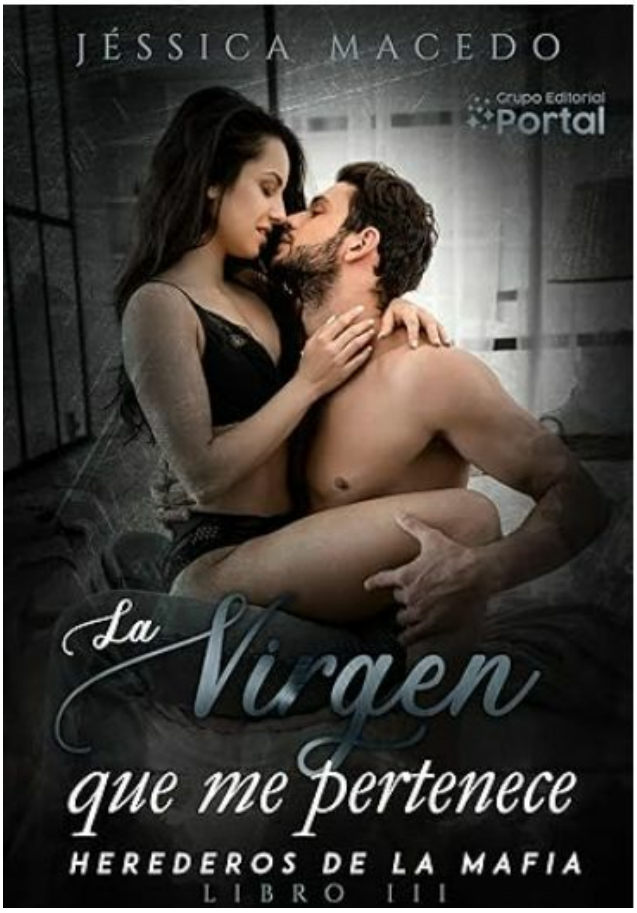


Link=> https://amzn.eu/d/9ICyLel

Hace cinco años, el multimillonario y hotelero griego Klaus Demetriou sufrió un terrible accidente que le costó la vida a su mujer y le dejó entre la vida y la muerte. Rescatado por una familia de pescadores, sobrevivió milagrosamente, pero regresó a casa con una enorme deuda.

Pedro Katsaros era un tipo sencillo que estaba orgulloso de la vida que llevaba y nunca le pediría ningún favor al hombre que rescató en la playa, pero algo terrible le ocurrió a su única hija y no tuvo más remedio que recurrir al magnate más poderoso que conocía.

Klaus no quería involucrarse, atrapado con sus propios fantasmas, no necesitaba complicarse la vida, pero no tenía elección. Deudas como la que tenía con el pescador debían ser pagadas, sobre todo cuando el pobre hombre fue asesinado por los mismos criminales que se llevaron a su hija. Rhea se convirtió en su responsabilidad y para traerla de vuelta sana y salva tuvo que comprarla.

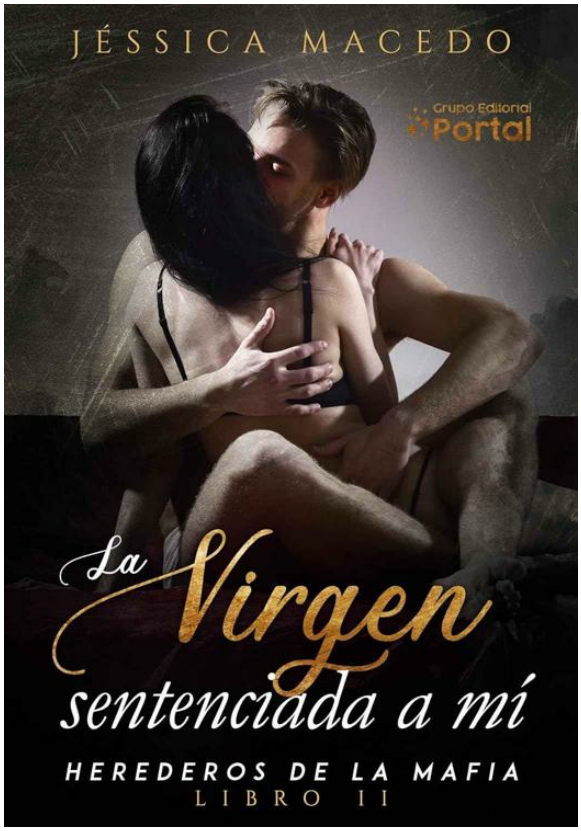


Link=> https://amzn.eu/d/ciJFEaz

Luca Mancini es el capo de Palermo, cabeza de Sicilia, cuna de la mafia italiana. De joven, su vida estuvo marcada por el asesinato de su padre y aprendió muy pronto que la mafia exige sacrificios. Para mantenerse en el poder y controlar una disputa con Roma, aceptó un matrimonio arreglado que sellaría el acuerdo y traería la paz.

Perla es la hija de Marco Bellucci, el jefe de la mafia italiana, y siempre supo que en algún momento su padre elegiría un marido para ella. Solo que no imaginó que el desafío podría ser aún mayor de lo que creía. Creció entre monstruos, pero no estaba preparada para uno aún más aterrador.

Se derramó mucha sangre entre sicilianos y romanos en la lucha por el poder en Italia, y la unión de la pareja no fue bien recibida por todos. Luca tuvo que estar dispuesto a enfrentarse a la alianza y proteger a Perla a cualquier precio, sobre todo cuando había un bebé en camino.

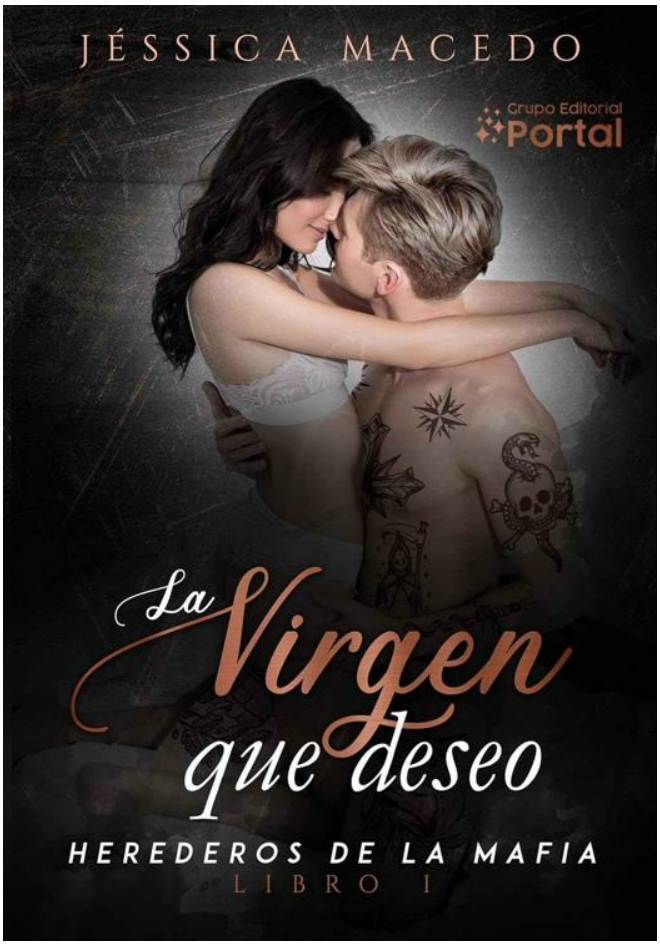


Link => https://amzn.eu/d/4iEF47G

Steven Lansky es el capo de Nueva York, jefe de la mafia italiana en Estados Unidos. Asumió el legado de su padre y descubrió que ser fiel a la mafia exige sacrificios mayores que matar o morir. Aceptó una unión de conveniencia con la princesa de los italianos, un matrimonio que fortalecería a su familia. Sin embargo, la novia eligió a otra persona, lo que hirió su ego e hizo que se enfadara con la familia Bellucci.

Manuela es hija de Theo Bellucci, consigliere de la mafia italiana. Llegó a creer que no se vería arrastrada a un matrimonio arreglado, pero cuando su prima se casó con el jefe de la mafia rusa, a ella le tocó mantener la alianza con los estadounidenses.

Steven y Manuela no querían casarse, pero se vieron obligados a unirse por el bien de sus familias. Una pareja de perros y gatos que se odian. En su vida matrimonial han demostrado ser enemigos declarados, pero están condenados a encontrar la forma de amarse o acabarán destruyéndose mutuamente.



Link => https://amzn.eu/d/4n0ICry

Tras convertirse en el jefe de la mafia rusa, Mikhail Orlov aprendió que, para conseguir lo que quería, tenía que mancharse las manos de sangre. Como capo, quiere tener todo lo que desea, incluida una mujer prohibida que vio en una misión hace cuatro años, y no puede quitársela de la cabeza.

Pietra es la hija de Marco Bellucci y la princesa de los italianos. Creció en una burbuja para protegerse de los enemigos de su padre y aprendió que no hay nada más importante que la familia. Sin embargo, una visión del pasado está a punto de regresar y situarla en una delgada línea entre el deseo y la razón.

Ella conoce las reglas. Su padre es quien elegirá a su marido y ella debe permanecer casta, pero el corazón nos hace cometer locuras. Rusos e italianos son enemigos. Este romance está condenado a la tragedia. A Mikhail no le importan las demás personas y hará lo que sea para conseguir lo que quiere.



Link => https://amzn.eu/d/iCsTkSD

Casarme era algo que nunca había imaginado hacer. La soltería me ofrecía muchas ventajas y las disfrutaba mucho.
Nací en el seno de una familia influyente que poseía una compañía aérea y siempre lo tuve todo, pero la política me dio el poder. Sin embargo, siempre he sido un hombre muy ambicioso.

Quería más, quería la presidencia del país.

Yo creía que era la mejor opción, no sólo por mi ego, sino por mis logros políticos. Sin embargo, muchos miembros del partido parecían no estar de acuerdo con mi candidatura.

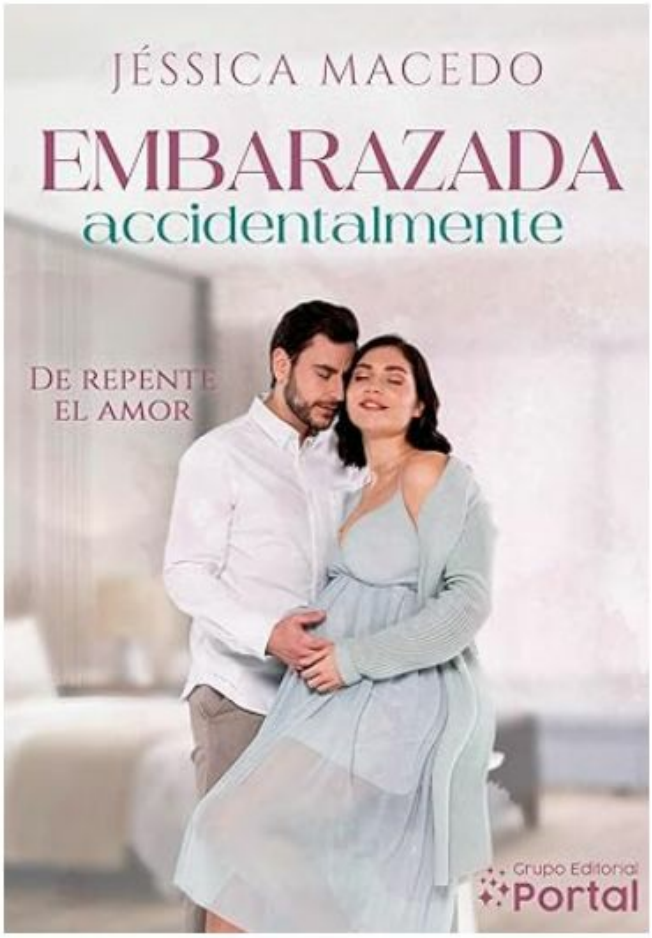
No era el hombre perfecto a sus ojos, incluso con todo su dinero e influencia. Habrían preferido otro candidato, alguien que favoreciera los valores tradicionales, un hombre comprometido con su familia.
Tenía que casarme.

Pero el dinero podía solucionarlo todo, sin que yo tuviera que cambiar mi estilo de vida. Un matrimonio por contrato era lo que necesitaba.
Penélope es doce años más joven que yo, ingenua, pobre y fácil de moldear. A mi lado, sería la decoración perfecta. Nunca tuvo nada y se comportaría para mantener el mundo que yo le ofrecía.

Lo controlaría todo, como siempre he hecho. Pero no podía prever que ella sería capaz de infiltrarse en las barreras de mi corazón.



https://www.amazon.es/gp/product/B0CLKXFHCK



https://amzn.eu/d/bFC4gyn